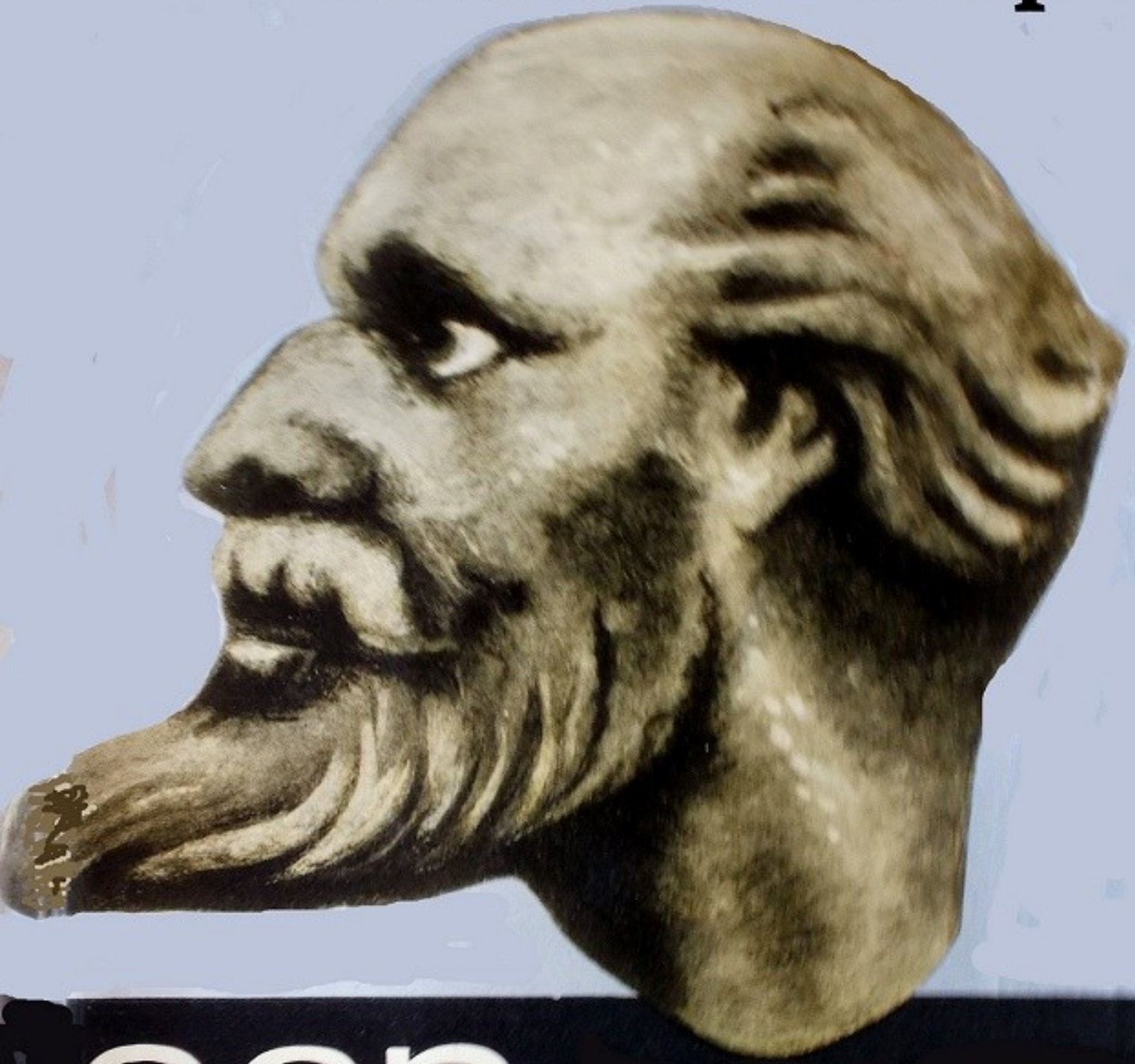
daniel - rops



san pablo

CONQUISTADOR POR CRISTO

(Contraportadas)

SAN PABLO

DANIEL-ROPS es el escritor católico actual que aproxima más la Biblia, los Textos Sagrados, a los hombres de hoy. Los Libros históricos, poéticos y didácticos; los Salmos, los Evangelios, los Hechos de los Apóstoles, las Epístolas, han constituido para Daniel-Rops la cantera de su gran producción, embellecida por su estilo extraordinario, por su elegancia y su maravillosa simplicidad; estilo directo, pulido y tallado como un diamante, revelador siempre de las sagradas fuentes donde gusta de beber este escritor que ha logrado interesar a vastísimas legiones de lectores por el Viejo y el Nuevo Testamento, por las figuras que precedieron y sucedieron al Señor.

Devoto de Jesucristo, Daniel-Rops es, asimismo, un devoto de las seráficas figuras que predicaron la Nueva Ley. Entre sus ya numerosos libros, ninguno como este SAN PABLO aparece animado por el fuego de la elocuencia y del espiritual transporte. En él, Daniel-Rops nos ofrece, totalmente arrobado, la figura del Apóstol, y acumula sobre esta alma enamorada de Jesús tal resplandor y hermosura que nos impresiona como si contempláramos las viejas pinturas italianas de Era Angélico, de Simone Martini o del Giotto, los mosaicos de bizantino trazo que nos describen gráficamente la vida y la imagen del Santo, el más firme puntal, con san Pedro, de la Iglesia de Cristo.

Hay en este SAN PABLO de Daniel-Rops, al lado de su incomparable riqueza literaria, una prodigiosa erudición. Ayudado de los Evangelios, de las Epístolas, de todo cuanto se ha dicho y escrito del joven fariseo de Tarso de Cilicia, Daniel-Rops reconstruye con una precisión de gran novelista la verdadera figura de San Pablo, cuya exacta dimensión humana se alza arrobadora ante nosotros y nos gana y nos extasía de tal suerte que estamos pendientes de su acción, de su voz, de su constante predicar y convencer en pos siempre de la conquista por Cristo, su Bienamado.

Con la ternura y musicalidad de un Salmo, de una Epístola, las páginas de Daniel-Rops nos describen la vida azarosa y fecunda del Apóstol de los gentiles, de este sabio doctor de las naciones, desde aquellas lejanas horas de Saulo de Tarso, perseguidor de fieles, ceñudo mal juez de los que creían, impávido espectador del siniestro martirio y lapidación de Esteban, dormido en el amor eterno por Cristo Nuestro Señor.

Más que una bella y edificante historia, Daniel-Rops ha escrito, para los hombres angustiados de hoy, un mensaje de esperanza, otra nueva y alentadora epístola.

Daniel - Rops

SAN PABLO

CONQUISTADOR POR CRISTO

Barcelona
1962

Título original:
SAINT PAUL
Conquérant du Christ

Traducción del francés por
FERNANDO GUTIERREZ

Primera edición: Noviembre de 1953

Nihil obstat:
El Censor,
Dr. ISIDRO GOMA, CANÓNIGO
Barcelona, 6 de noviembre de 1953

IMPRÍMASE,
GREGORIO, Arzobispo-Obispo de BARCELONA
Por mandato de Su Excia. Rvma,
ALEJANDRO PECH, PBO.,
Canciller-Secretario

La sobrecubierta de esta edición está inspirada en un relieve de mármol del s. IV, representando a San Pablo *y existente en el Museo del Camposanto, en Roma.*

ABREVIATURAS

EMPLEADAS EN EL TRANSCURSO DE ESTE LIBRO

Mat. — Evangelio según San Mateo.
Marc. — Evangelio según San Marcos.
Luc. — Evangelio según San Lucas.
Juan. — Evangelio según San Juan.
Hechos. — Hechos de los Apóstoles.
Gal. — Epístola de San Pablo a los Gálatas.
1 Tes. 2 Tes. — 1.ª y 2.ª Epístola de San Pablo los Tesalonicenses.
1 Cor. 2 Cor. — 1.ª y 2.ª Epístola de San Pablo los Corintios.
Rom. — Epístola de San Pablo a los Romanos.
Col. — Epístola de San Pablo a los Colosenses.
Filem. — Epístola de San Pablo a Filemón.
Ef. — Epístola de San Pablo a los Efesios.
Fil. — Epístola de San Pablo a los Filipenses.
1 Tim. 2 Tim. — 1.ª y 2.ª Epístola de San Pablo Timoteo.
Tit. — Epístola de San Pablo a Tito.
Heb. — Epístola a los Hebreos.
1 P. 2 P. — 1.* y 2.ª Epístola de San Pedro.
Apoc. — Apocalipsis.

ÍNDICE

I. – EL ENEMIGO DE CRISTO.....7

La sangre del diácono.....7
Un niño judío en una ciudad griega.....13
El discípulo de rabban.....20
El camino y la luz.....25

II. – BAJO LA ORDEN DEL ESPÍRITU SANTO.....32

Los tiempos de aprendizaje.....32
Cristo vino para todos.....41
El mensajero del Espíritu Santo.....48

III. – LAS GRANDES AVENTURAS.....57

El mundo en el que actuaba el apóstol.....57
Las puertas de la fe se abren para los paganos.....65
Al descubrimiento de Europa.....75

IV. – LA RUTA DEL SACRIFICIO.....87

«La puerta ampliamente abierta».....87
«El Clarín del Espíritu».....95
El camino que conduce al Calvario.....103

V. – A ROMA, POR LA SANGRE.....111

«En Jerusalén testificaste de Mí».....111
El prisionero de Cristo.....121
«En Roma testificarás de Mí» (*Hechos*, XXIII, 11).....129

APÉNDICE.....138

I. Advertencia al lector.....138
II. Cronología de San Pablo.....138
III. Lista esquemática de las Epístolas.....140

I. – EL ENEMIGO DE CRISTO

La sangre del diácono

Por las populosas plazas y por las calles escalonadas de Jerusalén, una multitud vociferante empujaba a un hombre hacia la muerte. Era un hombre joven, «lleno de gracia y de fuerza», cuya frente resplandecía de sabiduría y de audacia, y que parecía maravillosamente tranquilo. Sin embargo, sabía perfectamente adonde le llevaban: hacia ese horrible lugar, situado al otro lado de las puertas de la ciudad, sembrado de piedras y losas ensangrentadas, donde, desde hacía siglos, iban en el espanto a terminar sus vidas los rebeldes a la Ley y las mujeres adúlteras. Allí iba a morir lapidado. Pero golpeado, insultado, con la túnica hecha jirones y la cara surcada de equimosis, avanzaba aquel hombre, indiferente a los gritos de los furiosos, elevando los ojos al cielo y murmurando unas plegarias; parecía no pertenecer ya a la tierra, sumirse ya en plena eternidad.

Hacía entonces muchos meses que, sobre una pelada colina, cerca de otra puerta de la muralla, en alguno de esos vagos terrenos que la costeaban, abandonado a los perros errantes y a los buitres, un supuesto profeta había muerto, per orden de los jefes del pueblo y de los príncipes de los sacerdotes, crucificado entre dos ladrones. Todo Israel había creído entonces que aquello concluiría para siempre con él, su nombre y su secta, y que ya no daría motivo para que tal o cual de esos iluminados surgiese al amparo de la promesa, y que, en pocas semanas, acabarían hundiéndose. En la noche del viernes 6 de abril del año 30, ¡ay, cuán poco heroicos habían sido los partidarios del pretendido Mesías! Huidos, dispersos y agazapados en los barrios bajos y en las necrópolis, ¿qué resistencia hubieran podido oponer a la decisión judicial del Sanedrín? Y las gentes de orden habían concluido que el asunto del llamado Jesús estaba ya terminado para siempre.

Sin embargo, los hechos habían desmentido estas previsiones. Muy pronto, al día siguiente del drama del Calvario, volvieron a aparecer los partidarios del Galileo. Menos de dos meses después de esa noche siniestra en la que todos los transeúntes habían visto morir al aventurero en el patíbulo, pudieron también oír, en plena plaza pública, al jefe de su banda, Simón, llamado Pedro, que clamaba ante el pueblo:

—Gentes de Israel, escuchad esto: ¡Jesús de Nazaret, el mismo a quien hicisteis matar por mano de los impíos clavándolo en la cruz, ese hombre a quien Dios hizo testimonio por muchos actos de poder, milagros y prodigios cumplidos ante vosotros, sí, a este Jesús que vosotros crucificasteis, Dios le ha hecho Señor y Mesías! (*Hechos*, II, 23, 37 passim).

¡Qué audacia proclamar Salvador, Mesías y Rey glorioso de Israel a un hombre condenado ignominiosamente! ¿De dónde habían llegado para esas gentes una fe y presunción semejantes?

Pero ellos habían respondido a esta pregunta. Afirmaban que Jesús no había sido supeditado *al* poder de la muerte. Al tercer día, después de su enterramiento, su tumba había sido encontrada vacía. Se había aparecido a sus fieles; primero a una u otra persona aislada y luego a grupos cada vez más numerosos. Durante cuarenta días había vivido en la tierra con una vida misteriosa y sobrenatural y de un cierto modo perfectamente semejante al de los hombres mortales, puesto que se le había podido tocar con el dedo, puesto que le habían visto comer pan y pescado, pero, al mismo tiempo, dotado de poderes extraños y desconcertantes: podía pasar a través de una puerta cerrada y aparecía a la vez en los cuatro rincones de Palestina. Esta segunda vida de Jesús había finalizado de una manera todavía más sorprendente: un hermoso día de primavera, sobre la colina de los Olivos, enseñando aún a sus amigos, se había elevado hacia los cielos, como si una fuerza irresistible que emanara de él mismo se lo hubiese llevado, y había desaparecido ante los ojos maravillados...

He aquí aquello en lo que se apoyaba la fe de los galileos. Pedro lo había dicho ya cuando había hablado al pueblo reunido:

—Aquél a quien vosotros habéis crucificado, lo ha resucitado Dios; ha roto para él las ataduras de la muerte. ¡Todos nosotros somos testigos! (*Hechos*, II, 23, 37).

Y los hombres y las mujeres, en número creciente, hacían suyas esta afirmación increíble y esta proclamación de un hecho tan absurdo. De casa en casa, de grupo en grupo, iban a comunicar su fe en el Resucitado, a

evocar su vida ejemplar y a enseñar los fundamentos de su doctrina. Sobre todo después del día de Pentecostés, parecían ser dueños de toda audacia. Aquella mañana, en la que todo Israel conmemoraba la revelación hecha a Moisés, mientras los galileos se hallaban reunidos, todavía se produjo un extraño fenómeno: en el exterior se había manifestado esto por medio de un viento terrible que se produjo bajo un cielo sereno; dentro de la casa en la que ellos se encontraban habían visto, según aseguraron, la aparición de unas lenguas como de fuego que descendieron de lo alto y se posaron sobre cada uno de los reunidos: i la llama del Espíritu Santo! Entonces fue cuando, por primera vez, se atrevieron a clamar diciendo que pertenecían a Cristo, que en lo sucesivo serían los testigos de su Palabra. Desde entonces perdieron todo temor y toda prudencia. Y, ¡oh milagro!, cuando enseñaban esas cosas, cada uno las comprendía en su propio idioma y aun muchos, al entenderlas, se sentían conmovidos.

Así comenzó a reunir adeptos la pequeña secta de los galileos. Cuando Pedro habló en el umbral del Cenáculo el día de Pentecostés, un cierto número de asistentes se sintieron consternados; estaban arrepentidos de haber aprobado el asesinato jurídico del Hijo del Hombre y habían solicitado recibir esa visible marca del perdón que se llama Bautismo. Un poco más tarde la milagrosa curación que dos fieles de Cristo, Pedro y Juan, llevaron a cabo en un cojo acurrucado bajo los pórticos del templo había completado el efecto de la propaganda; el número de bautizados creció. Cierto es que ese número no era todavía muy considerable. Algunos centenares; quizá, como máximo, algunos millares. Poca cosa, en verdad, ese puñado de no conformistas entre la totalidad de la comunidad judía, ordenada en tomo a su gobierno de sacerdotes, guardianes vigilantes de las estrictas observancias y de la Ley; y menos aún en el gigantesco Imperio romano, para el que la Tierra Prometida era una región minúscula, ese Imperio que se extendía desde Escocia a Egipto y desde el Cáucaso al Sáhara, y sobre el cual reinaba, huraño, desconfiado, dispuesto a la sanción y al castigo cruel, el triste anciano de la isla de Capri, Tiberio. Pero esta secta minúscula sabía que le había sido prometido el más alto destino; sabía que, como había dicho el Maestro, el grano de semilla se convertiría en árbol. Y esta convicción exaltaba los corazones.

A decir verdad, Roma no demostraba el menor interés por una secta que se decía pertenecer a un iluminado que había sido clavado en la cruz. El procurador Poncio Pilatos, que representaba al emperador, atento siempre a lo que ocurría en su fortaleza-palacio llamada la Antonia, se limitaba a mantener brutalmente el orden entre el pueblo judío, al que

consideraba absurdo, incomprensible o insoportable. Jesús había muerto porque el orden público había sido perturbado por su causa. Todo se había pacificado. Pilatos no quería otra cosa. No ocurría lo mismo en la propia comunidad israelita, en la que todo lo que rozara la religión provocaba grandes disturbios. Los escribas y los doctores de la Ley, que habían figurado entre los eficaces agentes de la conspiración que perdió a Jesús, no sin desconfianza veían cómo el pequeño grupo de sus discípulos iba haciendo proselitismo. Los dos clanes que se disputaban la influencia en Israel, los saduceos y los fariseos, con todo y aborrecerse, se hallaban de acuerdo en cuanto a un punto: no había que dejar que semejante propaganda adquiriese una mayor importancia. Por esto, cuando después de la milagrosa cura del cojo del Templo. Pedro y Juan comenzaron a hablar, para hacerles callar, les detuvieron. ¡Vana esperanza! Con una calma que desconocía los desfallecimientos, habían gritado:

— ¡No podemos callar estas cosas!

Y, cuando les reprocharon hallarse en discordia con las leyes de la comunidad, se habían atrevido a responder con estas palabras de blasfemo orgullo:

—Debe obedecerse a Dios antes que a los hombres.

Milagro del cielo, la benévola intervención de Rabban Gamaliel, uno de los más respetados entre los doctores de la Ley, había podido impedir a los violentos que se hiciera a Pedro y Juan objeto de sanciones demasiado severas. Pero, ¿podían los individuos del Sanedrín olvidar que esos hombres habían dicho expresamente que la sangre del justo Jesús caería sobre ellos? ¿Podían dejar que la propaganda galilea alcanzara a sus fieles y consiguiera adeptos entre ellos, incluso entre los sacerdotes? (*Hechos*, VI, 7). Esta teocracia, esta dictadura de la alta clerecía y de los teólogos, que era entonces la comunidad de Israel, no podía tolerar a los innovadores ni a los conformistas, so pena de ver resquebrajarse de sus bases. El conflicto entre los jefes del pueblo judío y los mantenedores de la nueva doctrina era fatal. Estalló entre los años 32 y 36.

La ocasión fue ésta. En la comunidad de los fieles a Jesús, en la Iglesia de Cristo, el aumento constante del número de adeptos planteaba nuevos problemas. Los jefes designados por el Maestro, los Apóstoles, se encontraban cada vez más poseídos por las tareas propiamente evangelizadoras, que comenzaban incluso a desbordarse fuera de la Ciudad Santa para extenderse por diversos lugares de Palestina. Además, para asegurar los trabajos más modestos de administración, de acción social y

relaciones con los fieles, no disponían de tiempo bastante. Y, sin embargo, era preciso que se asegurasen, porque, incluso en esta joven Iglesia, llena de fervor y de amor, en la que la comunidad se apoyaba en la caridad más fraternal, se planteaban determinados problemas concretos. Como ocurre siempre entre las agrupaciones humanas, se produjeron ciertas fricciones, concretamente a propósito de la distribución de las limosnas. Estas dificultades surgían especialmente entre los judaizantes, es decir, entre los fieles de Jesús de origen palestino, y los helenistas, es decir, los que procedían de las colonias judías esparcidas por todo el Cercano Oriente. Para asumir estas funciones administrativas, para fiscalizar estas relaciones y distribuciones, los Apóstoles decidieron llamar a los auxiliares, los *diáconos*, y se nombraron siete.

Todos eran, verosímilmente, hombres jóvenes, enérgicos, elegidos para estas funciones en razón misma de su espíritu de audacia y decisión. Uno de ellos se llamaba Esteban, Stéfano, en griego, y sólo este nombre basta para indicar que era oriundo de alguna de las grandes ciudades helénicas en las que el cristianismo comenzaba a echar raíces. Su celo y elocuencia le hicieron distinguirse muy pronto. No contento con llenar las funciones administrativas y sociales que le habían sido confiadas, quiso participar en la gran obra de propaganda. Se le vio no sólo bajo el pórtico de Salomón, en los atrios del templo, o en las esquinas de las calles, arengando a los grupos, sino penetrando también en las sinagogas, en las que se reunían, de acuerdo con sus lugares de origen, los judíos helenistas de Carene v de Antioquía, de Asia y de Cilicia, para enzarzarse entre ellos en controversias. Fin el ardor de la juventud, no le preocupaba nada ni nadie. Cuando Pedro, en sus discursos, se aplicaba sobre Lodo a persuadir a sus auditores, explicándoles que Jesús era el esperado Mesías, Esteban, de las enseñanzas del Maestro, retenía sobre todo lo más brusco, lo más violento y, valga la palabra, lo más revolucionario: «No se llena con vino nuevo un odre viejo; no se corta un pedazo de tela nueva para un viejo manto». De golpe los viejos odres y las túnicas demasiado gastadas se sentían en evidencia; tanto y de tal modo que el diácono Esteban fue citado por el Sanedrín.

El momento era favorable para que los jefes religiosos de Israel pudieran asestar un golpe decisivo a la propaganda de los galileos. E1 procurador Poncio Pilatos no estaba ya en la Antonia; a consecuencia de un asunto un poco embrollado que había ocurrido en Samaría, donde su brutal sistema había dado como resaltado una pequeña matanza, había sido denunciado al legado de Siria, Vitelio, el futuro emperador, quien, muy al

corriente de los métodos de su subordinado, lo había enviado a que se explicara en Roma. Su sucesor no había llegado todavía a Jerusalén. Era, pues, el momento favorable para aprehender a un hombre, juzgarlo y ejecutarlo sin que los ocupantes romanos hiciesen valer el derecho, que ellos se habían otorgado, de fiscalizar toda condena a muerte pronunciada por los tribunales judíos. El diácono Esteban fue, pues, detenido y se reunió el tribunal supremo.

La ilegalidad era flagrante. Convicto de blasfemo, Esteban no podía ser condenado más que a muerte, pero, sin la autoridad romana, la pena no podía ser ejecutoria. El proceso sólo tenía, por lo tanto, el secreto designio de amotinar al pueblo contra los fieles de Jesús y quizá provocar un motín en d que muriera el acusado... El plan tuvo un maravilloso éxito. Cierto es que Esteban no hizo la menor cosa para obstaculizarlo. Ante esos hombres en quienes no reconocía juez alguno, procedió con una sublime firmeza. La perspectiva de verter su sangre por Cristo exaltaba su alma, y en su rostro se imprimía una especie de reflejo anticipado del Paraíso. ¿Se le acusaba de blasfemo? ¡Vaya!, era él quien se convertiría en acusador:

—Duros de cerviz e incircuncisos de orejas y corazón, vosotros resistís siempre al Espíritu Santo. Semejantes sois a vuestros padres, que mataban a Jos profetas. ¿A cuál de ellos no persiguieron? Mataron a los que predijeron la venida del Justo, al cual vosotros habéis entregado y conducido a la muerte. Y no guardáis la ley que recibisteis por disposición de los ángeles. (*Hechos*, VII, 51, 53).

Era demasiado. Rechinaron los dientes, hubo espectaculares desgarramientos de vestiduras; los sanedritas habían sido ultrajados. La rabia salía de sus labios en oleadas de insultos. Pero, no perteneciendo ya a la tierra, con los ojos levantados y el rostro radiante, mientras la horda de los furiosos llamada poi los sacerdotes se apoderaba de él y lo arrastraba al suplicio, Esteban, el diácono, murmuraba con voz de éxtasis:

—Veo los cielos abiertos y al Hijo del Hombre de pie a la derecha de Dios. (*Hechos*, VII, 56).

En el siniestro campo de la lapidación Esteban cayó de rodillas. En torno a él la multitud continuaría aullando a la muerte. Según la Ley, los testigos que lo habían acusado, los responsables de su condena, debían lanzar las primeras piedras. A fuerza de brazos las levantaron, las más pesadas que pudieron, y las lanzaron sobre el mártir. Grandes y pequeñas, las piedras golpeaban incesantemente la frente, el pecho, la espalda y el rostro. El diácono ni gritaba ni protestaba. Hubo un momento en que gritó:

— ¡Señor, Jesús mío, acoge mi espíritu!

Y después rodó por el suelo con la cara destrozada por un pedrusco. Todavía le oyeron clamar con voz potente:

— ¡Señor, perdónales este pecado!

Y después se calló, dormido en el amor eterno.

Un poco apartado del lugar en el que se cometía este crimen, un hombre joven permanecía inmóvil, como si la emoción lo hubiera clavado en el sitio. Nada apuesto: bajo, pelirrojo, de barba irregular y piernas torcidas... De vez en cuando, nervioso, se enjugaba con el dorso de la mano la frente y la parte superior del cráneo, en la que eran raros los cabellos. Con el rostro crispado, los ojos fijos y los dientes hundidos en los labios, contemplaba la escena con avidez. A sus pies yacía un montón de vestiduras, las de los verdugos, que, para sentirse más cómodamente, las habían dejado allí, y este espectador les había prometido guardarlas. En su túnica austera, en sus largas trenzas y en las filacterias que llevaba en las muñecas, esas bolsitas de cuero que contenían versículos de la Biblia, se reconocía fácilmente su profesión. Era un estudiante de ciencias religiosas, un alumno de los rabinos, un custodio de la santa Ley. Era oriundo de Tarso, en Cilicia, y se llamaba Saulo.

UN NIÑO JUDÍO EN UNA CIUDAD GRIEGA

Casi en la punta del ángulo marítimo que dibujan sobre el mapa la Siria del Norte y el Asia Menor, la ciudad de Tarso era, al principio de nuestra era, una réplica, en pequeño, de Alejandría o del Pireo. El prodigioso movimiento comercial que animaba, desde hacía tres siglos, después de la helenización del Oriente por Alejandro, todas las costas del este del Mediterráneo, había hecho de una modesta aldea hitita y fenicia un centro comercial de primera categoría. La situación de esta ciudad no era, por otra parte, extraordinariamente propicia. Guardiana de la ruta excavada en plena roca que, por los desfiladeros del Tauro, las famosas «puertas cilicianas», conducía a las llanuras del Asia Anterior, hacia Bizancio, hacia el Occidente, poseía también, para unirla al mar, es decir, a su antepuerto de Regmon, un magnífico río de aguas puras y frescas, el Cidno, al que habían cantado todos los poetas.

Hoy día al visitante al que un gran recuerdo conduce hasta allí le cuesta trabajo convencerse de ese pasado esplendor. De la pobre marina de Mersina hasta la ciudad, allí donde antiguamente los jardines y vergeles

desplegaban, en un damero cortado por fecundantes acequias, el múltiple esplendor de sus cosechas, quedan sólo siniestros pantanos y miserables estepas. La misma Tarso no es más que una soñolienta aldea turca de unas veinte mil almas, separada del mar por las tierras de aluvión y a la que la gran línea del ferrocarril ha desdeñado. ¿Dónde está su gloria de antaño? ¿Dónde el claro Cidno, desviado de la ciudad por el emperador Justiniano? ¿Dónde, sobre la colina, los blancos barrios de fastuosos palacios? ¿Donde los templos, los baños, los teatros y toda esa belleza de la que el propio apóstol Pablo se sentía orgulloso? ¿Es ésta la ciudad que, ingenuamente orgullosa, aseguraba remontar sus orígenes a los héroes homéricos, o a Semíramis, o a Sardanápalo, nada menos que a Perseo e incluso a Afrodita? Es necesaria mucha imaginación para representarse, en ese bajo fondo febril, al pie de la áspera montaña, entre los juncos y los asfódelos, a Alejandro el Grande acampado a la orilla del río para bañarse en él, a Cicerón, gobernador del país, pasando en largo cortejo con sus veinticuatro lictores o, más aún, a la inquietante maravilla egipcia, Cleopatra adolescente, desembarcando, secretamente y poco vestida, de su trirreme de oro y velas de púrpura, para seducir a Antonio, el romano vencedor...

En la masa de la población tarsiota que podía, hace dos mil años, contar con trescientas mil almas, los elementos étnicos eran muy diversos. Al viejo fondo asirio iraniano se habían superpuesto los montañeses de Asia Menor, los beduinos de Siria y los griegos de toda la provincia, en una palabra, esa mezcla indefinible que se encuentra todavía hoy en todos los puertos del Mediterráneo, de costa a costa, lo peor y lo mejor. Admirable pueblo, inteligente y laborioso, habían dicho de los tarsiotas un Estrabón, un Dión Crisóstomo y un Amrniene Marcellin; «la peor de las razas», había dicho, por el contrario, Dión Casio; y las dos opiniones debieron de ser verdaderas.

Entre los grupos heterogéneos, uno se caracterizaba por su cohesión y su reserva: el de Jos judíos. Hacía siglos que los hijos de Israel, cuya fecundidad era considerable, habían enviado un poco por todas partes, a través del mundo conocido, a núcleos de emigrantes. En esta ***Diáspora,*** unos descendían de grupos de deportados diseminados por las fatalidades de la Historia, y otros eran comerciantes, banqueros y especialistas en la importación y exportación, incluso soldados que se habían expatriado para ganarse la vida. El libro de los *Oráculos Sibilius***,** ¿no hacía decir a Israel: «La tierra entera está llena de ti, incluso el mar»? En Roma se calculaban unos cincuenta mil judíos; en Alejandría, doscientos mil. La colonia tarsiota, desarrollada sobre todo a partir del año 175 antes de nuestra era,

cuando el rey seleucida Antíoco Epifano tomó a su servicio a mercaderes judíos, era ciertamente muy numerosa. Como en todas partes, debió de estar también muy unida, muy firmemente organizada, con sus jefes, sus costumbres, sus tribunales y su «casa de doctrina» o sinagoga en la que se reunían todos los miembros de la comunidad. Sin duda no se hallaba aislada materialmente, instalada aparte en un *ghetto,* como hubo de estarlo luego en el Occidente medieval, sino que, moralmente, vivía muy apartada, poco inclinada a fusionarse con las masas idólatras. En el marco de este núcleo judío, instalado en país helénico, nació Saulo.

En el patio de una vieja casa de Tarso, bajo un pequeño cobertizo, puede verse todavía un pozo muy antiguo que se llama «el pozo de San Pablo». Su bajo brocal de mármol está muy gastado a causa del frotamiento de la cuerda; el agua es fresca y dulce. Se asegura que su nombre procede de que, antiguamente, se retiró de sus profundidades una piedra negra en la que una mano torpe había grabado este nombre: *Paulos.* Sería muy hermoso que este humilde guijarro hubiese sido grabado por Saulo cuando era niño...

En todo caso, en cualquiera de esas casas semejantes —no habrán cambiado mucho— nació el futuro apóstol de los gentiles. ¿En qué fecha? Nadie puede decirlo exactamente. Las dos únicas indicaciones que nos proporcionan los textos son muy vagas y, por otra parte, no concuerdan muy bien entre sí; en los *Hechos de los Apóstoles,* cuando se cuenta la lapidación de Esteban, San Lucas habla de Saulo como de «un muchacho», término elástico que puede cuadrar muy bien a un mozo de veinte años como a un hombre de veintisiete o veintiocho. En la epístola a Filemón, por otra parte, San Pablo se califica a sí mismo como un anciano. Muchacho en 36, anciano en 63, esto no parece muy conciliable, si, cuando la muerte de Esteban, Saulo era casi todavía un adolescente. Muchos han admitido, por lo tanto, que pudiera haber nacido unos quince años después de Jesucristo; es decir, entre los años 8 y 10 de nuestra era, pero esta aserción no deja de ser una conjetura.

Sobre su familia, cuando menos, estamos mejor informados. Ciertamente en Tarso gozaba de una buena posición, puesto que Saulo nació como ciudadano de la villa y ya lo era su padre. La comunidad judía la respetaba porque su filiación había sido debidamente probada y sus hijos podían sin discusión llamarse «hebreos», hijos de hebreos, de la raza de Israel, de la posteridad de Abraham, de la tribu de Benjamín. (*Hechos,* XXII, 3; 2 *Cor.,* XI, 22; *Fil.,* III, 5). ¿Desde cuándo los antepasados del apóstol se habían instalado en aquellos lugares? Una tradición, traída a

cuento por San Jerónimo, pretendía que habían sido nativos de Císcala, en Galilea, y que fueron llevados a Cilicia como prisioneros de guerra o esclavos en los tiempos en que las legiones de Varo (el año 4, antes de nuestra era) restablecieron el orden en la Palestina del Norte a costa de grandes devastaciones y destierros. En todo caso, si este origen puede ser considerado como cierto, hay que admitir que estos descendientes de escribas habían sabido restablecer su situación.

La industria con la que el padre de Saulo había prosperado era una de las que hicieron la fortuna dei gran puerto cilicio: la textil; los «cilicios», como entonces se llamaban, y Ja palabra se ha conservado hasta nuestros días para designar los tejidos rugosos. Con el pelo de las cabras del Tauro se tejían telas muy groseras sin duda, pero impermeables y prácticamente eternas; con estos rudos tejidos se confeccionaban alfombras, tiendas y esos mantos para los pastores y caravaneros que se llaman hoy *kepeniks.* El padre de Saulo era, por lo tanto, *skenopoios, tabernacularius,* es decir, mercader fabricante de tiendas. Oficio modesto en apariencia, que revela más la artesanía que la industria, y que, en nuestros días, no asegura a su titular una alta clase social; pero preciso es recordar que en Israel se ignoraba totalmente ese desprecio que los griegos y los romanos sentían por el trabajo manual que, incluso, era normal que los intelectuales, los doctores de la Ley, por ejemplo, fuesen artesanos u obreros, carpinteros como el rabino Hillcl, forjadores como el rabino Isaac, u hosteleros como el rabino Oschia. Además, un tarsiano fabricante de tiendas debía de ganar dinero.

Es, pues, en el taller paterno, situado en cualquier calleja del barrio comercial de la ciudad, donde debernos imaginarnos a Saulo niño. Los largos hilos lustrosos, tic un negro brillante, se estiran y entre lazan con una rapidez de sueño. El pesado cardador de madera pulida, movido por una cadena, oscila bataneando con golpes regulares. La lanzadera vuela sobre la trama rojiza. Destinado a suceder a su padre. como es de ley en la tradición de su raza, Saulo aprendió el oficio de fabrícame de tiendas, este oficio que habría de ejercer más tarde, como simple obrero y no como patrón, cuando hubiese elegido ya arriesgarlo todo para servir a Cristo y que, en el curso de sus grandes aventuras, ejercería para ganar su vida. Este trabajo en el taller de su padre había de durar hasta los alrededores de sus catorce años.

Así un pequeño muchacho judío, educado en un medio profundamente judío, debía ser el futuro apóstol. El hijo de la Torah vivía en una ciudad griega, y esta circunstancia habrá de ser de una importancia

capital. Su nombre, su doble nombre, caracterizó desde su más tierna infancia lo que había de ser su destino. Cuando, a los ocho días de su nacimiento, sus padres, como era de ley, lo hicieron circuncidar, el nombre que recibió entonces era un viejo nombre de dependencia israelita, un nombre muy honrado en la tribu de Benjamín, el mismo que había tenido el primer rey de Israel: *Schaul, Saúl,* que significaba «el deseado». Pero, como se sabe por varios papiros y algunas transcripciones, los judíos instalados en países helenísticos tomaban generalmente un nombre griego, utilizado en sus relaciones con la sociedad pagana. *Saulos* no era muy conveniente porque, en lengua helénica, la palabra sugiere la idea de un hombre que titubea o se contonea. *Paulos* era mejor porque recordaba la gloriosa *gens paulinia* de los fastos romanos, y cabe la posibilidad de que algunos antepasados del apóstol hubiesen recibido de un auténtico Paulos el derecho de poder usarlo; «Saulo, que es también Pablo», dirá San Lucas al hablar de su maestro (*Hechos,* XIII, 9); el niño de Tarso debió de usar hasta el fin ambos nombres.

Símbolo concreto de su doble dependencia espiritual. Por una parte, el niño Saulo crece en un medio judío, profundamente fiel, pero, por otra parte, el pequeño Paulos debía hallarse en contacto con todos los elementos grecorromanos con los que se codeaba en su ciudad natal; ¿se adaptaron en él ambas influencias? Seguramente la primera fue más eficaz, más profunda. Su familia pertenecía a la secta de los fariseos, de aquellos que se vanagloriaban de «levantar aún más la valla de la fe». En el hogar no se hablaba más que el arameo, la lengua corriente de los judíos de la época, la que había usado Jesús, y se sabía el suficiente hebreo litúrgico para recitar las oraciones en la lengua sagrada. Desde muy temprano se ponía al niño en presencia del Eterno y de su mensaje contenido en el Libro de los Libros; las *Sentencias de los Padres* ordenaban de este modo la pedagogía: «a los cinco años leer la Biblia; a los diez estudiar la Mishna, es decir, la tradición de los Antepasados; a los trece observar todos los preceptos». Desde muy pequeño, por lo tanto, Saulo se fue formando en la lectura del texto sagrado, en la meditación de los Mandamientos de Dios, en conocer la historia de su pueblo, la historia gloriosa y dolorosa, y en vivir, sobre todo, en la más minuciosa observancia. Durante toda su vida, incluso cuando fue cristiano, continuó señalado por esta primera formación. «La salud viene de los judíos» (*Juan,* IV, 22), había dicho Jesús, y nadie más convencido que Saulo de la veracidad de estas palabras; jamás renegará de su raza e incluso cuando llegue a sufrir tanto a causa de sus correligionarios proferirá este grito de fidelidad admirable: «Porque

desearía yo mismo ser anatematizado y separado de Cristo en lugar de mis hermanos israelitas, mis parientes según la carne» (*Rom.* IX, 3). Tal es el primer dato de su formación, el más esencial y más profundo. Pero también hay otros.

En la gran ciudad el niño judío no podía hacer más que reconocer cotidianamente el mundo helénico, sus espectáculos y sus formas de civilización. Como hijo de comerciante debió, desde muy niño, hablar con la clientela, aprender el griego, un griego corriente, familiar, que él asimiló solo y sin maestros. Incluso mantenido aparte de los pequeños paganos por la austera disciplina paterna, no era muy probable que se encontrara con muchachos de su edad, procedentes de otros medios, ni que un chiquillo tan inteligente, de espíritu tan despierto como el suyo, permaneciera indiferente a todo lo que podía producir una sociedad de extrema civilización. Al mismo tiempo que rechazaba su influencia, el mundo helénico debió de ejercer sobre él una actitud secreta, como por osmosis.

Se discernirá esto con la lectura de sus textos. Sus epístolas estarán llenas de alusiones a la vida tarsiota y referencias a las actividades urbanas, al comercio, al derecho y al ejército: todo esto es extremadamente distinto del estilo de Jesús, que, como campesino galileo, se refería constantemente al campo, a la naturaleza, al esplendor de las plantas y al libre vuelo de los pájaros. Con toda naturalidad, Pablo basará sus comparaciones en los juegos de los estadios, en las carreras, en las luchas en los circos y en las discusiones en e] ágora. De vez en cuando citará al estoico Aratos, a Menandro y a Epiménides, cuyos textos quizá no haya leído, pero cuyas frases pudieron convertirse en proverbios para el pueblo griego de Tarso.

¿Hay que admitir aún una influencia más profunda? No ciertamente en el orden religioso. Al pequeño y piadoso judío, educado en rígidos principios, debió de horrorizarle el paganismo helénico. Un fiel de Yavé no podía experimentar más que un sentimiento de disgusto cuando, por las calles, pasaban los alocados cortejos de flautistas y timbaleros, cuando la multitud vociferaba y crepitaba el fuego en el que se quemaba, bajo la forma de un pino, el viejo Baal Sandam —que los griegos identificaban con Heracles—, esperando que un arbolillo ocupase su lugar, símbolo de la vegetación renaciente, y cuando los celadores del dios persa Mitra se hacían bautizar con la sangre de un toro. Cuando, más tarde, aluda a la terrible ausencia que hay en el alma de aquellos que viven «sin Dios en el mundo» (*Ef.*, II, 12), sabe lo que quiere decir. El paganismo lo habrá iluminado sobre sus insuficiencias y sus mediocridades.

Pero no era esto solamente lo que había en Tarso, no sólo los cultos al misticismo de aberración en que se descomponía la antigua religión pagana. La ciudad era un centro universitario muy importante, «aventajaba a Atenas y a Alejandría en su amor a las ciencias», dirá Estrabón, que añade que los intelectuales tarsiotas se encontraban diseminados por todo el Imperio. Algunos maestros que enseñaban en el gran puerto cilicio habían desempeñado un papel muy importante: Antenodoro, que había sido uno de los preceptores de Augusto y a quien éste había enviado a Tarso a organizar la vida pública y la administración; Néstor, otro filósofo que fue también llamado a la corte para educar en ella a Marcelo, nieto del emperador. Las grandes sombras de Zedón de Chipre, de Aratos de Cilicio, de Crisipo, de Apolonio, todos estoicos ilustres, flotaban aún en Tarso cuando Saulo comenzaba a hacerse mayor. Pero si, como es probable, no frecuentó jamás las escuelas griegas, ni estudió realmente la filosofía que Séneca iba a poner de moda, debió de, al menos, darse cuenta de su importancia y, oponiéndose a ella, precisar mejor sus posiciones personales. Incluso ejercida *a contrario*, esta influencia griega no lo era en balde-: habría hecho que Pablo advirtiera la importancia de la cultura; le descubriría que a la fe se le plantean ciertos problemas que la inteligencia debe resolver; y le habría orientado incluso en el camino en el que habría de manifestarse su genio.

El mundo que rodeó, su juventud le hizo conocer aún otra gran realidad: la del Imperio. Su padre era *ciudadano romano,* e incluso él lo fue de nacimiento. Para provincianos como los tarsiotas, era en aquel tiempo un privilegio muy raro y envidiado; y por razones fiscales, el emperador Caracalla lo otorgó a todos los ciudadanos libres del Imperio. Un ciudadano romano era un privilegiado; poseía la plenitud de los derechos civiles; estaba autorizado, incluso, si materialmente podía hacer uso de ello, a irse a Roma para elegir a los magistrados. En una cierta medida estaba protegido contra la arbitrariedad de los funcionarios, que no podían infligirle penas corporales como la flagelación, ni suplicios deshonrosos como la crucifixión; ¿acaso en el siglo anterior no había hecho Cicerón condenar a Verrés porque en Sicilia había crucificado a un ciudadano romano? Este título tan famoso, ¿cómo había llegado a la familia de Saulo? ¿Lo habían comprado a peso de oro como no era raro que ocurriese? ¿O bien en las luchas políticas de principio de siglo sus antepasados habían sabido halagar hábilmente o ayudar con eficacia a un Julio César o a un Marco Antonio? Sea como fuera, el apóstol se sentirá orgulloso de este título, y en varias ocasiones habrá de reivindicar sus

derechos y sus prerrogativas. Y, sobre todo, esta dependencia directa del Imperio habría de tener para él una significación profunda que da a entender sobradamente el capítulo XIII de la *Epístola a los Romanos:* En la dominación romana no será solamente, como tantos fieles de la Iglesia, el instrumento de una opresión, sino una grandeza positiva, una organización poderosa y benéfica, cuya existencia revelaba los designios de la Providencia. También por esto como por su armonía con el mundo griego, se preparaba el futuro convertidor de naciones.

EL DISCÍPULO DE RABBAN

A los catorce o quince años Saulo era, pues, un muchacho judío formado en las disciplinas de su raza pero cuyos ojos se abrían ante horizontes más amplios. Fue entonces cuando su padre lo envió a Jerusalén. Esto debió de ocurrir en los años 22 ó 23. *¿Las sentencias de los Padres* no dicen acaso que el niño se dedicaba a estudiar el Talmud? Hacer estudios religiosos era, para un joven judío, no sólo perfeccionarse en la teología y la ciencia bíblica, sino obtener la condición de sabio, letrado, escriba y adquirir toda la condición inherente a estos títulos prestigiosos. De vuelta al país el discípulo de los rabinos obtendría, naturalmente, una posición en la comunidad judía, se le llamaría «Doctor» o «Maestro». La permanencia en la Ciudad Santa era, por lo tanto, una etapa necesaria que el padre de Saulo tuvo la inteligencia de hacerle franquear. Por larga que fuera la ruta de Cilicia en Judea y duras la separación de sus amados familiares y la vida solitaria en la santa capital, Saulo debió aceptar con fervor esta prueba.

Jerusalén había sido siempre —desde los tiempos del rey David, desde hacía más de mil años— la patria espiritual de todo judío creyente. Durante la Pascua y las grandes fiestas multitudes de peregrinos acudían a su templo, cantando salmos de amor y de esperanza. Por sus murallas habían gemido los desterrados de Babilonia cuando se sentaban a la orilla de los ríos y lanzaban su clamor sublime:

«Si alguna vez te olvido, ¡o Jerusalén!, que mi diestra se seque y se pegue mi lengua al paladar».

Desde todas las comunidades judías de la Diáspora acudían a ella millares de estudiantes ávidos de escuchar las palabras de los Maestros en ese lugar que precisamente habitaba el Espíritu.

Saulo fue uno de esos discípulos de rabinos, de esa juventud estudiante de Jerusalén, a menudo ruidosa y siempre entusiasta, pero que tenía también mucho de esa gravedad, de esa seriedad que se reconoce en los hombres de su raza. En la Ciudad Santa se trabajaba mucho. La enseñanza se ejercía un poco por todas partes, en las casas particulares, en las sinagogas, al aire libre y bajo el pórtico del Templo, a dos pasos del Santo de los Santos. Allí, bajo la columnata, los discípulos formaban corro en torno del maestro, en cuclillas y amontonados, como se ve todavía hoy a los discípulos musulmanes de la gran universidad El-Azar en El Cairo, y escuchaban incansablemente. Cualquier profesor en boga atraía hacia sí a las multitudes; así, a principios del siglo, ocurrió con el rabí Judas y el rabí Matías, cuya rivalidad había sido célebre. Grandes nombres de doctores de la Ley fueron ilustres hasta el fin de la Diáspora, tales como Hillel y Shammai, cuya acción debía ser profunda en la tradición judía; Shammai el rígido, Hillel más liberal y generoso, y sus dos tendencias se enfrentaban en ruidosas justas. Se apasionaban por la interpretación de un texto como, en nuestros días, se apasiona la gente por un combate de boxeo o un crimen.

La Biblia era el único fin y solo medio de enseñanza. Se analizaban sus frases, menos para explicarlas literalmente que para extraer de ellas argumentos útiles en la discusión. Se entregaban con respecto a ellas a sabios cálculos sobre el número de palabras y su equivalencia, cálculos que se encontrarán en la base de la cábala. No solamente se extraían del texto conocimientos religiosos, sino que para una interpretación exegética llamada «la búsqueda», *midrash,* se extraían principios morales y lecciones de historia, lo que se llamaba «el camino», *halacha,* y la doctrina, *hagana.* Estos métodos «hagánicos» nos parecen hoy extraños y fantásticos, pero el más insignificante de los rabinos los tomaba apasionadamente en serio. El estudio de la Mishna y del Talmud, en donde se habían reunido los comentarios de los Padres, debía completar el del Libro inspirado y formar un arsenal inagotable de argumentos contradictorios. En una discusión, cuantas más citas bíblicas pudiera aportar alguien en apoyo de su tesis, más era apreciado.

Se daba la enseñanza bajo la forma de desarrollos ritmados y cadenciosos que el alumno debía aprender de memoria, sin tomar notas. Hubiera sido considerado una gran falta no decir la lección del rabino empleando los mismos términos que él había usado. «Un buen discípulo, asegura el Talmud, debe ser como cisterna bien estancada, que no deja filtrar una gota de agua». De este modo Saulo pasó los años bajo la férula

de un maestro, repitiendo y salmodiando sus dichos y sentencias, impregnándose hasta la médula de textos sagrados. Entre sus compañeros había algunos que encontraremos asociados a su obra, como el excelente Bernabé, su primer compañero de viaje, y Silas, llamado Silvano, distinguido miembro de la comunidad de Jerusalén, quien habrá de acompañarlo en su segunda misión. Se ha conjeturado sobre si la violencia que animó a Saulo contra Esteban tuvo por motivo un antagonismo entre muchachos que se conocían sobradamente.

El maestro cuyas enseñanzas seguía Saulo fue Gamaliel. Pertenecía a la secta de los fariseos, a la que sedéela pertenecer la familia del joven tarsiota y que, prácticamente, tenía en sus manos, en esa época, toda la alta enseñanza religiosa. Descendían de esos *hassidim* que, en los últimos siglos, habían sido el alma de la resistencia frente al paganismo, especie de puritanos, como nosotros los llamaríamos, austeros y feroces, apegados a convicciones inquebrantables y a rígidas observancias. Sobre los preceptos mosaicos y su interpretación, los fariseos multiplicaban las glosas y las sentencias. El mandamiento «observarás el Sabbat, día del Señor», había suscitado en ellos volúmenes enteros de comentarios sobre los trabajos que estaban permitidos o no en ese día sagrado. Por ejemplo, se preguntaban gravemente si se tenía el derecho de comer un huevo cuya mayor parte había salido de la gallina antes de la aparición de la segunda estrella, porque, evidentemente, la gallina, al ponerlo, había violado el reposo sabático. Un tratado rabínico afirmaba que en ese día consagrado matar un piojo era tan grave como matar un camello, a lo que el rabino Isamuel, más liberal, respondía que no le parecía mal que se le cortaran las patas. Si Saulo aprendió mucho de sus maestros fariseos, no por ello debe dejarse de pensar que también se daba cuenta de la aridez de esta enseñanza estereotipada y formalista. Quizá fuese entonces cuando presintió la verdad de esta frase que, más tarde, debía aprender: «La letra mata, el Espíritu vivifica».

Gamaliel era ciertamente el hombre más destacado de la secta farisea. Heredero, tanto por la sangre como por las convicciones, de Hillel, representaba, como él la había representado, la tendencia liberal. Afable y bueno, no despreciaba a nadie. No condenaba a los creyentes que hablaban griego; no volvía ostensiblemente la cabeza cuando, en la calle, se cruzaba con una mujer pagana; aceptaba incluso saludar a un extranjero, lo que era una señal insigne de generosidad. Y, sin embargo, su ortodoxia era inatacable y tan reconocida por todos, que se había inventado un término nuevo para testimoniarla. Anterior a él los doctores de la Ley eran

llamados *rab,* es decir, maestro, o bien *rabí,* mi maestro, pero a él le dieron el nombre de «nuestro maestro», *rabán.* A su muerte se hizo un elogio tan ferviente de él que se recogió en la propia Mishna: «Desde que Gamaliel ha desaparecido, no existe ya el honor de la Ley; con él ha muerto la pureza y la piedad».

No puede ponerse en duda que rabán Gamaliel haya sido un alma profundamente religiosa y una conciencia recta. Cuando Pedro y Juan fueron detenidos, se elevó una voz en pleno Sanedrín para tomar su defensa: la de Gamaliel; habló a sus colegas con un lenguaje que ha sido recogido por el libio de los *Hechos*: «Dejaos de estos hombres y dejadlos, porque si este consejo u obra es de los hombres se desvanecerá, mas si es de Dios no la podréis deshacer». (*Hech*., V, 38, 39). Y, gracias a él, los apóstoles fueron puestos en libertad. Esto, evidentemente, no es una razón para admitir, como se hizo en la Edad Media, que el rabán Gamaliel acabó sus días como cristiano, pero no cabe duda de que debió de ser muy profunda la influencia de un hombre como éste en una alma generosa como la de Saulo. En cuanto a la doctrina, en primer lugar, porque los fariseos creían en la inmortalidad del alma, en la providencia, en el libre albedrío, en la resurrección de los muertos, en el juicio de los buenos y de los malos; y más aún en lo que se refiere al impulso espiritual, a la orientación de la vida, porque, para ellos, la religión era ciertamente el fin y el medio de todo, la fe era la savia misma del ser, y nada se hacía que la mirada del Señor no pudiera ver. Saulo el fariseo no había de olvidar jamás estas lecciones.

A este amor de Dios, a esta pasión de lo absoluto, que había profundizado él con un maestro venerado, no renunció Saulo más que cuando, al cabo de seis o siete años de estudio, cuando iba ya a cumplir los veintiún años, volvió a Tarso a ayudar a su padre en sus trabajos. La industria y el negocio no podían satisfacer a un alma exigente, y, además, las *Sentencias de los Padres* lo habían puesto en guardia contra el peligra de dejarse absorber por sus quehaceres. «Quien da demasiado al comercio —decía el grave Hillel— no adquiere ninguna sabiduría». Según el precepto del rabino Schammai, debió hacer «del estudio de la Ley la regla de la existencia». Respetado por toda la comunidad judía de su ciudad natal, Saulo debió no solamente, por su ejemplo, demostrar lo que era vivir según Dios, sino aun hablar en la sinagoga, participar en los oficios litúrgicos, hacer consultas jurídicas y resolver casos de conciencia, porque todo esto se les pedía a los rabinos.

Quizá fuese el deseo de sumergirse de nuevo en la fuente viva de su estudiosa juventud, de recibir los consejos de sus maestros, lo que, algunos años más tarde, lo llevó de nuevo a Jerusalén. Entre su primera y segunda permanencia en la Ciudad Santa, los acontecimientos habían seguido su curso. En marzo del año 28, un joven galileo, que hasta entonces había vivido ignorado de todo el mundo en su aldea de Nazaret, se había levantado, había recorrido los caminos y anunciado a las multitudes una Palabra Nueva. Según él, el Reino de Dios estaba próximo y, para preparar su venida, era necesario que cada uno limpiara su alma, apartara de sí al hombre antiguo y se transformara. A los ojos de este profeta, los preceptos formales contaban menos que la intención recta y la pureza del corazón de los fariseos, de quienes se burlaba duramente. Jesús era ciertamente la contradicción viva. Un hombre como Saulo, de temperamento ardiente, llevado por impulsos extremos, ante las afirmaciones del galileo, ¿no había de experimentar acaso un sentimiento de horror y de cólera? El fanatismo de la Ley, atacado por el supuesto Mesías, debió de hacerle hervir la sangre como un ácido. El hecho de que algunas almas sinceras hubiesen aceptado esta doctrina no podía ser otra cosa que una razón más para que él lo detestara. Y la ejecución de Jesús, deseada y decidida por los fariseos del Sanedrín, tenía que ser para él absolutamente legítima y necesaria. Por toda su formación Saulo tenía que ser enemigo de Cristo.

¿Lo encontró alguna vez? ¿Lo vio y oyó en alguna ocasión? Es más que dudoso. No concuerdan las lechas entre la estancia de Jesús en la Ciudad Santa y la de su futuro apóstol. Cuando, más tarde, afirme Pablo que lo ha visto, deberemos atenernos a un sentido muy especial, por referencia a la manifestación del camino de Damasco, quizá más según el espíritu que según la carne. Y si el joven fariseo había estado presente en Jerusalén cuando ocurrió el drama del mes de abril del año 30, ¿cómo pensar que no hubiera tomado parte en él y cómo explicar que en el Evangelio se abstuviera de nombrarlo? De vuelta a Judea, unos tres o cuatro años después de la muerte de Cristo, debió ciertamente indignarse al encontrar nuevos adeptos de la nueva doctrina, no sólo entre los pequeños, las gentes del pueblo, los *am-ha-arez* desdeñados, sino también entre los intelectuales, entre los escribas, quizá viejos camaradas suyos; una naturaleza tan apasionada como la suya no podía permanecer neutral: verdugo o víctima, perseguidor o perseguido: así se formulaba su dilema. Tal como era entonces, no debía escoger más que el primer término de la alternativa.

Por esta razón su actitud con respecto al martirio de Esteban se explica de manera lógica. Sin duda, en la aprobación de este asesinato, ya que no a su corazón, debió, por lo menos, haberse atenido a su conciencia. Por horror y desprecio de la cruz debió combatir a los nazarenos, a los que reclamaban para sí al condenado. «Procedí entonces por ignorancia», había de decir más tarde (1. *Tim.,* 1, 13). Lo que hizo, el papel que representó en la muerte del diácono, no tenemos por que imaginárnoslo, puesto que él lo cuenta: «He perseguido a muerte la doctrina (de Cristo). Hice prender y encadenar a todos los que la practicaban, hombres y niños; el Gran Sacerdote y el colegio todo de los ancianos me son testigos; de los cuales recibí también órdenes cerca de la fraternidad de Damasco, a donde fui para aprehender a los fieles (de Cristo) y llevarlos cautivos a Jerusalén». (*Hechos*, XXII, 3 a 5, y también IX, 1, 2; XXVI, 12).

Pero en el camino de Damasco lo aguardaba su destino.

EL CAMINO Y LA LUZ

Era un día de verano, alrededor del mediodía. Escoltado por un grupo de guardias que le habían sido dados para ayudarlo en su tarea, Saulo, febril y crispado, llegó a la vista del oasis asirio. Hacía ya más de una semana que había salido de la Ciudad Santa, una semana de caminar por las rutas de arena, comprendidas las paradas obligatorias del descanso sabático. Tenía prisa por llegar a Damasco, cumplir su misión y calmar su cólera. Ni el sol implacable ni el traidor sereno de la noche hubieran podido demorarlo.

Dos rutas llevaban de Jerusalén a Damasco. Una atravesaba Palestina de un extremo a otro, a través de Samaría y Galilea, hasta Cesárea de Filipo, rodeaba después el Hermón y se lanzaba rectamente a través del desierto; la otra, más corta, descendía de Sichem hasta Scitópolis, pasaba por la ciudad griega de Hippos, al borde del lago de Tiberiades, y ascendía inmediatamente en dirección a los pastos de Bachan y de Traconítida, más allá de los cuales se unía a la primera. Hay que pensar que el itinerario por las colinas debió de ser preferido al otro, porque había que caminar incansablemente por el valle del Jordán, donde, en julio y en agosto, es frecuente una temperatura ele cuarenta y cinco grados. Pero incluso en las zonas altas del país, el verano palestiano es áspero y cruel; todo, en esta estación, muere más que en invierno.

Hacía, pues, ocho días que Saulo caminaba entre piedras y polvo, bajo un cielo de un azul crudo. Las gramíneas, secas sobre las colinas, dejaban ver la piel áspera de su suelo y su esqueleto de rocas. Todo era gris, monótonamente gris; los matorrales del camino, las casas de las aldeas, los guijarros de los *uads* secos, e incluso bajo el débil amparo de los olivos, la lana de los cameros, cuyos vellones se confundían con el suelo.

Mientras caminaba, Saulo tenía la obsesión de su furor. «Jamás — dice Pascal— se hace daño tan por completo ni tan alegremente como cuando se hace a conciencia». ¿Estaba alegre acaso el joven fariseo que se dirigía a Damasco a llevar a cabo una misión horrible? Pero estaba seguro de que procedía a conciencia. La firme convicción de ser dueño de la verdad se mezclaba ciertamente en su corazón con la inquieta actitud de la venganza y del odio. ¿Qué cuenta personal tenía que saldar con ese Mesías a cuyos fieles perseguía? ¿Hubiera podido él formularse enteramente sus motivos?

Lo que él había hecho en Jerusalén contra los nazarenos no le bastaba todavía. Batirlos, denunciarlos, hacer detener a unos y apalear a otros y obligar a los menos fuertes a que apostataran —él mismo lo había confesado—, no le parecía aún suficiente. (*Hechos*, VIII, 3; XXII, 4; XXVI, 10-11; *Gál.* I, 13; 1 *Tim.* I, 13). Fuera de Palestina se constituían grupos de la nueva doctrina, sobre todo en las comunidades judías de Siria, y él se propuso descubrirlos y apalearlos.

El Gran Sacerdote, a quien Saulo —«no respirando más que amenazas y muerte» (*Hechos*, IX, 1, 2) — fue a exponer su proyecto, lo acogió evidentemente muy bien ¿Quién era? ¿Caifás aún, uno de los más tristes héroes del escandaloso proceso de Cristo, que, a fuerza de cautela y rastreo diplomático, había conseguido mantenerse en el pontificado unos dieciocho años y que no fue destituido hasta el año 36? ¿O uno de sus sucesores inmediatos, Jonatán, que hacía solamente seis meses que llevaba la mitra, o Teófilo, elegido a principios del 37? Poco importa. La orden de esta misión le fue firmada, y se ordenó a las sinagogas de Damasco que entregaran a Saulo los miembros adeptos a Jesús de Nazaret, para que él, encadenados, los llevará a Sión.

El procedimiento era ilegal, tanto en derecho judío como en derecho romano. Sobre los sanedrines locales de las comunidades de la Diáspora, el Gran Sacerdote, en principio, no tenía ningún poder. Pero era indudable que poseía un gran prestigio y que sabía abusar de él. En cuanto a los ocupantes romanos, en tiempos normales, no hubieran tolerado que un pe-

queño rabino saliera del territorio confiado al procurador de Judea para proceder a unas detenciones en Siria bajo las mismas narices de sus magistrados. Pero —y éste es uno de los argumentos para fijar los hechos en el año 36, cuando Pilatos, llamado a Roma, no había sido sustituido aún — la autoridad ocupante no estaba entonces representada más que por el administrador de Cesarea y por el poderoso pero lejano legado de Siria, Vitelio, que, además, llevaba una política de buena armonía con las autoridades sanedritas. Procediendo con preste/a, el golpe había de tener éxito.

Todo contribuía, por lo tanto, a la prisa de Saulo. En el calor sofocante del camino le llegaba la fiebre hasta la frente. Estaba a punto de lograr su propósito. A su izquierda el Hermón, «la primera cumbre nacida», erguía bajo el cielo su nevada cima, esa cima en la que Cristo, transfigurado, se mostró resplandeciente a los ojos de los suyos. A su izquierda, se agrupaban las colinas de Horán, malvas y azules, hacia Asia. Pronto aparecería el oasis, agrisado por sus plátanos y verdecido por las palmas. El aire, inmóvil, debía de ser opaco y pesado, como lo es en el desierto en pleno mediodía.

De pronto, una luz que descendía del cielo resplandeció en tomo suyo, sobrepasando en intensidad a la del sol. El viajero cayó al suelo y oyó una voz que decía:

—Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues?

El balbuceó:

— ¿Quién eres, pues, Señor?

Y la voz respondió:

—Soy Jesús de Nazaret, el que tú persigues.

Aterrado y tembloroso, el fariseo murmuró aún:

—Señor, ¿qué quieres que haga?

Y la voz inefable respondió:

—Levántate. Entra en la ciudad. Allí sabrás lo que debes hacer, porque yo te he elegido como mi servidor y mi testigo.

Acontecimiento prodigioso, de una importancia incalculable, sin el cual hubiera cambiado todo el porvenir del Cristianismo... Es de creer que este acontecimiento conmoviera tanto el espíritu de sus contemporáneos como confunde el nuestro, porque no sólo una vez, en el capítulo IX, sino aun dos veces más, en los capítulos XXII y XXVI, se refiere a él el libro de los *Hechos de los Apóstoles,* y en éstos últimos por boca del propio

Saulo. En los tres relatos la identidad, en cuanto al fondo, es absoluta; las diferencias no atañen más que a los pormenores: ¿cayeron también de hinojos los compañeros de Pablo? ¿Advirtieron, ellos también, exactamente el fenómeno? ¿Una luz cegadora? ¿Una voz profiriendo palabras incomprensibles? La autenticidad del hecho es indiscutible, porque en varias ocasiones el apóstol, en sus cartas, lo confirmará aún con alusiones decisivas (1, *Cor.,* IX, 1; XV, 3; *Gal.,* I, 12, 17). En la ruta de Damasco, bajo el sol del mediodía, Saulo se enfrentó a Jesús y se oyó llamar por su nombre.

Se levantó del suelo y titubeó. Sin duda debió de lanzar un grito. No veía nada. El texto de los *Hechos* lo dice: no veía nada «a causa de esa gran luz». Los médicos que han estudiado esta ceguera súbita han llegado a la conclusión de que no podía relacionarse con la que el sol puede provocar en el Sahara, que es de corta duración, mientras que la de Saulo había de prolongarse todavía durante varios días. La han comparado con la que puede producir un deslumbramiento eléctrico, debido a un excesivo choque de luz sobre la retina, al ocasionar quemaduras superficiales de la córnea y secreciones de mucosidad purulenta; ésta puede durar mucho tiempo. « No se ve el rostro de Dios sin que uno muera», asegura la Biblia: Saulo no había muerto al haber encontrado al Dios de la vida, pero, sin embargo, era un muerto el que había de reemprender el camino, un hombre en sí mismo muerto. Apoyándose en los hombres de su escolta, entró en Damasco para aguardar allí las órdenes prometidas.

Damasco era entonces lo que es todavía hoy: el oasis maravilloso que parece surgir del inhumano desierto como una flor paradisíaca del Árbol de la Vida. Sus fuentes inagotables habían hecho que se desarrollara una vegetación múltiple: plátanos y álamos, pobos y sauces jalonaban los arroyos y las frescas acequias; a la sombra de las palmeras, las granadas, los albaricoques y los higos maduraban en huertos innumerables; por todas parte la rosa y el jazmín mezclaban con el de las tuberosas su dulzón perfume. Occidente y Oriente, cruzando allí sus caminos, habían hecho de la ciudad uno de los centros donde se detenían las caravanas que iban a Egipto, Mesopotamia y Persia, cargadas con pieles, sedas, sal o metales preciosos. En esta poderosa ciudad, donde se avecindaban diez razas, la colonia judía era, desde hacía mucho tiempo, muy numerosa (Flavio Josefo habla de cincuenta mil almas), compuesta por tenderos acomodados y artesanos. Desde el fondo de su roja Petra, el rey de quien dependía más o menos la ciudad, el príncipe árabe Aretas, la protegía.

Franqueado el portón fortificado —una torre maciza lo guardaba—, el viajero se encontraba en una avenida de unos mil quinientos metros de largo y de unos treinta de ancho, bordeada de pórticos formados por columnas corintias y en la que la enlosada calzada estaba bordeada de aceras. Se la llamaba calle «Recta»; existe aún y su nombre antiguo se ha conservado junto con su nombre moderno de «Suk el Tawil», el «largo bazar». Vivía allí un judío llamado Judas a quien sin duda, le había sido dada la orden de recibir al enviado del Gran Sacerdote. Imaginamos a Saulo acurrucado en algún rincón de la tienda, desatinado y silencioso, negándose a comer y a beber, con sus ojos de ciego abiertos sobre la noche de] milagro, pobre cautivo en las manos de Aquél que lo había vencido completamente.

Sin duda en la comunidad judía se había constituido el primer núcleo de fieles al nazareno. Este núcleo no debía ser insignificante para haber atraído la atención desconfiada de los jefes religiosos de Israel. Ananías era uno de los miembros, a quien los *Hechos* califican de «discípulo» (IX, 10) es decir, uno de los hombres que Saulo se había propuesto llevar encadenados a Jerusalén. Era, dice también el libro (XXII, 18) un «hombre piadoso según la Ley»; es decir, uno de los primeros partidarios de Jesús, tipo que domina aún en esa tan primitiva Iglesia, que, aun cuando estén bautizados según la nueva fe, continúan muy vinculados a las observancias de su raza y a la sinagoga, hombres que muestran ser tanto más judíos cuanto más atentos se manifiestan a la palabra de Cristo. Bueno, prudente, moderado, justo de corazón y en su vida, era respetado y muy considerado por todos.

En aquel entonces, Ananías había tenido una visión. El Señor se había aparecido a él y le había hablado:

— ¡Ananías!

Y él respondió como lo habían hecho sus grandes antepasados en semejante circunstancia:

— ¡Aquí estoy, Señor!

Y el visitante le había dicho:

—Parte; ve a la calle Recta y pregunta, en la casa de Judas, por un hombre llamado Saulo, oriundo de Tarso. Lo encontrarás rezando porque, también él, ha tenido una aparición: ha visto entrar a un hombre, llamado Ananías, que le ha puesto encima las manos para devolverle la luz.

Sobrecogido por recibir tal orden, el prudente se atrevió a responder:

—Señor, he oído decir a muchos acerca de este hombre cuántos males ha hecho a tus santos en Jerusalén. Y aun tiene aquí facultad de los príncipes y del Gran Sacerdote de prender a todos los que invocan tu nombre.

Pero la voz misteriosa añadió aún:

—Ve, porque este hombre es el instrumento que yo he escogido para mí (*Hechos*, IX, 10 a 15).

Fue admirable el encuentro entre este hombre que se sentía amenazado no solamente en su persona, sino en su fe y su esperanza y aquél de quien todo podía esperarlo, aun lo peor. La paradoja cristiana está formulada enteramente en este hecho, la paradoja de la caridad de Cristo que San Pablo debía comprender tan profundamente y exaltar de manera sublime; en el instante en que la llamada decisiva iba a sonar para él, era necesario que se atreviera a ello. «Amar a nuestros enemigos, perdonar a nuestros ofensores»; la más esencial de todas las lecciones del Evangelio, la recibía Saulo por voz misma de un hombre que, un instante antes, era aún su enemigo.

Ananías se puso en camino. Entró en casa de Judas y preguntó por Saulo. Estaba allí, postrado aún, todavía ciego, incapaz aún de explicar lo que ocurría en su alma, a la que, no obstante, la visión había llenado de esperanza.

—Saulo, hermano mío —dijo Ananías—, el Señor me envía a ti, ese Jesús que se te apareció en el camino por el que venías hacia nosotros. Aquí estoy para que recobres la vista y lleno seas del Espíritu Santo.

En este momento cayeron de los párpados de Saulo una especie de escamas y recobró la vista.

Se levantó, tomó aliento y recobró sus fuerzas. Y fue entonces cuando lo bautizaron.

Así se cumplió lo que a menudo e inexactamente se llama «Ja conversión de San Pablo». Que en ello haya habido secretos acercamientos de la Gracia, secretos incluso para sí, que puedan ser discernidos ciertos componentes que contribuyeron al quebrantamiento psicológico y trastornador del camino de Damasco, no tiene más que una importancia secundaria. La impresión que se obtiene de la lectura de los *Hechos,* la que San Pablo habrá de testimoniar obstinadamente, durante toda su vida, es el hecho de que lo haya aprehendido un acontecimiento fulminante, cuando se creía todavía poseído por las convicciones judaicas, y lo cambiara término a término, de un solo golpe. En él la transformación fue radical y

completa. Aquél a quien hasta entonces había odiado, de la noche a la mañana, lo adorará, y en lo sucesivo servirá a la causa que había combatido con toda su violencia. En un segundo, sobre el camino del desierto, Dios había vencido a su enemigo y, para siempre, lo había vinculado a sí.

¿Cómo no considerar sin emoción y, hay que decirlo, sin una especie de envidia, a este hombre, a quien la luz aterró sobre el camino, vencido, pero colmado por su derrota, incluso en la espera más profunda de su corazón?

Saulo, Saulo de Tarso, más pecador que nosotros, verdugo con las manos manchadas con la sangre de los fieles y que, no obstante, tuvo la suerte inconcebible de encontrar personalmente a Cristo, de que Su voz lo llamara por su nombre... ¿Por qué sucedió así? ¿Por que este hombre fue el designado? Nos hallamos aquí en el corazón del misterio pauliniano de la Gracia, en el que todo es oscuro en los secretos designios de la Providencia, y en el que todo sin, embargo, conduce a la meta que es la Luz decisiva. Hacia esta meta, hacia esta Luz, tenderá Saulo en lo sucesivo. El Cristo, que lo ha vencido, lo mostrará en todos los caminos del mundo como su cautivo y su esclavo. Y él, Saulo, carecerá de horas en su vida para rendir testimonio de Amor a Aquél que le había amado tanto como para conmoverlo en su corazón.

II. – BAJO LA ORDEN DEL ESPÍRITU SANTO

LOS TIEMPOS DE APRENDIZAJE

Aquél a quien Cristo en persona se había tomado el trabajo de conquistar y vincularse, ¿no había sido acaso, por esta misma circunstancia, designado para un destino nada común, para una misión particular? Saulo tuvo inmediatamente conciencia de ello, y durante toda su vida había de llevar esta convicción en su corazón. Cristo se había aparecido a él, tan verdadero y tan real como, durante los cuarenta días que siguieron a su Resurrección, se había aparecido a Pedro, a Magdalena, a Tomás y a los otros. Incluso lo había llamado por su nombre. Así, pues, él, Saulo, era apóstol, no de la misma forma que los Doce, pero tan legítimamente como ellos mismos, y con este título sólo a él lo reconoce la Iglesia entre todos los millares de Santos. ¡Cuántas veces había de reclamar este privilegio con una legítima arrogancia!

Con arrogancia, pero sin orgullo, porque sabía perfectamente que a él no le correspondía la gloria. Aunque con mucha frecuencia exclamara: «¡Soy apóstol!» para afirmar la autenticidad de su misión, añadía inmediatamente con una gran humildad: «Sólo soy el más mínimo de los apóstoles e indigno de llevar este nombre, poique he perseguido a la Iglesia del Señor» (1. *Cor.,* XV, 9). Sin embargo, el hecho misino de que lo merece por el acto que lo ha transformado, ¿no le pertenece, o no contribuirá a revestirlo con un carácter particular, a investirlo con una misión única? Ese Dios que lo aparto desde el vientre de su madre, que lo mandó por su gracia, que reveló en él a su Hijo (*Gál.,* I, 15, lo), ¿no tendría determinadas intenciones con respecto a él, no le reservaría acaso una tarea nueva, no esperaría de él un sacrificio diferente? Apóstol, sí, pero no con las mismas intenciones que los otros. Tal es el sentido de esta afirmación que escribirá a sus amigos gálatas: «Mas os hago saber, hermanos, que el

Evangelio que os predico nada debe a la inspiración humana, porque ni lo recibí ni aprendí de hombre, sino por revelación directa de Jesucristo». (*Gál*. I, 11, 12). A los otros apóstoles el Mesías los había reclutado en vida, tal como un hombre designa y forma a los hombres en quienes ve sus discípulos y herederos espirituales: él, Saulo, había sido elegido por un milagro fulminante.

Comprender lo que Cristo esperaba de él y prepararse a cumplirlo era la obligación inmediata que se impuso Saulo, a partir del día que siguió al prodigioso acontecimiento. Para aclarar lo que había de llevar a cabo, ¿podría contar con los hombres? Evidentemente no, puesto que se trataba de una cuestión entre Dios y él, entre el Cristo vencedor y su vencido. No tenía, por lo tanto, que «consultar a nadie» (*Gál.,* I, 16) —y Saulo se abstuvo de ello—, sino ponerse en presencia de Dios y conservar, en lo más profundo de sí, su mandamiento.

Inmediatamente después de su curación, pasó algunos días con los fieles de Cristo que estaban en Damasco y predicó en las sinagogas, afirmando que Jesús era el verdadero Hijo de Dios. Esto dejó a muchos estupefactos. Quienes lo escuchaban se decían:

— ¿No es éste el que en Jerusalén perseguía a los que invocaban este nombre? ¿Ya esto vino acá, para llevarlos presos a los príncipes de los sacerdotes? (*Hechos,* IX, 19 a 22).

Sin duda era conveniente que este testimonio fuese dado de esta manera, para que resplandeciera la gloria del Maestro, y puede presumirse que el mismo sabio Ananías pidiera al hombre del milagro, por razones bien claras de propaganda y apologética, que se mostrara y hablase. (Una tradición quiere que San Ananías fuese jefe moral de la comunidad cristiana de Damasco, a cuya cabeza habrá de morir martirizado más tarde a causa de la persecución desencadenada por Luciano prefecto de la ciudad.) Pero Saulo no tardó en considerar que, de momento, había ya dado demasiado a los hombres y que era más necesario reflexionar en el porqué y el cómo de todo aquello.

Fue entonces cuando, según una breve indicación hecha en la epístola a los gálatas (I, 17), «sin tomar consejo de la carne y de la sangre», Saulo partió para Arabia; es decir, hacia cualquier lugar perdido en el desierto sirio de Transjordania, donde le fuera posible, en pleno silencio, oír a Dios. Desde el tiempo en que Moisés se retiró en la tierra de Madián para descubrir en ella el sentido de su misión y donde oyó brotar la palabra de Yavé en un matorral ardiente, todos los elegidos de Seúl, todos los profetas, han

extraído de semejantes retiros la energía espiritual para emprender, más tarde, sus actos. Recordamos el retiro de Djebel Garantal donde Jesús inauguró su vida pública; recordamos al Bautista ayunando y meditando en horribles parajes antes de descender al vado del Jordán para predicar en él y bautizar a la gente. En la soledad nacen las obras fuertes: los Padres de la Iglesia y los grandes fundadores de órdenes religiosas lo han sabido y experimentado siempre.

Saulo permaneció algún tiempo «en Arabia». Sin duda dos años. ¿Qué hacía? Nada más que rezar, meditar e intentar comprender. Las Sagradas Escrituras, que él creía conocer tan bien, ¡con qué nuevas claridades habían de iluminarlo ahora que, para abrir todas las puertas, poseía una llave de oro! ¡Qué difícil era armonizar el primitivo hombre que había sido, el fariseo orgulloso y cruel, con el hombre nuevo que se había levantado en el camino de Damasco y al que en nada se parecía! En la gris soledad de las dunas, o amparado en cualquier oquedad de las rocas, alimentándose de higos secos, de saltamontes y de esa especie de trufa blanca que se encuentra en el desierto y que es quizá el maná, Saulo vivió días y días en silencio. En silencio que, como dice el salmo, *«rompe* los cedros del Líbano, resquebraja los muros y quebranta toda soledad», la voz que no tiene necesidad de palabras para ser oída desde lo más profundo del corazón.

Habiendo transcurrido así dos años, y con sus bases bien establecidas, Saulo tenía aún que llevar a cabo otra tarea: hacer su aprendizaje de conquistador de Cristo. Este noviciado que, en su sabiduría, los fundadores de órdenes religiosas imponen a las jóvenes almas que desean entregarse al Señor, esta preparación para la vida difícil que será la suya, variable de cinco a nueve años, según las reglas, diríase que Saulo se lo impuso a sí mismo, de lo que sintió una imperiosa necesidad. Durante largos años reflexionó, trabajó, acrecentó sus conocimientos y experimentó sus métodos. Sin duda en el año 38 ó el 39, salió, pálido, extenuado, deshecho, con los ojos brillantes y sombrío el rostro, de las soledades de su retiro; pero no había de llevar a cabo su primera misión antes del año 45 ó 46.

Volvió a Damasco, se encontró de nuevo con sus amigos y comenzó a hablar otra vez. Pero, en su ausencia, habiendo vuelto de su sorpresa, los jefes de los judíos fieles a la Torah, ¿se habían recobrado, habían consultado a Jerusalén? La propaganda de Saulo en las sinagogas tropezó con una resistencia. El movimiento antinazareno que, dos años antes, él mismo había apoyado, ahora se volvía contra él. En las discusiones

públicas, las cualidades oratorias del discípulo de Gamaliel, su dialéctica tan firme y sutil, le valieron grandes ventajas. Los presidentes de las sinagogas y los sanedritas de Damasco, experimentaron gran inquietud ante este éxito y decidieron ponerle coto.

La gran ciudad siria estaba entonces en una situación política ambigua, sometida a los romanos, en principio, pero, de hecho, fiscalizada por Aretas, el rey de los árabes nabateos. Pasaba por apoyarse de buen grado en la colonia judía, quizá porque, en el Imperio, en ese momento, se producía un movimiento antisemita muy vivo, quizá también porque los banqueros israelitas eran ya muy influyentes. Y los sanedritas se volvieron hacia él. Una delegación fue a la Petra para pedir que se hiciera callar al infiel. Se dieron las órdenes y los guardias árabes fueron apostados en las puertas de la ciudad para que no pudiera huir; los judíos velaban cerca de ellos para reconocerlo y señalárselo. Pero los discípulos de Saulo fueron informados a tiempo. Decidieron hacer que se evadiera. Esta fue una operación delicada, difícil y de un audaz pintoresquismo. En plena noche, encerrado en una de esas grandes banastas en las que se transporta al mercado el pescado, los frutos y las legumbres, atada con una cuerda, lo bajaron igual que si fuera un paquete; Pablo había de sentirse muy humillado por esta evasión romántica y vagamente ridícula, y de ella hablará a los corintios como de uno de los malos recuerdos de su vida. Pero no importaba: se había salvado.

Hoy día, en Damasco, un rincón de las ruinosas murallas rojas y amarillas, erizadas de cardos y plantas trepadoras, conserva aún el nombre de «muro de San Pablo». Casas árabes, construidas sobre la muralla, se asoman sobre el vacío desde su parte superior y se comprende perfectamente, al verlas, que tal evasión fuera posible. A dos pasos de allí, en el cementerio de los griegos, se veneran, en una especie de claustro de madera, las reliquias de San Jorge el Abisinio, de quien se cuenta que, siendo soldado del rey Aretas y de guardia cerca del lugar donde la banasta tocó tierra, volvió la cabeza en el preciso momento porque era uno de los fieles de Cristo, y que esa falta a la disciplina le valió ser ejecutado. Una lámpara arde aún hoy día sobre su tumba, como si conservara así el recuerdo de aquella noche opaca, en la que el pequeño misionero de los gentiles partiera hacia su destino.

Antes, cuando el Señor ordenó a Ananías que fuese al encuentro de Saulo, le había dicho aún: «Le enseñaré todo cuanto habrá de sufrir por mi nombre». Esto no era más que una primera lección, una primera señal de la hostilidad que el mensaje de Saulo había de hacer levantar a lo largo de su

camino. Otras no habían de tardar en serle dadas, incluso en condiciones inesperadas para él. Fuera de la banasta, habiendo abandonado su desagradable posición, Saulo se puso en camino. ¿Dónde ir? Pensó en Jerusalén. ¿Por qué? Evidentemente porque creía que en lo sucesivo había de estar en contacto con los demás apóstoles. Si no había considerado oportuno hacer antes este viaje fue porque había creído que él, el llamado por Cristo, no tenía necesidad de un suplemento de instrucción ni de una especie de investidura. Ahora que, en sí mismo, había precisado sus designios, iría a ver a Pedro y a los jefes de la Iglesia, por respeto, por deferencia, para establecer con ellos relaciones confiadas. ¿Era posible que se hiciera tantas ilusiones? Lo acogió la desconfianza.

Desearía uno poder conocer, por medio de los textos, lo que debió de ser el regreso del nuevo testigo de Cristo a lo largo de aquella misma ruta que él había seguido tres años antes, con la rabia del verdugo en el corazón. Lo que debió de experimentar al pasar de nuevo por el lugar donde Cristo le había dicho a la deslumbradora luz del mediodía: «Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues?». Lo que pensó al ver los mismos lugares que la divina Presencia había señalado con sus huellas, el lago de Tiberiades, el pozo de la samaritana, las colinas en tomo a las cuales se agrupaba la multitud para escucharle; y si, como es posible, entró en la Ciudad Santa por la puerta de Benjamín, ese desgarramiento del alma que debió de experimentar, al contemplar, a diez metros de allí, en un terreno indeterminado de los alrededores del cementerio, el calvo cerro donde Jesús había sido crucificado.

Instalado sin duda en casa de su hermana, que vivía en Jerusalén, Saulo «intentó reunirse con los discípulos» (*Hechos*, IX, 26); el texto del libro de los *Hechos* da a entender que encontró en ello ciertas dificultades. Desde la ejecución de Esteban y los malos tratos infligidos a los fieles por el propio Saulo, la Iglesia tenía que estar con mucho cuidado; Herodes Agripa I acababa de recibir la corona palestiniana de manos de su amigo, el bello emperador loco Calígula, y, si aún no había empezado a perseguir a los nazarenos, se le sabía, al menos, poco inclinado a favorecer a la nueva secta. Además, aquellos a quienes Saulo consiguió reunir se mostraban excesivamente reticentes. El recuerdo del enemigo cruel que él había sido permanecía vivo en la memoria de todos; ¿faltaba añadir la fe a esta historia de la conversión milagrosa? Por consiguiente, «tenían miedo de él» (*Hechos*, IX, 26) y de él se apartaban.

Esta situación falsa e infinitamente desagradable hubiera podido prolongarse mucho tiempo si un hombre generoso y lúcido no hubiese

intervenido. Se llamaba Bernabé y era un levita oriundo de Chipre, que poseía en la joven Iglesia una autoridad considerable porque había sido el primero en tener el bello gesto de entregar todos sus bienes a la Comunidad. Lo querían por su bondad y lo admiraban por su sabiduría. «Helenista», es decir, judío de una ciudad griega, pertenecía al círculo del que Esteban había sido conductor, y debía de conocer a Saulo desde hacía mucho tiempo. Quizá se había encontrado con él en los cursos de Gamaliel; a través del violento temperamento del futuro rabino había adivinado un alma recta y sincera; dio su confianza a Saulo y respondió por él.

De pronto, habiendo confirmado Bernabé la voracidad del milagro de Damasco y asegurándose de que, en la ciudad siria, el converso había ya testimoniado valientemente su fe, todo se solucionó. Se le tendieron las manos y se le abrieron los corazones. Saulo pudo «ir y venir por Jerusalén con sus hermanos predicando audazmente en nombre del Señor» (*Hechos*, IX, 28). Conoció a Pedro, a cuyo lado permaneció quince días (*Gál.,* I, 18). Encontró también a otro apóstol, Santiago, «hermano del Señor» (es decir: primo hermano de Jesús), hombre tan santo y tan piadoso que se cuenta de él que jamás en su vida había bebido vino ni comido carne o pescado y que se pasaba tantas horas entregado a sus plegarias que la piel de sus rodillas se había encallecido y arrugado como la de los camellos. Los otros miembros del colegio apostólico estaban entonces ausentes de la Ciudad Santa porque habían ido a llevar las Divinas Palabras en tierras de Samaría y de Judea.

Aquella estadía en Jerusalén hubiera transcurrido, por lo tanto, en un ambiente de confianza fraternal si no hubiera acontecido un nuevo incidente. Es propio de los caracteres muy fuertes no dejar a nadie indiferente y suscitar la contradicción. El libro de *los Hechos* dice brevemente que Saulo «discurría con los helenistas y que éstos intentaron matarlo» (IX, 29). Es poco probable que esta palabra designe aquí a los helenistas bautizados, en discusión entonces con los «judaizantes», porque no es posible imaginar a los hermanos de Cristo peleando sobre este punto por cuestiones de observancia. Los «helenistas» que se opusieron a Saulo eran más verosímilmente judíos procedentes de las ciudades griegas, pero muy vinculados a la Ley de Moisés, y que veían en el tarsita a un sucesor de Esteban; proyectaron hacerle sufrir la misma suerte. Pero, sabido esto, los miembros de la Comunidad aconsejaron a Saulo que desapareciera. Sin duda él vaciló, no queriendo huir el peligro ni soslayar su deber, pero lo

apremió una orden de las Alturas. Un día que estaba rezando en el Templo se apareció a él Jesús y le dijo:

—Apresúrate; sal pronto de Jerusalén; no recibirán estas gentes tu testimonio.

Y como el antiguo perseguidor inclinara la cabeza, confesando que ciertas desconfianzas y ciertas oposiciones le parecían legítimas, puesto que a todos podía parecer traidor o sospechoso, el Señor le interrumpió al punto ordenándole:

—Ve, porque te tengo que enviar lejos, a los gentiles (*Hechos,* XXII, 17, 21).

Habiendo sido dada por primera vez la orden decisiva, la vocación particular de Pablo quedaba definida. No entre sus compatriotas, los antiguos fieles de la Ley, había de llevar la Palabra de Cristo, sino a las razas todavía paganas que no se habían beneficiado aún de la revelación monoteísta como el Pueblo Elegido, a aquéllos que debían saltar directamente de la ignorancia total a la total verdad. ¿Comprendió al punto el futuro apóstol de las naciones cuán nueva, audaz y paradójica era esta obra a la que Cristo lo llamaba? Aún habían de pasar años antes de que se decidiera a entregarse a ella por entero, y otras experiencias habían de enseñarle que su único y verdadero camino era éste.

Huyendo de Jerusalén volvió a Tarso, su ciudad natal, y permaneció en ella algún tiempo. ¿Qué hizo allí? ¿Qué fue lo que consiguió? Los textos no lo dicen, pero la impresión que se desprende es la de casi un fracaso, un éxito sin importancia. «Nadie es profeta en su tierra», y si el propio Maestro había experimentado dolorosamente la verdad del proverbio, no puede dudarse de que el discípulo no obtuviera mejor suerte. Entre los suyos, en un medio fariseo de rígida disciplina y formalismo estrecho, ¡cuán extranjero debió de sentirse el hombre que había gozado de la libertad de Cristo! ¿Podían sus allegados comprender su maravillosa y dramática aventura del camino de Damasco? No hay duda que debió simplemente de escandalizarlos si se le ocurrió decir que su misión era llevar el mensaje de salvación a los paganos, a esos incrédulos contra los que el Talmud aconsejaba: «al mejer de los goims, mátalo». Mucho más tarde, en el transcurso de su segundo viaje misional, Pablo visitará de nuevo a esas comunidades de Cilicia que había podido fundar durante esta estadía; dirá que tenían necesidad de ser «fortificadas» (*Hechos*, XV, 41), y eran indudablemente insignificantes, muy pequeños núcleos.

Por experiencia comenzó Saulo a comprender que no puede uno resistirse a las órdenes de Dios, y en esta ocasión, una vez más, la Providencia lo tomó de la mano. Un día que había salido de su casa rio acercarse a él a un hombre que lo andaba buscando: era Bernabé, llegado de Antioquía para llevárselo a esta ciudad. Una etapa nueva e importante había sido franqueada en el aprendizaje del futuro misionero. En la ciudad del Oronto iba, por primera vez, a abordar concretamente el problema de la evangelización de los paganos y a prepararse para resolverla. Porque precisamente para esto Bernabé estaba en Antioquía.

Mientras Saulo dejaba transcurrir los años en una especie de noviciado interior, la historia del Cristianismo había continuado su curso. La persecución que había seguido al asesinato del diácono Esteban había impulsado a los nazarenos a huir de Palestina y algunos de ellos se habían instalado en las ciudades sirias, sobre todo en Antioquía. Se había constituido aquí una comunidad de fieles en la que, por primera vez, los bautizados originarios de Chipre y de Cirene se habían atrevido a hablar, a los paganos, de Cristo y sus enseñanzas.

Antioquía era entonces la ciudad cosmopolita por excelencia, donde se mezclaban todas las razas del mundo conocido. Tercera ciudad del Imperio, después de Roma y Alejandría, era llamada «la Bella» o «la Dorada», y merecía doblemente estos calificativos tanto por su construcción como por sus riquezas. Al pie del monte Silpio, color de ámbar y de herrumbre, la llanura del Oronto extendía sus huertos, sus palmerales y sus campos con una inagotable lozanía; las pálidas aguas verdes del río, color de nieve fundida, batían los puentes a ras de los arcos. En la ciudad, los cuatro barrios rivalizaban en templos, termas, columnatas y campos de carreras; ocho kilómetros de avenidas estaban embaldosadas de mármol; en Antioquía se traficaba con todo lo que se podía vender o comprar. Ciudad de negocios, de lujo y de teatro, Antioquía era también la ciudad de todos los vicios. Juvenal, al vituperar las aguas del Oronto por haber manchado las del austero Tíber, sin duda no se había equivocado. Sólo el templo de Dafne, cuyo suntuoso recinto medía cien hectáreas, albergaba en su interior a más de mil «sacerdotisas» consagradas al culto orgiástico de la diosa.

Así, pues, en esta ciudad intérlope era donde el buen grano del Evangelio había sido sembrado y cosechado, lo mismo entre los miembros de la colonia judía, muy numerosos desde hacía tres siglos, como entre los paganos que simpatizaban con el monoteísmo, pero a quienes se llamaba «los temerosos de Dios». Esta comunidad de fieles había incluso adquirido

tan grande importancia que la ciudad entera conocía su existencia; algunos se interesaban mucho por ella y otros la ridiculizaban. Antioquía, un poco como el París de hoy, era la patria del cuodlibeto, de sobrenombre irónico; así, por burla sin duda, a los discípulos de Jesús les llamaban cristianos. Hasta entonces los judíos los habían llamado nazarenos, y entre ellos se habían dado los nombres de hermanos, santos o creyentes. ¿Cómo llamaba el popular grecorromano de Antioquía a las gentes de la nueva secta? Los partidarios de César eran los cesarianos; los de Pompeyo, pompeyanos, y los de Herodes herodianos; «¡uno de esos *christiano,* uno de esos cristianos!» debió de haber gritado algún guardia de Antioquía, en alguno de los alborotos entre sectas rivales. Y el nombre había quedado.

En esta comunidad cristiana de Antioquía, Saulo, bajo la dirección de Bernabé, trabajó durante casi un año; predicó, enseñó e instruyó a los neófitos y expuso el misterio de Cristo ante los reunidos en asamblea. La vitalidad de esta joven iglesia era muy grande; los profetas y los doctores eran cada día más numerosos, prueba evidente de los dones del Espíritu Santo. Se tenía la impresión de que, trasplantado en esa nueva tierra, el esqueje evangélico desarrollaría lozanamente sus raíces y sus ramas. Y este éxito era tanto más providencial cuanto que en el mismo momento, la comunidad madre, la Iglesia de Jerusalén, pasaba por una crisis extremadamente grave, desolada por el hambre y asolada por la persecución que Herodes Agripa II acaba de desencadenar sobre ella y que amenazaba incluso la vida del propio Pedro. Hasta tal punto que, emocionada al recibir tan tristes noticias, la comunidad de Antioquía envió a la Ciudad Santa a Bernabé y a Saulo para que llevaran a sus hermanos socorro en dinero y víveres. Cuando volvieron —acompañados por un joven primo de Bernabé, llamado Marcos—, los dos hombres anunciaron a sus amigos de Antioquía una gran decisión. Sin duda habían comprendido al hacer a Jerusalén esta visita caritativa, que el porvenir del cristianismo no estaba allí entre los muros demasiado angostos de la Ciudad Santa, en aquella comunidad amenazada... Y los sabios que dirigían a la cristiandad de Antioquía, Simón el Negro y Lucio de Cirene, Manahem y los demás, escucharon el plan que les expusieron (*Hechos*, XIII, 1).

Entonces, una vez más, intervino el Señor. Jamás había dejado de ocuparse especialmente de aquél a quien él mismo había escogido; incluso en Antioquía lo había distinguido con un éxtasis sublime en el que, más que a ningún hombre mortal, había entreabierto el secreto de las realidades inefables, como más tarde Pablo lo referirá en su segunda epístola a los corintios: «Conozco a un hombre en Cristo que fue arrebatado hasta el

tercer cielo y que allí oyó palabras secretas que al hombre no le está permitido repetir» (2 Cor., XII, 2, 4). En el momento en que su fiel se lo jugaba todo, ¿podía el Espíritu callarse? Como quiera que los jefes de la comunidad cristiana de Antioquía se hubieran reunido y rezaran y ayunaran para saber qué debían decidir con respecto a la proposición de los dos amigos, el Espíritu Santo habló: «Apartadme a Bernabé y a Saulo para la obra para la cual los he llamado» (*Hechos*, XIII, 2, 3). Se hizo así. El destino de Saulo entraba en una fase nueva.

CRISTO VINO PARA TODOS

La obra para la cual había sido «apartado» por orden del Espíritu Santo era nada menos que la obra fundamental de todo el Cristianismo, tal como la definió el propio Cristo cuando, en los últimos tiempos de su vida de resucitado, dio a los suyos sus últimos preceptos: «Id y doctrinad a todas las naciones, bautizándolos en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. El que creyere y fuere bautizado será salvo» (.*Mat*., XXVIII, 18, 20; *Mar.,* XVI, 15, 19).

Toda la exigencia del Cristianismo se halla en esto y también sus perspectivas sin límite: por el solo hecho de que comprende totalmente el sentido de esta orden, el hombre del milagro de la ruta de Damasco enfocó definitivamente su propia vida por el camino decisivo, y la Iglesia hacia su verdadero destino.

Las palabras de Cristo debieron de interpretarse según dos maneras diferentes o, mejor dicho, según dos diferentes acentuaciones. Primero contenían una orden general e imperiosa: «¡Id! ¡Evangelizad!», orden que Jesús, a lo largo de toda su vida, había repetido numerosas veces: «La luz no debe impedir que se propague la verdad». Para un cristiano el primer deber es éste: blandir esta luz que ha recibido. Por esencia, como por destino, un fiel de Jesús no puede ser más que un propagandista, misionero o conquistador de Cristo; esta experiencia es la que el Espíritu Santo, en el curso de largas reflexiones y de un frente a frente patético, había puesto en el corazón del futuro apóstol; para esta tarea de propaganda se había preparado en la soledad del Hauran y en los quehaceres de Antioquía; en lo sucesivo toda su vida será maravillosamente fiel a esto. «¡Ay de mi si no anunciare el Evangelio!», exclamará un día (1 *Cor.,* IX, 16). Ningún hombre, sin duda, respondió mejor que él a la llamada de esta vocación.

Pero Jesús había precisado el carácter de su orden, el carácter universal. La Palabra había de ser llevada a «todas las naciones»; el Evangelio debía ser comunicado a «todas las criaturas». El mensaje de Cristo no conoce ni fronteras políticas ni categorías sociales; a sus ojos no hay griego ni judío, ni circunciso ni incircunciso, únicamente hermanos, iguales ante la promesa de salvación. Indudablemente, sobre esta noción esencial del Cristianismo, que San Pablo contribuirá más que nadie a formular en términos imperecederos y a fijar en la sangre y en el meollo de la Iglesia, revertirán las revelaciones inefables con las que fue beneficiado por el Hijo y el Espíritu, y sus diez años de meditación no tendrán otra finalidad distinta de ésta.

Concretamente, en el cuadro en el que iba a llevar a cabo su acción, ¿cómo comprendía Saulo su misión?; en el sentido en el que el Señor le había hecho entrever, durante su éxtasis en el Templo, es decir, como dirigiéndose a los pueblos innumerables que vivían en lo más hondo de las tinieblas, «en el mundo sin Dios». El profeta Isaías, en una fórmula que recitará San Pablo, había dicho: «Porque verán lo que nunca les fue contado y entenderán lo que jamás habían oído» (*Is*., L. II, 15). Escribiendo a los fieles de la Iglesia de Roma el apóstol, mucho más tarde, dirá: «Y de este modo me esforcé en no predicar el Evangelio donde antes Cristo ya fuese nombrado, por no edificar sobre ajeno fundamento». (*Rom.,* XV, 20). Los fundamentos sobre los cuales se había edificado la primera Iglesia, la comunidad de Jerusalén, habían sido las tradiciones judías, las observancias mosaicas, las bases sólidas, duras y ásperas de la Ley. La misión de la que Saulo se consideraba investido era la de construir en otra parte, sobre otras bases. He aquí lo que el Espíritu Santo le había revelado.

En el momento en que iba a lanzarse a las grandes aventuras de sus misiones, Saulo veía claramente ante sí el inmenso plan a cuya realización había de consagrar su vida, ese plan que la misma epístola a los romanos resumirá más tarde: implantar el Evangelio en todos los lugares del Imperio, desde Jerusalén hasta los confines de Occidente, llamar a la luz a todos los pueblos del mundo conocido. El porvenir entero del Cristianismo estaba en esto, en la iniciativa del genio, y la implantación del grano de semilla en el seno de las buenas tierras labradas por Roma, y la Revolución de la Cruz, cambiando el orden pagano establecido, y, poco a poco, la substitución del hombre según la tradición antigua por el hombre según Cristo. Esta audaz opción sobre el porvenir, a nosotros, los cristianos modernos, nos parece muy natural, precisamente porque nosotros

pensamos el Cristianismo en la luz espiritual de San Pablo y porque su universalismo se ha convertido en nuestra sangre y nuestra carne. Pero hay que advertir el carácter audaz de semejante decisión, lo que ésta tenía de turbador y paradójico: los sabios que dirigían la comunidad cristiana de Antioquía no se habían decidido a aceptarla y había sido necesaria nada menos que una orden sobrenatural para convencerlos. Esta opción sobre el porvenir suponía resuelto un problema muy delicado del pasado.

Para comprender bien la gravedad de este problema y los términos en los cuales se planteaba entonces, es preciso anticipar los acontecimientos y dejar a un lado el relato de la primera misión de San Pablo, para lo cual lo vemos, partiendo de Antioquía el año 46, hacerse a la vela en dirección a Chipre; y es preciso situamos al final de este primer viaje, en el curso de los años 49 y 50. De vuelta de sus numerosas aventuras en el Asia Menor, donde, muy a menudo con peligro de sus vidas, seguros de haber trabajado perfectamente por la causa de Cristo, Pablo y Bernabé hallaron a la cristiandad de Antioquía en trance de una viva agitación. Delegados de Jerusalén se habían presentado en la ciudad del Oronto para reprochar a los cristianos de Antioquía no haber sido fieles a aquello que, según ellos, debe ser la verdadera enseñanza del Señor. Se llevó el ataque de tal manera que el apostolado de Pablo y de Bernabé fue lo que censuraron e incriminaron. Y muy pronto las discusiones alcanzaron tal grado de efervescencia que los jefes de la comunidad de Antioquía, muy sabiamente, pensaron que, para regular las cuestiones de una vez para siempre, había que provocar en Jerusalén una reunión con los responsables de la Iglesia. Por lo tanto, Pablo y Bernabé fueron enviados a la Ciudad Santa, acompañados de Tito, joven pagano recientemente convertido.

¿A qué venía la diferencia? Exactamente por este punto: ¿cuál debía de ser la actitud de la Iglesia cristiana frente a la ley mosaica y las observancias judías? En verdad Jesús había otorgado su Palabra al Pueblo Elegido y había afirmado formalmente: «No soy enviado sino a las ovejas perdidas de la casa de Israel» (*Mat*., XV, 24), y él mismo había asegurado: «No he venido a combatir a la Ley o a los profetas, sino a cumplirla» (*Mat.,* X, 17; *Luc.,* XVI, 17). Sus primeros discípulos eran, por lo tanto, estrictamente fieles a todo lo que la piedad judía imponía en cuestión de prácticas minuciosas, hasta el punto de que —el libro de los *Hechos* da testimonio de esto (II, 47; IV, 33) — su comportamiento era causa de admiración. En esta comunidad de Jerusalén, nacida al pie del Templo, al adherirse a la doctrina de Jesús, las almas santas estimaron que no debían romper con las tradiciones de su nación; sino, al contrario, al hacerse

cristianas, ser más profundamente fieles al Dios de los Padres y trabajar más eficazmente para el advenimiento de su Reino.

Pero entonces, con tales perspectivas, ¿en qué se convertía la gran idea universalista de Cristo, la que se habían expresado con sus célebres frases del tiempo de la Resurrección, la que él había apoyado con el ejemplo al hacer milagros en beneficio de un centurión pagano y de una viuda fenicia y hablando amistosamente a una herética samaritana? Para quien ha reflexionado sobre el método seguido por Jesús, es evidente que él había concebido la expansión de su doctrina según dos planos: para los judíos fieles debía consistir en el cumplimiento de sus exigencias religiosas tradicionales, una segunda y definitiva etapa; para los paganos que se encontraban aún en las tinieblas debía aportarles la luz de buenas a primeras. Pero en cuanto a los cristianos judaizantes, los miembros de la comunidad de Jerusalén, era excusable que comprendieran mejor el primer aspecto de esta enseñanza que el segundo y se convenciesen de que sólo a ellos pertenecían las Promesas.

Sin embargo, por la fuerza de las cosas, se había llegado a una visión más amplia, incluso en esos cerrados medios judeo-cristianos y aquí había mediado el Espíritu Santo. Pedro, el príncipe de los apóstoles, la vieja piedra sobre la cual se había anunciado que había de construirse la Iglesia, judío muy rígido, muy fiel a las observancias de la Torah, había sido obligado por el propio Dios a conferir el bautismo de Cristo a un pagano. Esto había ocurrido en Joppe, a orillas del mar; durante un éxtasis había recibido la orden de no tener en cuenta las prescripciones y prohibiciones judías y de obedecer al llamamiento de un centurión romano llamado Cornelio, de la guarnición en Cesárea, hombre piadoso y temeroso de Dios, que se había dirigido a él para que lo instruyera en la fe de Cristo. Y el sabio Pedro había aceptado. Poco más o menos en ese mismo instante, en el camino de Gaza, Felipe, uno de los siete diáconos, habiéndose puesto a hablar con un oficial etíope de corazón generoso y habiéndole considerado digno de ingresar en la Iglesia, le había concedido inmediatamente la gracia del agua santa, en el primer arroyo que encontraron a su paso. En Jerusalén, entre los judeocristianos de estricta observancia, tales hechos habían sido considerados como inquietantes; se habían aceptado como excepciones impuestas por el Espíritu Santo, pero que el bautismo de los cristianos se convirtiera en una regla general era otra cosa muy distinta.

Las perspectivas cambiaron inmediatamente cuando saliendo de Jerusalén, el Cristianismo se extendió en diversas comunidades judías de la Diáspora, en las que los fieles de la Ley se hallaban en contacto

permanente con los paganos. Si éstos se dirigían a los jefes de la Iglesia, solicitando ser admitidos entre los bautizados, ¿qué se tenía que responder? Los judeocristianos de Jerusalén querían que se les dijera: «Si no estáis circuncisos según la Ley de Moisés no podréis ser salvados» (*Hechos,* XV, 1), y mientras todos estos recién llegados no fueran sometidos a todas las observancias judías no podían ser aceptados como cristianos. Pablo y Bernabé, al contrario, y lo mismo los que profesaban la tendencia universal, acogían a los paganos de buena voluntad sin obligarles a pasar por la etapa intermedia del judaismo, y su influencia era tan grande como para que todos los fieles de Jesús, sin distinción de origen, acudieran a sentarse a las mismas ceremonias litúrgicas, en los ágapes comunes, donde comían y bebían, bajo el signo consagrado, el pan y el vino, la carne y la sangre de Aquél que había muerto por todos los hombres del mundo, sin excepción.

Tal fue la tesis que Pablo, en el otoño del año 49, estando en Jerusalén con Bernabé y Tito, defendió frente a los partidarios de un cristianismo rígidamente vinculado a Ja Torah. El paso dado fue de gran importancia: todo el porvenir de la Iglesia estaba en juego. Si los judaizantes triunfaban, el Cristianismo se convertiría en una pequeña secta judía, porque la mayor parte de los paganos se negaban a someterse a las exigencias mosaicas, sobre todo a la de la circuncisión, desagradable para los adultos y que pasa por ser humillante. Si la tendencia de Pablo se imponía, lo que se advertía en el futuro era todo el mundo grecorromano precipitándose en los brazos abiertos de Cristo.

Debemos señalar que el propio Saulo nada tenía que ver con este asunto. No había adoptado por interés personal la posición que mantenía. ¿Acaso él mismo no era judío, «hebreo, hijo de hebreo»? No se engreía por ser «más celador que todos de las tradiciones de los padres» (*Gál.,* I, 14) y de mostrarse siempre «irreprochable en cuanto a la justicia de la Ley» (*Fil.,* III, 6).

Toda su formación fariseo, incluso si se tiene en cuenta el hecho de que su maestro Gamaliel fue el de más espíritu de todos los rabinos, debía inclinarlo antes del lado de los judaizantes que de los universalistas. Pero su experiencia de judío «helenista», sus contactos con los paganos, sus primeros esfuerzos de misionero, le habían hecho discernir dónde se encontraba la verdadera ruta del porvenir; su genio lo reconoció y lo guió el Espíritu Santo.

Así, pues, en el otoño del año 49, Pablo y Bernabé llegaron a Jerusalén, habiendo atravesado Fenicia y Samaría, y, por el camino,

contaron a varias iglesias el éxito de Cristo entre los paganos, lo que causó gran alegría (*Hechos*, XV, 3). En la Ciudad Santa los apóstoles y los ancianos los acogieron con simpatía, haciéndoles contar todo lo que Dios había hecho por intermedio suyo (*Id.,* XV, 4). Estas conversaciones con Pedro, Santiago y Juan y algunos notables cristianos prosiguieron en un ambiente de comprensión recíproca; los apóstoles «columnas de la iglesia», tendieron la mano a Pablo y a Bernabé en señal de perfecta confianza (*Gal.,* II, 9). Se convino entre ellos que la tarea se repartiría de la siguiente manera: los apóstoles de Jerusalén trabajarían en la conversión de los circuncisos y los misioneros de Antioquía y sus amigos en la de los paganos.

Bruscamente la situación se hizo tirante. Los antiguos fariseos convertidos al cristianismo se indignaron. ¡Aceptar en la Iglesia a los paganos, permitir que ignoraran la santa Torah, no imponerles la circuncisión, las observancias cuya lista se conserva en el sagrado libro *Levítico*! ¡Era un sacrilegio! Era exactamente *combatir* la Ley y *no cumplirla.* ¡Era desobedecer al propio Cristo! Y he aquí que reclamaron y exigieron. Con Bernabé y Saulo había llegado de Antioquía un joven griego llamado Tito, a quien no hacía mucho que se había bautizado; ¡que fuera inmediatamente circuncidado! Pablo se negó categóricamente a dejar someter a su joven discípulo a esta formalidad inútil; el caso de Tito será la piedra de toque; había que escoger entre la servidumbre judía y la libertad de Cristo.

Para poner fin al conflicto, los jefes de la Iglesia, muy sabiamente, decidieron entonces reunir una asamblea en la que el problema fuera tratado a fondo. Se celebró en la primavera del año 50; se la ha nombrado con frecuencia, con un cierto énfasis, «Concilio de Jerusalén», el primer Concilio, lo que es extender un poco demasiado el sentido de esta palabra. Partidarios y adversarios de Saulo expusieron sus tesis; la discusión, muy viva, volvióse en favor del cristianismo universalista. Lo que Pablo y Bernabé habían hecho ya en Antioquía, en Chipre y Asia Menor, los milagros que Dios había cumplido por mediación de ellos, las conversiones que habían realizado, ¿no eran acaso los más admirables testimonios? Pedro, cuya autoridad era considerable, se levantó y afirmó que, ante Dios, no había diferencia alguna entre paganos y judíos, desde el momento en que sus corazones fueran puros (*Hechos*. XV, 9). Santiago, el piadoso Jacobo, cuya fidelidad a las observancias mosaicas y las largas oraciones en el Templo eran famosas en toda Jerusalén, tomó también la palabra para expresarse en el mismo sentido. «Considero —dijo— que nadie debe inquietar a los paganos que se conviertan al Señor»; se les

pedirá tan sólo que se abstengan de algunas prácticas que podrían escandalizar a los cristianos de origen judío; por ejemplo, comer carne de animales que fueron sacrificados a los ídolos. Tales intervenciones fueron decisivas: Pablo y sus amigos habían ganado la partida.

Cuando partieron de Jerusalén, se llevaron consigo la aprobación total de la Iglesia. Un «decreto apostólico» fue redactado y confiado a dos mensajeros especiales, Judas Barsabás y Silas, destinado a hacer comprender a los judaizantes de las demás iglesias que, en lo sucesivo, habían de dejar de oponerse a los propósitos de Pablo. (*Hechos*, XV, 29). «Esto pareció bien al Espíritu Santo y a nosotros», dice, en una fórmula admirable, este documento. La solución definitiva es sencilla: los cristianos de origen judío continuarán siguiendo los preceptos de la antigua Ley, cumpliéndola en la luz de Cristo; pero los paganos no atendrán ninguna necesidad de pasar por la etapa del judaismo para convertirse en cristianos.

Tal era el problema que Pablo había tenido que resolver antes de poder lanzarse sin reticencias a su gran obra misionera: nos parece hoy singularmente superado, pero, para sus contemporáneos, para esos cristianos del siglo medio, fue de una importancia capital. Representa sin duda la primera prueba evidente de su inspirado genio que dio el apóstol de las naciones en el hecho de haberla comprendido tan lúcidamente y haber impuesto su solución. Lo que el propio Cristo, durante la visión del Templo, le había ordenado fue en lo sucesivo la única orden de su vida. Con todo su impulso se lanzó a la perspectiva ilimitada que había abierto a la Iglesia.

No puede creerse que todo fuera a la perfección. En varias ocasiones se planteó aún el mismo problema y fue necesario que Pablo usara de toda su autoridad para evitar desviaciones doctrinales. Así se produjo en la propia Antioquía un incidente. Había ido Pedro a esta ciudad quizá con la intención de prever un lugar donde replegarse en el caso en que la persecución se hiciera insostenible en Jerusalén, y, según costumbre de la comunidad cristiana de Siria, aceptó cenar en compañía de todos los bautizados, estuvieran o no circuncisos. Para un judío piadoso, el hecho era de gran importancia, porque comer al lado de un pagano equivalía a mancharse. El éxtasis de Joppé había enseñado claramente al apóstol que era necesario pasar por alto estas prescripciones sobre el alimento, pero lo que hacía no era una excepción con respecto a la ley, sino que ponía en práctica un nuevo principio. Los judaizantes llegados de Jerusalén se lo reprocharon: evidentemente había ido demasiado lejos. Y Pedro, sin duda

para no causarles sorpresa, o quizá poseído por escrúpulos de conciencia, decidió evitar la compañía de los paganos y en lo sucesivo comió entre los circuncisos. Los otros cristianos de origen judío lo imitaron, y Bernabé, impresionado por el ejemplo del príncipe de los apóstoles, hizo lo mismo (*Gál.,* II, 11, 13). La Iglesia de Antioquía corría simplemente el riesgo de ser dividida en dos.

Entonces intervino Pablo. Con un valor que exaltaba en él la convicción de tener razón, se resistió frente a Pedro y a los demás. En plena asamblea de la comunidad, presintiendo que iba a romperse la unión de la víspera, se atrevió a hablar. Recordó discretamente a Pedro que él mismo había admitido la libertad total para los paganos convertidos; si era así, ¿por qué entonces, al no querer sentarse a los ágapes fraternales, pretendía tratarlos como cristianos de segunda zona? ¿No era acaso una presión moral lo que estaba ejerciendo sobre ellos, como si, sin atreverse a pedirlo, sin atreverse a pensarlo siquiera, esperase de ellos que se hicieran circuncidar? Había en esto una incoherencia grave y un grave peligro para la Iglesia, y hay que pensar en que el príncipe de los apóstoles se dio cuenta de ello y reemprendió el camino recto.

Pero la propaganda de los judeocristianos no había de darse aún por vencida. Algunos años más tarde, en una fecha difícil de fijar, Pablo había de chocar de nuevo con ella. Una de las iglesias fundadas por él en plena Asia Menor, la de los gálatas, fue trabajada por los partidarios del rigorismo y del exclusivismo judaizantes. Los emisarios manifestaron a los cristianos de origen judío que se manchaban al estar en contacto con los paganos bautizados y que el evangelio de Pablo no era el verdadero evangelio y, por consiguiente, insistieron sobre el problema. Fue preciso entonces que Pablo les escribiera para hacerles comprender la justa concepción de las cosas, y su patética protesta nos valió esa admirable *Epístola a los gálatas,* en la que, al barrer de un golpe el polvo y los restos de esas miserables cuestiones de circuncisión y de observancia, colocó el problema sobre su verdadero terreno, el del debate de la fe salvadora y las rígidas disciplinas de la Ley; es decir, entre el espíritu y la letra, y proclamó la libertad de los hijos de Cristo a quienes su amor había redimido.

El destino de los hombres geniales es chocar constantemente con la incomprensión, con la rutina y la mediocridad humanas, pero es también privilegio suyo apartar los obstáculos que se dispongan en su camino y aprovechar la ocasión de superarse y de ser más eficaces aún y más audaces.

Imaginémonos, pues, al misionero de Cristo, al mensajero del Espíritu Santo, en el momento en que, sin duda en el otoño del año 46, se dirigía de Antioquía a Seleucia, el gran puerto del Oronto, para embarcarse y partir así hacia la gran aventura. Tendría entonces alrededor de cuarenta años, la edad en que se sabe más o menos lo que uno es y por qué existe. El destino de su vida y sus actos se define por sí mismo antes de ser llevado, fuera de la asamblea de Jerusalén, a que se justificara ante los ojos de los demás. ¿Qué hombre es, pues, éste, para lanzarse por semejante camino y asumir la responsabilidad de llevar a Cristo al mundo? ¿Qué posee este pequeño judío tarsiota para mantener tan prodigiosa apuesta? Quizá poca cosa ante los hombres, pero Aquél que lo había elegido entre todos sabía que, en la eternidad, la Providencia lo había concebido, formado y preparado para esta tarea y este riesgo. Sí, para aprehenderlo, el pescador del lago había recurrido a grandes medios, a grandes redes, porque no ignoraba qué gran pez iba a pescar.

Y precisamente Pablo no se imponía por su prestancia física, su belleza y su rigor. Quizá hay que entender en un sentido moral, v sugerido por la humildad, el término *aborto* con el que a sí mismo se calificaba; cuesta, sin embargo, pensar que haya sido un Adonis, porque semejante palabra debió de ocurrírsele naturalmente. Es muy probable, en todo caso, que las representaciones artísticas de la escultura y la pintura, que nos lo muestran como una especie de atleta de Cristo, un combatiente armado de una espada, o un predicador rigoroso y de lozano semblante, se equivoquen al haberlo idealizado excesivamente. La impresión que nos deja al leer los textos y tratar de imaginamos al apóstol de las naciones es muy diferente.

Preciso es, sin embargo, reconocer que esto no es más que una impresión. Siguiendo minuciosamente los *Hechos* y las *Epístolas* es del todo imposible fijar con precisión los caracteres y los rasgos físicos del tarsiota. Incluso el célebre episodio de su evasión, descendiendo por las murallas de Damasco, metido en una banasta (2 *Cor.,* XI, 33), nada nos dice y ni siquiera nos permite deducir que era de pequeña estatura, porque, por una parte, puede uno perfectamente ser bajado en una banasta estando en ella simplemente acurrucado y, por otra, estos cestos para provisiones tenían todos los tamaños, y los había inmensos, como aquél de que nos habla el Talmud que podía contener pan para cien comidas. Tampoco es razón suficiente, para creer que era de pequeña estatura, el hecho de que su

nombre latino sugiera la idea de pequeñez: ¡no todos los *Pauli* de Roma debían ser de pequeña estatura! En cuanto al incidente que se produjo en Listra durante la primera misión, en donde los paganos de la región llamaron a Bernabé Zeus y a Pablo, Hermes, se puede todo lo más deducir que el tarsiota era menos corpulento y majestuoso que su compañero y que hablaba más...

No podemos, pues, representarnos en lo más mínimo a Saulo utilizando para ello los documentos de la Escritura, ni tampoco las tradiciones, por otra parte inseguras. Las más antiguas de estas tradiciones se remontan al último tercio del siglo X, y en ellas a menudo se mezclaban elementos más que sospechosos, aunque sorprendan, en lo que se refiere a Pablo, por su permanencia. Parece que, en la Iglesia primitiva, se transmitió de lugar en lugar y de generación a generación una descripción del apóstol. Quizá se debía ésta a una especie de pasaporte que los misioneros hubiesen llevado consigo para hacerse reconocer en las comunidades cristianas en las que tenían que ser recibidos. Así, un apócrifo griego, llamado los *Hechos de Pablo* —que forma parte de la leyenda de Tekla y que los grandes escritores cristianos, como Tertuliano, citarán de buena gana—, nos da del apóstol de las naciones esta descripción, seguramente nada burlona: «De pequeña estatura, rechoncho, con las piernas torcidas, la cabeza calva, cejijunto y de nariz ganchuda»; el croquis es característico y no admite comentarios. Cierto es que el autor anónimo añade que «sus ademanes estaban llenos de gracia y que, algunas veces, más que un hombre, parecía un ángel», de lo que puede deducirse que este pequeño judío sin apariencia trascendía una fuerza espiritual incontestable y una evidente autoridad.

Todos los documentos que pudieron recogerse a continuación vienen, en conjunto, a corroborar este retrato. Un escrito, falsamente atribuido a San Juan Crisóstomo, habla de Pablo como de un hombre de tres codos (es decir, un metro cuarenta aproximadamente) que llegó más allá de los cielos. La famosa medalla llamada de las catacumbas de Domitilia, que representa a Pedro y a Pablo, y que hoy se admira en el museo cristiano del Vaticano, da al apóstol de los gentiles un perfil hebraico muy marcado; cierto es que su fecha plantea un problema y que muchos creen en un simple falso moderno. Un texto del siglo VI, los *Príncipes de los Apóstoles,* de Juan Malaba, añade este pormenor: los ojos grises y la barba espesa. Un hombre de pequeña estatura, de nariz fuerte, de cabellos rojos y escasos, de barbilla bien formada, con ojos grises bajo cejas pobladas y juntas, a pesar de la majestad que uno cree poder reconocer en él, acaso

por todo esto, ¿había sido elegido por Dios entre todos los hombres para ser su testigo y portador de su palabra?

¡Si por lo menos hubiera sido un gran orador, uno de esos gigantes del verbo que, en un torrente de metal en fusión se lleva consigo la adhesión conmovida de las entrañas hasta el punto de que uno olvida tener en cuenta su físico e incluso examinar sus argumentos! Pero no, Pablo no era de esa clase; él mismo había confesado ser un «ignorante en cuanto a la palabra» (2 *Cor.,* XI. 6). No hay que decir que, para nosotros, es mucho más que un orador en quien, en la violencia, caótica algunas veces, de sus períodos, en algunas veces embrollado desencadenamiento de sus ideas, no reconocemos otra cosa que un arte y una técnica: el chorro mismo del Espíritu Santo. Pero cierto es que nada tenía de común con esos grandes retóricos antiguos —un Isócrates, por ejemplo— que limaban y volvían a limar durante años su forma, hasta llegar a olvidar totalmente el fondo y a hablar para decir cualquier cosa. Lo que él decía y vivía era lo que experimentaba en el desgarramiento de su alma, y el pensamiento tenía mucha más importancia para él que el estilo. Y debemos aún imaginárnoslo hablando en griego, con una voz nasal y un pronunciado acento judío, utilizando muy a menudo giros provincianos, haciendo reír a mandíbula batiente a los refinados intelectuales de Atenas. Tampoco su Drestigio podía establecerse por esto.

Y aún hay más: para examinar este retrato desprovisto de gloria, hemos de añadir que Pablo estaba enfermo, quizá desde su nacimiento, o bien enfermó en el curso de uno de sus viajes y jamás la enfermedad estuvo ausente de sus preocupaciones. Cierto es que no le impidió recorrer el vasto mundo con una energía poco común, ni llevar a cabo una obra de una grandeza excepcional, pero ¿no se ha comprobado corrientemente que las realizaciones que pasan de lo sido frecuentemente llevadas a cabo por hombres de salud débil y de vitalidad física deficiente, como si la intensidad de la energía espiritual se vinculara de buena gana a no se sabe qué misteriosa fragilidad? Pablo habla varias veces de su enfermedad. Cuando, por ejemplo, escribe a sus amigos gálatas, les da las gracias por haberlo acogido sin menosprecio ni repugnancia, ya que cuando se detuvo entre ellos lo atendieron con gran interés (*Gál.,* IV, 13, 14), o cuando alude, al escribir a los corintios, a ese «aguijón en la carne» que le clava el ángel de Satán para que no se enorgullezca demasiado (2 *Cor.,* XII, 7), Tiene uno la impresión de que se trata de una enfermedad demasiado seria y crónica para poder olvidarla y demasiado penosa y manifiesta para que, a los ojos de los demás, no sea quizá más humillante. ¿De qué enfermedad se

trataba? Cien comentaristas han formulado sus hipótesis, sin que ninguna nos la haya aclarado: se ha hablado de reumatismo, de oftalmía purulenta, de dolores intestinales, de hemorroides, de ciática, de lepra, de fiebres palúdicas y, naturalmente, de epilepsia, como también de enfermedades nerviosas; pero la variedad de estas suposiciones basta para demostrar su poco fundamento. Una sola cosa es segura: que Saulo estaba enfermo, que se sabía enfermo y que su enfermedad, ante sus propios ojos, tomaba la apariencia de una debilidad. Un retoque semejante completa el retrato de este hombre tan poco prestigioso, por medio de quien Dios había de cumplir, sin embargo, tan extraordinarias cosas. Cierto es que las apariencias engañan, y en este caso, como oh tantos otros, no hay mas remedio que deducir que «los caminos del Señor son tan incomprensibles como impenetrables sus designios».

Sin embargo, bajo esta envoltura sin fasto, en esta carne íntimamente herida y dolorosa, el Creador había depositado un alma de una cualidad única, apoyada por su carácter excepcional. Catando menos nos predispone al entusiasmo el aspecto físico de Pablo, tanto mas siente uno aumentar su admiración ante las virtudes morales y la encune energía espiritual de la que toda su vida fue testimonio y que hizo de él un imperecedero ejemplo.

Lo que primero y por encima de todo sorprendente es su firmeza extraordinaria, la poderosa energía de que da prueba. Parece inagotable. Este hombre enfermo, que debe tener en cuenta las exigencias y limitaciones de su cuerpo, es el que recorrerá millares de kilómetros, cerca de cinco mil a pie y más de quince mil en barco, en condiciones en las que toda comodidad había de estar singularmente ausente. No lo detiene ni lo desanima nada de lo que la naturaleza le opone, como tampoco nada de lo que le oponen los hombres. Diríase que se encuentra realmente a gusto entre las dificultades, la tensión y el conflicto. Las peores pruebas son para él ocasión de grandes realizaciones. Habla con una serenidad que nada tiene de fingida. «He sido afligido, pero jamás aplastado; desprovisto de todo, pero jamás me he sentido desesperado; batido, pero jamás vencido», declara tranquilamente, y este testimonio que se da a sí mismo es el de la más profunda verdad. Jamás ha flaqueado, jamás ha capitulado. La misma violencia que antes había puesto al servicio de los enemigos de Cristo es la que sostiene y anima su alma cristiana ahora. Figura admirable en todos los aspectos; pocos hombres dan una impresión tan profunda de dominio de sí mismo por encima de sí mismo.

Lo más interesante quizá de esta figura, y lo más ejemplar al mismo tiempo, es que semejante buen éxito, semejante realización, no parezca haber nacido de él. J.-Jay hombres que, en la vida, caminan derechamente y sin ninguna vacilación, porque están hechos de modo que jamás su conciencia les plantea un problema, que ignoran inocentemente el abismo por cuyo borde han trazado su ruta. Con San Pablo se tiene exactamente la impresión contraria. Quien escribió la célebre confesión: «No hago el bien que quiero, sino el mal que odio», es ciertamente un hombre para quien existe el drama secreto, que ha conocido la tentación y la ha vencido, que ha mirado al fondo de los abismos, pero no ha caído en ellos. Hombre de contrastes, a la vez exigente y tierno, violento y sensible, enérgico y reflexivo, en quien adivinamos a qué precio, a costa de qué esfuerzo de dominación pudo llevar a cabo su unidad interior. Si no hubiese sido un hombre enérgico, lanzado de lleno a la acción, hubiera sido admirado como una de esas excepciones sublimes que da a veces la naturaleza a la ley de nuestras debilidades; pero leyéndolo con atención, ¡cuán próximo a nosotros lo sentimos y qué fraternal!

Hay un punto en el cual cree uno poder aprehender su esfuerzo de sí mismo por encima de sí mismo y es ese punto de la vida moral en el que tantas conciencias tropiezan y caen: el de la carne y sus tentaciones. Cuando se trata de la más luminosa figura humana que jamás ha habido, del Unico Modelo, de Cristo, se tiene la certeza de que este problema no ha de plantearse nunca y que todo, en esta adorable imagen, respira la «nettezza», la nitidad absoluta de que habla Santa Catalina do Fiesco; poro cuando se trata de Pablo se tiene la impresión de que el drama de la carne pesó sobre él. «Descubro oirá ley en mis miembros que se rebela centra la ley de mi espíritu y que me lleva cautivo al pecado», confiesa en la *Epístola a los romanos* (VII, 23). Pero él ha superado este drama, ha superado esta ley de la carne y la ha vencido. No puede decirse exactamente si, como pretendía la ley judía, había contraído matrimonio a los dieciocho años —lo que Clemente de Alejandría asegura— ni si, poco después, quedó viudo; pero salta a la vista a quien lee, por ejemplo, el admirable capítulo VII y la primera epístola a los corintios, que el hombre capaz de alcanzar esa serenidad, esa elevación, es una conciencia que ha escapado de la esclavitud de la carne, de la dolorosa servidumbre humana, y, sin haber olvidado ninguna de las exigencias y debilidades de nuestra naturaleza, ha alcanzado una altura superior de la vida moral.

Tenacidad, disciplina y dominio de sí mismo son las palabras que sin cesar acuden al espíritu cuando uno se imagina al apóstol de las naciones.

Pero amputaríamos en su retrato algunos de sus dones más importantes si descuidáramos otros rasgos infinitamente más sorprendentes. ¡Cuántas veces, este hombre que veremos durante toda su vida metido en berenjenales y aventuras, dará muestras de una sensibilidad exquisita! ¡Cuántas personas lo amaron verdaderamente hasta el punto de asociar sus destinos al suyo, prueba de que sabía merecer ser amado! La potencia del brillo de un San Pablo es una potencia de amor; no es tan sólo a la humanidad entera, considerada en abstracto, a la que ama y desea llevar la salvación, sino a cada hombre, personalmente, porque el amor no conoce más que personas, seres individuales, y cada uno espera ser amado por sí mismo y según él mismo. Por esto dirá San Pablo a los tesalonicenses que, para cada uno de ellos, tiene un corazón de padre (*I Tes.,* II, 11, 12); a los gálatas que al pensar en cada uno de ellos se siente como una madre que llevara a su hijo en el seno (*Gál,* IV, 19).

¡Con qué cuidados sabe rodear a estas comunidades cristianas nacidas de su obra, interesándose en los más humildes pormenores de su existencia! ¿Y qué hace este hombre, a quien tan frecuentemente se ha representado como un hombre violento y terrible, todo de una pieza, fanáticamente devoto de una causa austera, este hombre que, encarcelado en Roma y en peligro de muerte, tendrá sobrados motivos para no pensar más que en sí mismo? Escribe a su antiguo discípulo Filemón, cristiano de Colosas, para pedirle, con una delicadeza exquisita, que perdone a Onésimo, un esclavo fugitivo, y que lo admita como un hermano. No, los célebres pasajes en los que Pablo ha exaltado la omnipotencia del Amor no han sido para él el simple desarrollo de la teología moral; estos preceptos, los de la caridad de Cristo, fueron puestos por él en práctica y los vivió.

No basta aun enumerar las riquezas morales de una naturaleza semejante. En un San Pablo el carácter está íntimamente vinculado a dones intelectuales y espirituales que hacen de él un ser singular. Ateniéndonos tan sólo a la condición humana, el tarsiota es un genio, y quien quiera que lo haya estudiado no habrá podido escapar al influjo de un resplandor, incluso aquéllos que, como Renán, lo han odiado y, en muchos aspectos, desconocido. Genio, en primer lugar, por la inteligencia fulgurante ante los grandes problemas, el don de ir derechamente a lo esencial, de no dejarse detener por las apariencias ni por las contingencias; el andar de los genios imita el vuelo del águila; éstas se desploman, disciernen y, cuando han visto, caen sobre la presa y la agarran de un golpe. Así ocurre con San Pablo, ya se trate de los más importantes problemas del pasado, tal como hemos visto, es decir, de elegir entre la fidelidad a rajatabla y la libertad

según el Espíritu, ya se trate también de la opción sobre el porvenir, tal como se la veremos tomar con respecto a la filosofía griega y al orden romano; un instinto infalible lo guía siempre y siempre decide de la manera que ha de resultar más fructífera para la causa a la que sirve, la más rica en perspectivas para el porvenir.

Pero genial es también la inagotable paciencia, la solidez y el encarnizamiento en el esfuerzo. Porque uno de los peores errores es imaginarse que las grandes obras, tanto las del espíritu como las de la acción, se cumplen por casualidad, por una especie de milagro sin cesar renovado. Una gran obra es siempre, y quizás antes que nada, un esfuerzo cotidiano, una intención lúcida y organizadora a la que un hombre permanece constantemente fiel. Aun sobre este punto hay muchas opiniones que nos dan del gran apóstol una imagen inexacta; vemos en ellas al pionero que, impulsado por el Espíritu Santo, siembra un poco por todas partes la buena semilla y no se preocupa lo más mínimo de la forma en que germina. Nada más falso. Todo indica que San Pablo, cuando se lanzó a sus grandes aventuras, tenía ya un plan bien preparado y definido, teniendo en cuenta las necesidades y exigencias de tiempo y de lugar; y cuando deroga esto (por ejemplo, cuando una crisis de salud lo hace quedarse entre los gálatas más tiempo del que había previsto), anota con cuidado esta excepción; la tiene en cuenta. Y en cuanto a la paciencia y minuciosidad con que prosigue su obra, manteniendo contacto con sus «hijas», las comunidades creadas por él, basta leer cualquiera de sus epístolas para convencerse y admirar estas cualidades.

Conciencia lúcida con respecto a la finalidad que se desea alcanzar y energía paciente en estar pendiente de ella, estas dos cualidades constituyentes del genio se completan junto con aquélla que las suma y orienta: el espíritu de entusiasmo, la fe. No se realiza ninguna gran obra con la ausencia de esta virtud. No hay que decir que, privada de las otras dos, puede caer en los peores errores y en los más tristes abandonos; pero es todavía más cierto que el ser en el que no existe está condenado de antemano a los pequeños trabajos y a las modestas empresas, porque le están prohibidas las grandes audacias creadoras. Se precisa una especie de ignorancia y casi de ingenuidad para atreverse a lanzarse a cierta clase de aventuras, en las que todo, aparentemente, parece predecir el fracaso; quizás es necesario conservar un corazón de niño... Pablo llevaba en sí este don superabundante. Él, que de tal modo sabe ser irónico y burlón, que no ha sido jamás engañado ni por sí mismo ni por nadie, cuando se trata de lo que realmente tiene ante sus ojos más valor que ninguna otra cosa, ¡ con

qué confianza, con qué entusiasmo se lanza a ello, a cuerpo descubierto¡ Todo en él lo lleva hacia adelante y lo impulsa: su impetuosidad natural tanto como su deseo de sacrificio, su orgullo, su naturaleza dominante, su necesidad instintiva de ordenar y arrastrar a las multitudes; lo mismo que su celo y su inagotable caridad. Fue «su impulso vital», como dice Bergson, lo que le llevó a hacer lo que hizo, es decir, cosas sobrehumanas, excepcionales: tal como era no podía proceder de otra manera.

Por esto, es decir poco que se entregó por entero a su obra: vivir, moverse, pensar y escribir eran para él la misma cosa. Lo que se llamará su «doctrina» no es en realidad más que la proyección de su experiencia personal, tal como las circunstancias le hicieron vivirla. No existen una teología de San Pablo, una moral de San Pablo o una metafísica de San Pablo, aisladas de la personalidad del apóstol ni de las condiciones en las cuales él las haya elaborado. No existe un *paulinismo* en el sentido en que existe un *kantismo* o un *bergsonismo.* Existe un hombre, un genio que reacciona ante unos datos precisos que le ofrece el acontecimiento, actuando con todos los dones y todas las potencias de una naturaleza extraordinariamente rica, pero cuyo pensamiento es tan genial, tan maravillosamente coherente, que aquélla se manifiesta según una ordenanza tan clara que podría considerarse teórica y preestablecida.

Y, sin duda, aquí es precisamente donde hay que dar al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios. Si todos los datos constituyentes de este genio se han fundado en un éxito tan excepcional, si todos los rasgos contradictorios de este carácter se han armonizado con objeto de que todo, en este hombre, tendiera hacia un fin único, no vacilemos en pensar que alguien había en él que lo dirigía todo, lo fiscalizaba todo, y de quien procedía toda esa misteriosa síntesis: ése mismo que, un buen día, en el camino de Damasco, había surgido en el éxtasis del mediodía y, de un solo golpe, había tomado en sus manos ese destino. San Pablo es un genio de la inteligencia, un héroe del carácter, pero no es sólo esto; pero no es, ante todo, esto. Lo que cuenta por encima de todo es el impulso espiritual que reside en él; es la acción de Dios constantemente presente y discernible en las etapas de su existencia. Si todo da en él tan viva impresión de unidad y de rectitud, es porque él, una sola vez, de un solo golpe, lo ha puesto todo en manos de Aquél de quien todo procede y sabe el porqué y el cómo de todas las cosas.

En un retrato psicólogo del apóstol de las naciones nada tendría sentido si se olvida que, por encima de todo, fue un místico, un alma

entregada enteramente a Dios y que mantenía con las potencias inefables un perpetuo diálogo en un cara a cara sublime. Diciéndolo de otro modo, si Pablo fue lo que fue, si hizo lo que vamos a ver que hizo, fue porque otro distinto de él, «más íntimo a sí mismo que él mismo», lo guiaba a lo largo del camino. ¿Acaso el pequeño judío de Tarso no ha dado la llave misma de su misterio el día en que escribió, en una confesión insuperable: «No soy yo quien vivo, es Cristo que vive en mí»?

III. – LAS GRANDES AVENTURAS

EL MUNDO EN EL QUE ACTUABA EL APÓSTOL

«He conocido más que nadie las cárceles, los golpes y los peligros mortales. Cinco veces he recibido de los judíos la flagelación reglamentaria; es decir, cuarenta azotes menos uno; tres veces he sido azotado con varas, una vez apedreado; tres veces he padecido naufragio, una noche y un día he estado en el abismo; he viajado incesantemente; peligros al atravesar los ríos, peligros de ladrones, peligros de los de mi nación, peligros de los gentiles, peligros en la ciudad, peligros en los desiertos, peligros en la mar, peligros entre falsos hermanos. ¡He conocido todo esto! Trabajo y fatiga, muchas vigilias, hambre y sed, muchos ayunos, frío y desnudez; sin hablar, además, de mis inquietudes cotidianas por todos, por las comunidades que he creado. ¡Tal ha sido mi destino de ministro de Cristo!» (*2 Cor.,* XI, 23 a 28).

Por esto, en un célebre pasaje de la segunda epístola a los corintios, tan bello y patético que el gran humanista Erasmo lo creyó digno de Demóstenes, San Pablo nos habla de su vida durante el tiempo de sus misiones, es decir, durante veintidós años. Sí, durante veintidós años, en el transcurso de los cuales el doliente misionero anduvo constantemente de ciudad en ciudad, de barrio judío en barrio judío, por rutas poco seguras y mares peligrosos, mal alimentado y mal vestido, trabajando para ganar su pan. Algunas veces tropezará con las desconfianzas y hurañías de los sanedritas locales fieles a la Torah y que lo considerarán hereje, y frecuentemente también con los paganos, que se irritarán contra él y lo denunciarán a las autoridades. Será detenido muchas veces, expulsado y golpeado, carne de presidio y caza de policías, bueno para todos los golpes, pero nada de todo esto le impedirá seguir adelante.

No se sabe que haya existido jamás en la historia un hombre que, mientras tanto, se entregara de tal modo a una causa y se diera de tal manera al servicio de una idea. Para él su vida y su doctrina se confundían, se cumplían las dos en una expresión única; cuanto más sufría, mejor soportaba las calamidades y más también se acercaba al Unico Modelo. Soldado de Cristo, militante de la Revolución de la Cruz, el triunfo de su causa fue concretamente su propósito, pero este mismo triunfo, ¿podría alcanzarse definitivamente de otra manera distinta de como el Maestro había logrado la victoria; es decir, por el dolor y la muerte? Precisamente a propósito de estos sufrimientos soportados durante sus misiones San Pablo escribió esta frase conmovedora: «Cumplo en mi carne lo que falta de la Pasión de Cristo» (*Col.,* I, 24). Y lo dijo todo por eso...

Así se explica la alegría perpetua, el entusiasmo que sin cesar testimoniará el apóstol hasta en el seno de sus peores tribulaciones. Cuando un creyente ha comprendido bien esta especie de juego al ganapierde que es el destino del cristiano, que sabe y experimenta hasta el fondo de su alma que toda prueba es una suerte según Cristo y toda pérdida en materia terrestre una victoria en otro plano, ¿cómo podrá sentirse triste y desanimado? Cuando, cautivo en Roma y en peligro de muerte, escriba a los filipenses, los más queridos quizá de sus discípulos, una última epístola, ¿qué les dirá en ella? «Regocijaos en el Señor; una vez más os digo que os regocijéis en el Señor; no me canso de repetirlo, sí, regocijaos en el Señor» (*Fil.,* III, 1; IV, 4). Preciso es tener presente en el espíritu todo este fervor y entusiasmo, lo mismo que esa firmeza intrépida, cuando se sigue a San Pablo en sus grandes aventuras; ese revolucionario tiene la frente nimbada de luz; ese terrible alborotador vive la alegría en el corazón.

Concretamente, ¿cómo le acontecieron las cosas al portador de la palabra de Cristo? Intentemos representamos el escenario de uno de sus altos en el camino, de una de sus misiones: salvo algunos pormenores, se repetirá en casi todas partes. ¿Dónde iba cuando llegaba por primera vez a una ciudad? Sin duda alguna a uno u otro de los barrios en que vivían sus hermanos de raza. En todas las provincias del Imperio había colonias de judíos, tanto en Asia Menor como en Egipto, en Macedonia como en Grecia, y lo mismo en Roma. ¿Acaso Séneca, que ninguna estimación les tenía, no había escrito hacía poco: «los usos y costumbres de esta raza de facinerosos se han impuesto por todo el país»? Esta diseminación de Israel, esta Diáspora, debía tener una importancia capital en la siembra del Evangelio: éste es uno de los puntos en los que, como dice muy bien

Péguy, la historia parece haber trabajado providencialmente por Cristo desde hacía mucho tiempo.

El misionero se presentaba, por lo tanto, a los miembros de la comunidad judía. Llevaba consigo una especie de pasaporte que lo acreditaba, junto con unas cartas de recomendación. Inmediatamente era acogido fraternalmente por todos, según la ley de Moisés. ¿No era, como huésped, un enviado de Yavé? Si su estancia había de ser breve, recibiría una hospitalidad generosa; si larga, se le ayudaría a encontrar trabajo. Para San Pablo había que tener siempre en cuenta el segundo caso. Apenas desembarcaba, iba a buscar trabajo a algún taller importante, donde trabajaría según su oficio de tejedor y fabricante de tiendas, que había aprendido de su padre. No quería deber nada a nadie; quería ser libre y también dar el ejemplo, porque suya es la frase célebre — que ha repetido Lenin, sin citar la fuente —: «El que no trabaja no tiene derecho a comer» (2 *Tes.,* III 10). De esta libertad que le aseguraba su trabajo había de sentirse orgulloso: «No hemos comido de balde el pan de nadie y no hemos sido gravosos a ninguno», dirá a los tesalonicenses (2 *Tes.,* III, 8), y a los efesios: «Estas manos me han servido» (*Hechos,* XX, 34).

Sin embargo, este obrero manual, mezclado sin duda con los esclavos, que durante el día hace volar la lanzadera en el telar donde teje las hopalandas de los caravaneros, no tarda en imponerse. Preciso es creer que emana de él una fuerza singular. No solamente ha alcanzado prestigio entre los humildes y los proletarios; importantes personajes le tienen gran consideración: el procónsul de Chipre, los asiarcas de Efeso y los intelectuales de Atenas no se niegan a escucharle. Incluso cuando se detenga en Jerusalén, los magistrados romanos lo tratarán con deferencia; el rey Herodes Agripa y su hermana, la famosa Berenice de Racine, se tomarán una serie de molestias para verle y oírle.

¿Dónde empezó a hablar? En las sinagogas, en esas casas de oración y doctrina que cada comunidad judía, nacida apenas, se apresurará a construir, y donde celebran sus reuniones. Excelente terreno para sembrar en él el primer puñado de buena semilla. En efecto, en las sinagogas se encontraban no solamente todos los fieles de la Antigua Ley, entre quienes había muchas almas sinceras, piadosas y llenas de buena voluntad, sino también numerosos tránsfugas del paganismo, prosélitos que aceptaban la circuncisión, «temerosos de Dios» que vivían según la ley divina, conciencias religiosas a las que el culto oficial, lo mismo que los misterios de Isis o de Mitra, no satisfacían ya y buscaban junto al Pueblo Elegido la revelación monoteísta.

El primer día de sábado que siguió a su llegada, Saulo y sus compañeros asistieron, por lo tanto, a las ceremonias de la sinagoga. Según la costumbre, y por ser extranjeros de paso, se les pidió que hablaran a la comunidad. Era la ocasión. Les hablaron de Cristo Jesús, de su vida y de su testimonio; evocaron su muerte y su resurrección; puede leerse en el libro *Hechos de los apóstoles* el resumen de los discursos que Pablo dirigió a la comunidad de Antioquía de Pisidia (XIII, 16 a 41); es muy sencillo y conmovedor. Al principio los misioneros de Cristo fueron escuchados con una simpática atención; pero muy pronto los jefes sanedritas se dieron cuenta de que la doctrina enseñada por los recién llegados estaba en pugna con sus tradiciones; quizá también se hicieron informar por otras comunidades. Estalló la hostilidad cuando se produjeron las primeras conversiones al cristianismo; entonces se expulsó de la sinagoga a los misioneros del Crucificado.

Pablo no se dio por vencido. Llegó, entre tanto, a conocer la ciudad en la que se encontraba y se elaboró un plan. Hablaría ahora a los paganos. ¿Dónde y cómo? Esto dependería de las circunstancias y de las costumbres locales; en una casa particular o en una plaza pública, no importaba dónde. Lo ayudaron los primeros convertidos procedentes del judaismo. ¿Qué decir a los paganos? Nada de lo que decía a los judíos. Dos de sus discursos están resumidos en los *Hechos,* el de los listros (XIV, 15 a 17) y el de Atenas (XVII, 22 a 31). Ambos demuestran claramente que Pablo trataba de adaptarse a su auditorio, a sus preocupaciones y a su vocabulario. De este modo el primer núcleo cristiano salido de la sinagoga aumentó con otro reclutamiento operado entre los paganos; todos se unían fraternalmente en una misma comunidad. Nació así una iglesia en Antioquía de Pisidia, en Iconio, Listra, Tesalónica y Corinto. En cuanto a las autoridades locales, prevenidas por los jefes judíos o los sacerdotes paganos, se decidieron a proceder con rigor contra el grupo de los no conformistas, con lo cual el trabajo quedó hecho. El grano estaba sembrado en buena tierra y tenía que germinar.

Y ahora se plantea una cuestión: ¿cómo fueron elegidas estas paradas de los misioneros y las ciudades donde habían de lanzar la semilla de la verdad? Por poco que se conozca a San Pablo y su genio creador, parece admisible que esto se debiera a la casualidad. Si, como es más que probable — ya lo hemos visto — llevaba consigo un plan general de evangelización, debió de distinguir de antemano un cierto número de posiciones cerradas en las que establecería sólidamente el Cristianismo, para hacer de ellas puntos de partida para las nuevas conquistas. Sin duda, en el

curso de sus misiones, se vio obligado a someterse a las circunstancias; por ejemplo, parece que, involuntariamente, porque estaba enfermo, se vio obligado a permanecer mucho tiempo entre los gálatas. En cualquier otra parte, si se quedaba durante varios meses, era porque había medido la importancia de la posición: Antioquía de Pisidia, por ejemplo, esa encrucijada de los caminos de Anatolia, o Atenas, no hay que decirlo, o Corinto, el gran puerto cuya afluencia se extendía sobre los dos mares, o Efeso, gran puerta abierta sobre Asia. Que algunas veces interviniera el Espíritu Santo, para ayudarlo, cuando vacilaba su juicio personal, por ejemplo en una visión sobrenatural que lo lanza a la gran aventura de Europa, no hace más que confirmar esta certidumbre: en lo que Pablo había de realizar nada se dejaba a la improvisación.

Al llegar a este punto debemos recordar las condiciones mismas en las que había nacido el futuro misionero, había crecido y habíase formado. ¿Quién era? Un judío nacido en una ciudad helenística y ciudadano romano. Es decir, participaba de las tres formas de civilización, llegadas hasta él por tres corrientes diferentes. Ya conocemos lo que debía a su fidelidad judía, y que en ella se fundamentaban las bases mismas sobre las cuales se establecía su tan poderosa personalidad. Pero por haber nacido en Tarso y ser ciudadano romano pudo escapar de las directrices de la estricta observancia judaica; sus ojos se abrieron sobre horizontes más amplios. Sabía lo que representaba el Imperio, el orden, la disciplina y el universalismo pragmático que presidía sus designios. Conocía también ese mundo de extrema civilización (con todo lo que este término supone de excelente y peor) que era el del Mediterráneo oriental desde esos días gloriosos en los que Alejandro soñó con reunir el universo bajo un solo dominio. Conocía el mecanismo y las sólidas realidades de esa sociedad grecorromana en la que se movía, pero también sus fallas y sus problemas. Y esto había de ser para él de un gran valor.

El cuadro de su acción fue el Imperio, el *Imperium romanum,* entonces en todo su esplendor. Con el reinado de Augusto, muerto en el año 14, se inauguró la edad de oro del mundo antiguo. El universo que dominaba el hijo de la Loba se extendía desde el Atlántico al Cáucaso y desde el Rin hasta el Alto Nilo, sobre más de tres millones de kilómetros cuadrados, poblado por casi sesenta millones de habitantes. Después de los disturbios y conmociones de los últimos siglos de la República el orden había sido establecido tan firmemente que Plinio pudo cantar con razón la «paz romana». Se habían acabado ya las guerras chiles; las guerras contra otras naciones, limitadas a las fronteras a las que no eran enviados más que

contingentes de soldados de profesión, no preocupaban lo más mínimo a la masa de las distintas poblaciones. Las inquietudes políticas, cuando se producían, no interesaban más que a un pequeño núcleo muy restringido, el de la corte, del Senado o de las oficinas públicas; que Tiberio, maníaco de la desconfianza, enriase a un patricio cualquiera una orden de muerte, o que un motín acabara, en el año 41, con los insensatos días de Calígula, ¿qué podía importarle al ciudadano de Milán, de Burdeos o de Atenas? Lo que importaba era que la tranquilidad estuviera asegurada, que pudiera circularse libremente por los excelentes caminos de entonces sin temor a los bandidos y que incluso los piratas, perseguidos por Pompeyo y sus sucesores, no dieran señales de vida. Este Imperio, por el que se podía viajar cómodamente sin pasaporte, sin tener que andar con cambios de moneda y en el que se hablaba un solo idioma, era un marco excelente para quien quisiera extender en él una doctrina; el hecho había de admirar ya a los primeros cristianos: *la Pax Romana,* sin quererlo, había trabajado para el Evangelio.

Pero, sin duda, no es preciso exagerar estas facilidades; por reales y apreciables que fueran, no por ello impedían que algunas fatigas y algunos azares se produjeran también. Puesto que el destino de Pablo iba a ser viajar constantemente, ¿cómo podemos imaginamos las condiciones de los viajes en esos tiempos? Por mar resultaban más cómodos. Protegida por la marina de guerra imperial, una enorme flota mercante gozaba, en el Mediterráneo, de verdaderas líneas regulares. Los barcos de entonces equivalían a nuestros mercantes mixtos, que transportaban a un mismo tiempo mercancías y pasajeros. Estos últimos serían muy numerosos, puesto que el historiador judío Flavio Josefo cuenta haberse embarcado en un navio que llevaba seiscientos pasajeros. Las comodidades de estos buques del pasado no se parecían en nada a las que pueden ofrecemos nuestros barcos de hoy: casi todos los viajeros se hacinaban sobre el puente y se alimentaban como podían. Además, la duración de las travesías era muy variable, según los vientos, el estado del mar y las condiciones de visibilidad. La mayor parte del tiempo los capitanes preferían navegar a la vista de la costa antes que arriesgarse a seguir en alta mar el camino más corto, aun cuando esto alargara mucho la travesía. Asimismo, no se navegaba ni por la noche ni durante los meses de invierno. Todo esto, como se ve, era motivo de muchas irregularidades.

Por tierra los viajes eran más regulares, pero todavía más lentos. Bien es verdad que existía una admirable red de caminos romanos. En Asia Menor, sobre la importante ruta de Troas a Pérgamo, Sardes y Filadelfia,

se articulaban en Laodicea el camino de Éfeso y luego, más lejos, el de Atalía en Panfilia y el de Antioquía de Pisidia, hacia las Puertas Cilicias y Tarso. En Macedonia, el célebre camino Egnatiano recorría todo el país de Dirraquio a Neópolis, del Adriático al Egeo, por Pella, Tesalónica y Anfípolis, unido, por una parte, a Bizancio y, por otra, a los admirables y numerosos caminos griegos. Todos estos caminos eran anchos, y estaban pavimentados y bien abastecidos; se encontraba en ellos no solamente puestos de guardia, sino una especie de hoteles, caravaneras y también postas donde recibían alojamientos los caballos. Pero esto suponía mucho dinero, y cuando se es casi indigente, como lo eran Pablo y sus compañeros, no había otro remedio que seguir a pie esos interminables caminos trazados rectamente a través de los campos, que trepaban por las colinas y se precipitaban por ellas, y las etapas no podían apenas superar las siete u ocho leguas, unos treinta kilómetros diarios.

Por esto se impone una conclusión: el Imperio romano había cierta — e involuntariamente — favorecido el trabajo misionero de San Pablo, al asegurarle el orden, la protección de su policía, el buen estado de los caminos y la frecuencia de sus barcos; pero veintidós años de viaje en tales condiciones fueron todo lo contrario de un viaje de placer; un esfuerzo cotidiano asumido por la energía y el fervor.

El mundo romano no era el único marco material en el que el apóstol de las naciones iba a vivir sus grandes aventuras: era también el medio moral y espiritual en el que había de ejercer su acción. ¿Cómo se presentó en este medio del siglo 1 en el que San Pablo había de ahondar en sus tierras la reja tajante del arado de *Cristo?* Cuando se trata de una entidad humana tan vasta hay que evitar sin duda generalizaciones simplificadoras. Los lugares, las agrupaciones sociales en las que trabajó el misionero fueron tan numerosas que sería vano pretender encontrar homogeneidad en ellas: evidentemente una aldea salvaje de Licaonia no se parecía en nada a los medios intelectuales de Atenas, no más que a la especialísima fauna del bajo puerto de Corinto. Había aún muy profundas diferencias entre Roma e Italia, donde había de cumplirse la última parte de su obra y de su vida, regiones que comenzaron tan sólo a ser alcanzadas por el progreso que, en el curso de los siglos que siguieron, había de llevar el Imperio a la muerte, y las partes orientales, en las que habían de desarrollarse los tres cuartos de su carrera, ese mundo helenístico en el que, desde hacía más de tres siglos, elementos heterogéneos procedentes de Nínive, Babilonia, Persia y Egipto se habían mezclado en el crisol griego, entre las crisis sociales, las oleadas

de inmoralidad y la inquietud religiosa, terreno en descomposición del que brotaban flores unas veces puras y otras venenosas, Cleopatra o la Venus de Milo. Sin embargo, a pesar de las diferencias, ese mundo antiguo presenta un carácter de conjunto que se ha señalado con frecuencia y sobre el que no parece útil insistir desde aquí: el de ser una sociedad bajo la cual estaba minado el suelo, secretamente amenazada bajo su apariencia de equilibrio, una civilización socialmente injusta y moralmente en vías de disgregación, cortada en sus raíces espirituales; es decir, un mundo cuyas bases estaban a punto de cambiar.

Este drama del mundo antiguo fue comprendido profundamente por San Pablo. Todo lo que ha podido y podría escribirse sobre la crisis de las costumbres queda tamañito ante las fulgurantes páginas de la epístola a los romanos, en la que muestra de qué modo la traición espiritual de los paganos y su voluntaria ceguera concurrieron en su disgregación moral: «Se vanagloriaban de ser sabios y se han vuelto insensatos. Y trocaron la gloria del Dios incorruptible en imágenes representando al hombre corruptible... Por esto Dios los ha entregado a la inmundicia, según las concupiscencias de sus corazones, de modo que sus cuerpos han sido contaminados: han abandonado al verdadero Dios por otros dioses engañosos y han adorado a la criatura en lugar del Creador... Por esto se han depravado sus sentidos; se han llenado de toda especie de iniquidad, perversidad, concupiscencia y maldad; son murmuradores, insolentes, orgullosos, altivos, aborrecedores de Dios y desobedientes a sus padres... Carecen de amor y de misericordia» (*Rom.,* I, 31, *passim*). Terrible requisitoria, cuyo fundamento había de manifestar la historia, al mostrar públicamente, en la decadencia romana, todos los vicios denunciados por San Pablo.

En cuanto al aspecto espiritual de este drama, también fue descubierto y sacado a luz por el genio del tarsiota. Conocía la vanidad y el vacío de la religión oficial; se burló de ella, por ejemplo, en este pasaje de la primera epístola a los corintios, en el que ironiza con respecto a las innumerables divinidades del Olimpo y los nuevos Señores que la devoción en Roma y Augusto acababan de proponer a las multitudes (*1 Cor.,* VIII, 4, 6). Pero a él no le engañaron las formas nuevas de religión, en las que se mezclaban almas inquietas y sensibilidades destrozadas que buscaban su camino. Sin ambages hablará de tales misterios paganos: «Porque torpe cosa es hablar todavía de lo que ellos hacen en escondido (*Ef.*, V, 12). Observará justamente que los fanáticos de la astrología «se hacen esclavos de los elementos del mundo» (*Col.,* II, 8). Incluso del

ascetismo que preconizaban ciertas subsistencias del mitracismo o del culto isíaco, observará lúcidamente — fenómenos de ambivalencia que conocen muy bien los psiquiatras modernos — que se ocultaban muchos elementos equívocos y que a menudo no es un medio de dominar, sino de halagar los instintos. Pablo declarará que esta sociedad, que no puede negarse que llevaba en sí una angustia religiosa, sufría una gran ausencia, una ausencia que un solo ser, una sola verdad y una sola presencia podían colmar completamente.

Habló de este ser, fue ésta la verdad que proclamó y ésta la presencia que había de evocar, con una elocuencia, una oportunidad y una energía igualmente sublimes. Para renovar las bases de la moral, para rehacer una sociedad, como para aportar la paz a las almas, no había más que un medio; este medio no consistía en obedecer a los preceptos legales ni en doblegarse a los ritos, sino en darse enteramente a Aquél que es a la vez la respuesta última a todas las preguntas y el Unico Modelo a seguir en la conducta de la vida: Cristo Jesús, el Dios hecho hombre y crucificado. San Pablo no habló de otro distinto de El.

LAS PUERTAS DE LA FE SE ABREN PARA LOS PAGANOS

Sobre el muelle de Seleucia del Oronto, en el otoño del año 46, los viajeros que embarcaban en el correo de Chipre contemplaban con cierto asombro a un grupo de hombres vestidos a usanza judía que, en la incomprensible lengua de Israel, con muchos ademanes y bendiciones, deseaban un buen viaje a tres viajeros tan modestamente vestidos como ellos. Uno de los tres era un hombre enfermizo y pernicorto, pero su cara trascendía ardor e inteligencia; el segundo, alto y apuesto, parecía más reservado, y el tercero, muy joven aún, estaba visiblemente a las órdenes de los otros dos. Todos aquellos comerciantes de Antioquía que iban a Chipre a vender sus maderas o sus pieles o a comprar cobre y perfumes, ¿podían suponer que aquellos tres modestos judíos partían a la conquista del mundo y que un gran capítulo de la historia comenzaba en aquel instante?

¿Por qué Saulo, Bernabé y Juan, llamado todavía Marcos, habían elegido la isla de Afrodita como primera tierra donde trabajar? Porque Bernabé era oriundo de ella; allí había sido educado en el seno de una familia austera, futuro levita prometido al Templo de Yavé; sin duda había considerado necesario ir a dar a los suyos, antes que a nadie, el testimonio de su fe en Cristo Jesús. Al cabo de dos días y dos noches de navegación,

los viajeros del puente, envueltos en sus hopalandas de «cilicio», vieron aparecer lentamente sobre el horizonte los tonos rosa indecisos de la isla; el alba de los ojos grises dio paso, de pronto, a una explosión de luz dorada, y ante ellos, verde y moaré, entre los brazos de sus pardas colinas, apareció la tranquila bahía de Salamina.

Chipre es todavía hoy una isla muy bella, la mayor del Mediterráneo oriental, pero, con sus nueve mil kilómetros cuadrados, lo bastante grande para que uno no se sienta allí estrechamente, y lo suficientemente pequeña para que uno advierta por todas partes la proximidad del mar. Se la ha comparado con la piel extendida de una cierva, en la que el cabo Andreas haría las veces de cola. En la antigüedad fue mucho más rica que en nuestros días; las cabras no habían devorado aun sus bosques, la dominación turca no había dejado aun muchos campos en barbecho y se explotaban sus minas, esas famosas minas en las que el metal amarillo de Chipre debe su nombre, *Cyprium,* de *Cuprum,* cobre, que todavía hoy le damos. Salamina era su puerto principal, que traficaba con toda la costa fenicia; en el interior, Pafos, hoy Baffo, reconstruida totalmente por Augusto después de un violento terremoto, era una ciudad lujosa, una pequeña capital en la que residía el gobernador.

La isla entera había sido consagrada a Afrodita, la diosa salida de las aguas, la Anadiomena. Contaban los poetas como Gaia, la tierra, había sido desposada por Uranos, el cielo, y, habiéndole dado muchos hijos durante la primavera, se indignaba porque, en el invierno, los devoraba todos; ella había pedido entonces a su hijo Cronos, el Tiempo, que pusiera fin a las horribles costumbres de su padre, y aquél, de un guadañazo, cortó el sexo del creador de los dioses; el sexo celeste, al caer en el mar, había formado, en la cesta de las olas, una forma viva y adorable, la suprema hija del cielo, una mujer encantadora, una diosa. Afrodita... Parece que, todavía hoy, durante ciertas grandes mareas, enormes masas de espuma se lanzan sobre las costas chipriotas, semejantes a misteriosas formas humanas. Desde hacía dos mil años la diosa del amor era adorada en toda la isla; se la representaba bajo la forma de un sexo groseramente tallado en una piedra negra; en el día del aniversario de su nacimiento, una inmensa procesión, una paliforia monstruo, se extendía sobre sesenta estadios; por la noche, las jóvenes de Chipre, convertidas en sacerdotisas de la divinidad, habían de entregarse a la prostitución sagrada. Era difícil imaginar, para un primer contacto con el paganismo, un medio más opuesto a la pureza de Cristo, a su moral de respeto hacia la mujer y de castidad.

Los judíos eran muy numerosos en la isla. Muchos de ellos tenían intereses en las minas de cobre que Herodes el Grande había entregado a Augusto. Cuando, más tarde, en tiempos de Trajano, se produzca la revolución israelita en todo el Próximo Oriente, Eusebio asegurará que, solamente en la isla, fueron matados por ellos doscientos cuarenta mil paganos, lo que prueba que éstos fueron muchos más. Bernabé conocía sin duda a varia gente de Chipre, y por esto, apenas desembarcaron, fueron imitados a las sinagogas, donde hablaron a sus compatriotas. Pero una orden superior les hizo cambiar sus planes y trasladarse a Pafos, la capital.

Posesión romana desde el año 5S, antes de nuestra era, convertida en provincia independiente veintidós años más tarde, Chipre había salido de manos del emperador para ser confiada al Senado, que estaba allí representado por un procónsul. Este era entonces un patricio de ilustre familia, Sergio Paulo, un hombre inteligente y cultivado en la buena descendencia de su predecesor en ese puesto, Cicerón, autor de un tratado sobre las costumbres de Chipre, del que Plinio, su contemporáneo, habla con elogio. Era, en verdad, una de esas almas, como tantas había en aquella época, que, insatisfechas con el formalismo de la religión oficial, buscaban en la filosofía o en los cultos extranjeros la respuesta a los grandes problemas. Al saber que habían llegado a su dominio aquellos extraños personajes de quienes se contaba que enseñaban una doctrina nueva Sergio Paulo los convocó.

El encuentro del magistrado romano y del apóstol de las naciones iba a tener una importancia capital en el destino de uno y de otro: se adivina a través del sobrio relato que de ello hace en el capítulo XIII del libro de los *Hechos*. Se señaló por un acontecimiento pintoresco. En el cortejo del magistrado se encontraba uno de esos especialistas en ciencias ocultas, astrólogo y otras cosas más, como aquéllos cuya especie pululaba en el mundo de entonces; semita de origen, se hacía llamar Bar-Jesús, «hijo de Jesús», pero, en griego, hacíase llamar Elimas el sabio. Al ver que aquellos recién llegados ponían en peligro su influencia, intentó contrarrestarla frente al procónsul. «Entonces Saulo, que también es Pablo, lleno del Espíritu Santo fijando en él sus ojos, exclamó:

»—Hombre lleno de todo engaño y toda maldad, hijo del diablo, enemigo de toda justicia, ¿no vas a cesar de trastornar los caminos rectos del Señor? Pues bien, he aquí que ahora la mano del Señor es contra ti, y serás ciego, que no veas el sol en mucho tiempo.

»Y luego cayeron en él oscuridad y tinieblas, y andando alrededor buscaba quien lo condujera de la mano» (*Hechos*, XIII, 9 a 11).

Este milagro había de tener consecuencias. Primero, Sergio Paulo, impresionado, creyó en la verdad de la que Saulo acababa de hacerse testigo. ¿Se hizo totalmente cristiano? ¿Recibió el bautismo? Sin duda se limitó a mostrarse simpatizante de la nueva doctrina, porque su hijo y su nieto, que, a continuación, ocuparon altas magistraturas, no parecen haber pertenecido a la Iglesia. En todo caso, fue en lo sucesivo el amigo y el protector de los misioneros, primera consecuencia feliz; un pagano de ilustre cuna demostraba su consideración a los portadores de la palabra de Cristo: bastaba para prestar ánimos.

Las otras consecuencias concernieron al propio Saulo. Primeramente su autoridad se había manifestado así de una forma esplendorosa, y fue él quien, en lo sucesivo, se convirtió en el jefe del grupo; antes había sido adjunto de Bernabé; a partir de este momento será citado en primer lugar en el libro de los *Hechos,* y la pequeña caravana apostólica será llamada «cortejo de Pablo»: cambio de papeles de una importancia decisiva porque el genio de Tarso pudo tomar la iniciativa que había soñado y lanzarse libremente a las grandes empresas que había concebido. A partir de este instante, para mayor comodidad de su acción sobre los paganos y para señalar su agradecida amistad al primer romano de noble cuna que lo había apoyado, abandonó definitivamente su nombre israelita de Saulo y se hizo llamar siempre por su nombre latino: Saulo, en lo sucesivo, desapareció ante Pablo, y con este nombre le veremos ya siempre en el libro de los *Hechos.* Si pensamos en la importancia que los judíos, como todos los orientales, concedían al nombre, provisto a sus ojos de una especie de valor sobrenatural, hemos de ver en esta elección solamente una táctica muy hábil; la manifestación de una intención espiritual, la aceptación, total acaso, de la misión tan particular que el señor había confiado al tarsiota. Pablo experimentó y comprendió en Chipre que era posible la conversión de los paganos; podía abordar un campo de acción mucho más extenso.

El nuevo terreno para la siembra cristiana fue el Asia Menor, la maciza y abrupta meseta, de mayor extensión que Francia, que dibuja su alargado rectángulo entre el Mediterráneo oriental y los mares Negro y Egeo. Para los portadores del Evangelio no debió este país de ofrecer muchas facilidades. El viajero que, en nuestros días atraviesa esas monótonas estepas en los coches cama del expreso de Anatolia, ¿puede calcular los esfuerzos, males y peligros que representaron las lentas marchas apostólicas? Franquear los dificultosos desfiladeros, los pasos nevados; caminar durante días sobre pistas desérticas; soportar los rigores

de un clima que mil metros de altura y las pesadas influencias continentales hacen terrible; arrostrar el frío intenso y el sol agobiante, la malaria en las zonas muy bajas, la fiebre de Malta y otros contagios por todas partes, no era todo, porque, constantemente, había que desconfiar de los bandidos que reaparecían en cuanto uno estaba un poco lejos de los puestos de guardia romana. Bien es verdad que el Asia Menor de entonces estaba menos desolada que la de nuestros días, en la que siglos de incuria turca han provocado una triste regresión de los cultivos y de las vías de comunicación; cierto es también que no todos los lugares que atravesaron los misioneros fueron tan salvajes, y que existían grandes diferencias entre la ruda Licaonia, por ejemplo, y la Lidia rica o la Creso. En conjunto, sin embargo, lanzarse al asalto de semejante región para dar a conocer allí un mensaje de amor y de esperanza podía parecer simplemente arriesgado.

Todavía hoy, en ese país, puede verse a esos pastores solitarios, envueltos en su *kepenik,* sus amplias capas de pelo de cabra, tan pesadas y rígidas que sus propietarios pueden, cuando salen, dejarlas de pie sobre el suelo, maravillosa protección contra el frío de los altiplanos, pero un muy pesado bagaje durante los grandes calores. Bajo esta vestimenta debemos sin duda representarnos a San Pablo y sus compañeros caminando a lo largo de las rutas anatolias (¿acaso es éste el manto que rogará a Timoteo que le envíe para calentarse en su prisión romana?). Durante días y más días caminan para llegar a la ciudad que se han señalado en su plan. Se acuestan no importa dónde, en un establo, en un *kahn* abandonado y frecuentemente también a la intemperie; casi siempre comen lo que llevan consigo: pan de cebada y pescado seco. Para sostener tal esfuerzo es necesaria una salud de hierro.

En cuanto a los problemas que habían de plantear a los hombres a quienes iban a dirigirse, eran aún más arduos que aquellos que los elementos les obligaban a resolver. Había de todo en aquella vasta península anatolia; antiguas razas procedentes de los carios, hititas y troyanos legendarios, nuevos elementos, semitas de Asiría, griegos llegados después de Alejandro, numerosos romanos e incluso gálatas, parientes cercanos de los galos a quienes el antiguo nomadismo ario llevó allí, al corazón de las altas mesetas. Naturalmente, en todas las ciudades se encontraban florecientes y turbulentas colonias judías, generalmente en buena armonía con las autoridades locales. Un mosaico de pueblos, también un mosaico de cultos y de creencias, en el que el viejo totemismo del animismo campesino se basaba en los misticismos de Cibeles, Dionisos y Mitra, dispuestos siempre a las violencias y los fanatismos.

¡Cuán comprensible es que, ante tan escabrosa empresa, hubiese vacilado y se hubiese mostrado inquieto un temperamento de menos temple que el de Pablo! Por esto, aquellas semanas de viaje en común, ¡de qué modo debieron de mostrarse, a los ojos de Marcos, el joven secretario del terrible apóstol, las cualidades del carácter de su patrón! Marcos era ciertamente un muchacho lleno de fe y de buena voluntad; lo demostrará sobradamente cuando escriba su evangelio, y, además, Pablo no se mostrará nunca riguroso con él; pero ante tales fatigas, ante semejantes peligros, retrocederá y abandonará al pequeño grupo apostólico. ¡Cuántas disculpas humanas pueden encontrarse para esto!

Embarcados en Pafos, los misioneros tocaron tierra en Ataba, pequeño puerto de Panfilia. El pequeño golfo azul, encuadrado por peñascos ocre y rojos, bajo los cuales se alinean en semicírculo pobres casas blancas, se recuesta tan estrechamente sobre las empinadas gradas que uno se pregunta cómo es posible que se pueda ascender por esta escalera de cielo. Tal era, sin embargo, el propósito de Pablo. Dejando Panfilia a otros que sin duda habían va comenzado el trabajo, quería dirigirse hacia Antioquía o Pisidia, donde hallaría la gran vía romana de Troya en los desfiladeros cilicianos: unas diez etapas en perspectiva, entre una población más aún que semibárbara, y por un camino secundario de mezquinos recursos para mantenerse. Por Perge —donde Marcos los abandonó— los conquistadores de Cristo se lanzaron al asalto.

Situada en la encrucijada de la Pisidia, Frigia y Calada del sur, Antioquía era una de las dieciséis ciudades del mismo nombre fundadas por Seleuco Nicator, en recuerdo de su padre Antíoco. Admirablemente situada sobre una colina que dominaba la llanura del Ancio, al pie de las nevadas cumbres que se llaman hoy Sultán Dagh, era ya un gran centro comercial y administrativo cuando, cincuenta años antes de que llegara a ella San Pablo, Augusto había hecho de ella una de las seis colonias militares encargadas de vigilar las altas mesetas. Desde sus jardines, se veían a lo lejos las aguas azules de un lago muy grande, como muchos hay en el campo. La guarnición estaba formada por soldados galos, de la célebre legión de Ja Alondra. El antiguo culto al dios lunar Men sobrevivía allí bajo una forma latina. La colonia latina, muy favorecida por los reyes seleúcidas, era extremadamente poderosa y numerosos paganos «temerosos de Dios» frecuentaban sus sinagogas *(Hch.,* XIII, 16, 44, 50; XIV, 1. 2, 5).

A la casa de oraciones judía fue donde Pablo y Bernabé se dirigieron un día de sábado. Invitado a hacer uso de la palabra, según costumbre, el

tarsiota se dispuso a realizar su propósito. Ai hablar a los judíos, a sus compatriotas, hizo una demostración en tres puntos hábilmente llevada: Israel es el beneficiario y depositario de las promesas de Dios. Pero estas promesas habían recibido cumplimiento visible en Jesús, descendiente de David, del tronco de Jesé; este Jesús a quien las gentes de Jerusalén habían desconocido y hecho morir, era precisamente el Mesías esperado por la raza de Abraham. Y la prueba suprema era que había resucitado (*Hechos,* XII, 14, 41). Preciso es imaginarse lo que era entonces para un creyente la espera del Mesías, qué afán de amor y de esperanza experimentaba en su pecho ante la sola pronunciación de este nombre venerado para comprender la maravilla el estupor de estos hebreos desterrados lejos de su país, al oír tales aseveraciones. Se pidió a los misioneros que volvieran a hablar en la sinagoga; judíos *y* piadosos prosélitos tuvieron con ellos largas conversaciones.

AI sábado siguiente se reunió casi toda la ciudad para oír la palabra de Dios, circunstancia que a los judíos llenó de celos. Los jefes de la comunidad, celosos al ver aquellos recién llegados conseguir más prosélitos que ellos mismos, decidieron contrarrestar su labor. La discusión no tardó en hacerse tempestuosa; Pablo y Bernabé no pudieron exponer su doctrina. Entonces, apostrofando con cólera a los responsables de la maniobra, Pablo exclamó:

«—A vosotros primero era menester que se os hablase la palabra de Dios; mas pues que la desecháis, y os consideráis indignos de la vida eterna, he aquí que nos volvemos a los gentiles, de acuerdo con la orden del Señor» (*Hechos,* XIII, 46).

Si el apóstol necesitaba aún una prueba para que comprendiera que su verdadero destino no era dirigirse a los judíos, sino a los gentiles. Dios acababa de procurársela.

Durante varios meses permaneció, pues, en Antioquía de Pisidia y habló allí con éxito a los paganos. Tanto éxito tuvo que los jefes judíos sintieron crecer su odio. Por medio de algunas mujeres paganas, simpatizantes con la fe de Yavé, hicieron intervenir a las autoridades, sin mezclarse ellos en esto, lo que no dejaba de ser hábil. Pablo y Bernabé fueron molestados y expulsados del territorio. «Se sacudieron el polvo de sus pies», según el Maestro les había aconsejado que hicieran cuando se encontraran en ocasión semejante (*Mat*., X, 14; *Marc.,* VI, 11); *Luc.,* IX, 5, X, 11). Y se pusieron en camino.

Siguiendo la gran vía romana se dirigieron hacia el Este, penetrando más de este modo en la península anatolia. Esta provincia de Galacia, de muy inseguras fronteras con Frigia al oeste, Capadocia al este y Bitinia al norte, era una región de transición entre las altas mesetas y la zona oriental, más baja. No muy rica aun cuando entonces transportaban el agua los bellos acueductos de los que hoy solamente quedan unas ruinas desoladas, era más que nada una zona de cría de ganado, con algunos campos de cereales en las cuencas fluviales. Allí vivían, hombro con hombro, montañeses licaonios, los celtas gálatas invasores y un gran número de griegos; corrientemente, para designar este país, se llamaba «Galogrecia».

Después de cuatro o cinco días de marcha, Pablo y Bernabé llegaron a Iconio, la actual Koniah. Después de las pardas estepas sembradas de placas de sal, constituía para los ojos una verdadera alegría, un auténtico oasis. Sin duda Pablo debió de pensar en Damasco al ver aquellos magníficos vergeles abrevados por innumerables acequias por las que discurría una agua viva. Recientemente erigida por el emperador Claudio en colonia romana. Iconio era un gran centro comercial, una encrucijada de camino hacia todas las direcciones del Asia Menor.

El escenario de la permanencia de los misioneros de Cristo en esta ciudad repitió más o menos lo ocurrido en Antioquía: llegada a la sinagoga, inmediato éxito de sus predicaciones, a la vez entre los israelitas y los paganos, cólera de los sanedritas y maquinación contra los misioneros. Muy pronto la ciudad se dividió en dos bandos, dice el libro de los *Hechos* (XIV, 1, 5), unos al lado de los judíos y otros al de los apóstoles. La sola presencia de los dos portadores del Evangelio bastaba para fijar el «signo de la contradicción» de que Jesús es siempre crucificado a Jos ojos de los hombres.

La oposición de los jefes israelitas, ¿tuvo en Iconio un motivo más preciso, más espectacular? Un apócrifo griego del siglo u, que tuvo una gran acogida en la primitiva Iglesia, los *Hechos de Pablo y Tecla,* ese mismo del que hemos extraído algunos rasgos del retrato físico del apóstol, cuenta a este propósito una encantadora historia. En la casa vecina a aquélla en la que Pablo estaba hospedado, vivía una muchacha de dieciocho años llamada Tecla. Estaba prometida a un joven griego llamado Tamiris. Pero, a través de las ventanas abiertas, oyó al apóstol hablar y hablar y hablar tan bien que se dejó ganar por su doctrina y, muy especialmente, por lo que se refiere a la castidad. Ni de día ni de noche abandonaba la ventana por no dejar de oír la voz cautivadora. Viendo

cambiar de este modo a su prometida, Tamiris se preocupó y la interrogó, y ella le contestó que en modo alguno sería su esposa, pues en lo sucesivo pertenecería a Cristo. Furor del muchacho y denuncia a las autoridades. Y he aquí a Pablo metido en un calabozo. Pero entonces la dulce Tecla se convirtió en una virgen fuerte. Corrió a la cárcel y compró a su guardián entregándole su más bello brazalete; penetró en el calabozo donde se encontraba el apóstol y lo liberó. El relato se acaba con un gran número de prodigios, como el de Tecla, que, condenada a ser quemada viva, fue milagrosamente preservada de las llamas, que se abatieron sobre los asistentes paganos, y muchos más episodios todavía más asombrosos. Esta página encantadora, que conservará la *Leyenda dorada,* la ignora el libro de los *Hechos*: se dice allí únicamente que, advertidos a tiempo por la intriga urdida contra ellos, Pablo y Bernabé se pusieron en fuga. Pero dejaron tras ellos una iglesia ya bien constituida.

Continuando el viaje en dirección al este, se detuvieron a continuación en Listra. Al pie del majestuoso volcán apagado de Kora Dagh —el Monte Negro— había una pequeña aldea montañesa, una «colonia juliana», como dice la inscripción que todavía puede leerse sobre un altar dedicado a Augusto, y que se encuentra allí. La permanencia de los misioneros en aquella aldea de la montaña debió de ser romántica a medida de sus deseos. Esto comenzó bien, muy bien, casi demasiado bien. Primero San Pablo hizo un milagro, uno de esos raros milagros que podían formar parte de su activo. Entre los asistentes a las primeras predicaciones de los apóstoles había un hombre que no podía valerse de los pies porque era cojo de nacimiento, y jamás había andado. Escuchaba sentado la palabra de Pablo. Este, al fijar en él su mirada y reconocer que tenía la suficiente fe para ser curado, dijo con voz potente:

—Levántate derecho sobre tus pies.

Y el hombre dio un salto y anduvo (*Hechos*, XIV, 8, 10).

El rumor de este milagro se extendió rápidamente por la ciudad, provocando un episodio de extraordinario sabor cómico. Aquellos excelentes montañeses se quedaron deslumbrados al ver que en su aldehuela había ocurrido semejante prodigio. ¿Quiénes podían ser aquellos dos desconocidos que poseían un poder semejante?, No cabe duda: uno era alto, apuesto, silencioso, olímpico, tenía que ser Zeus, el padre de los dioses; el otro era delgado, inquieto, de rápidos movimientos, buen orador; tenía que ser Hermes, el mensajero de los inmortales. ¿Acaso Zeus y

Hermes no habían ido ya una vez a aquel país? ¿No se contaba acaso que, en otro tiempo, el rey Licaón los había sentado a su mesa, pero, por haber tenido la desgracia de ultrajarlos, había sido convertido en lobo? Zeus vivo, Hermes vivo, y ambos venidos a la tierra. Y he aquí que las buenas gentes del pueblo echaron a correr hacia el templo llevándose consigo al sacerdote, vestido de blanco, con la cabeza coronada con hojas de roble, y cerca de él el acólito, llevando la sal y la harina de las ofrendas y, detrás, dos magníficos toros blancos que se proponían inmolar inmediatamente ante las dos divinidades. Como toda la escena se desarrolló en dialecto licaoniano, ni Pablo ni Bernabé entendieron una sola palabra. Cuando, por último, comprendieron que se quería colocarlos sobre un altar y ofrecerles un sacrificio, protestaron y se indignaron. Pablo arengó a la multitud para explicarles que ellos eran solamente hombres y hablarles del verdadero Dios, lo que, en definitiva, les decepcionó mucho (*Hechos,* XIV, 11, 18).

La permanencia en Listra, tan bien inaugurada, se desarrolló en calma y con fruto. Nació una comunidad cristiana en la que Pablo encontró al que había de ser «su hijo bienamado», a quien había de confiar su testamento espiritual, Timoteo, hijo de madre judía y padre griego, entonces todavía adolescente, pero lleno ya de entusiasmo y valor. Sin embargo, los enemigos del apóstol continuaban vigilantes. Listra no estaba más que a ciento veinte kilómetros de Iconio, a unos diez días de camino de Antioquía: los vigilantes, judíos no tardaron en saber que el misionero de la herejía continuaba en Licaonia lo que había hecho en otras partes. Sus emisarios llegaron a Listra, agitaron la opinión y desencadenaron un motín anticristiano; amparándose en él, algunos consiguieron sacar a Pablo de la ciudad, lo lapidaron y lo dieron por muerto (*Hechos,* XIV, 19, 20). El anuncio profetice que Cristo había hecho a Ana nías de que Saulo había de saber por sí mismo lo que debía sufrir por Su Nombre halló en ello una confirmación trágica. Golpeado, herido y jadeante, el apóstol, no obstante, se levantó, y fue recogido y trasladado por sus discípulos. ¿Se inscribieron desde entonces en su carne esas inefables llagas de los pies, de las manos y los costados, cuyo símbolo, en el curso de los siglos, había de acompañar su figura, estigmas del crucificado, sello del Maestro, que visibles o invisibles, deja en cualquiera que haya dado su vida por Cristo?

Por lo menos, la advertencia fue muy grave. Teniéndola en cuenta, a partir del día siguiente al drama, los apóstoles se alejaron de aquellos lugares y continuaron su camino hacia el este. La pequeña guarnición de Derbe fue el punto oriental extremo alcanzado por ellos en esta primera misión; la aldea, simple fortaleza situada a mil doscientos metros de

altitud, carecía de comercio; los judíos no se habían instalado en ella y allí los misioneros de Cristo pudieron predicar el Evangelio con toda tranquilidad. Maravillosa excepción en el caso de Pablo: nació allí una iglesia, en ese país perdido en los altiplanos, sin choques ni tumultos, sin motines. Al cabo de unos meses Pablo pudo considerar que su labor en aquellos lugares estaba terminada.

Tres largos años habían transcurrido entonces desde el día en que Jos dos compañeros de aventuras se habían embarcado en Scleucia. Y sintieron la necesidad de volver a establecer contacto con la iglesia de Antioquía y ver de nuevo las orillas de aquel Oronto del que habían partido. El camino más recto desde Derbe hubiera sido seguir aún la gran ruta romana, por las Puertas Cilicias y Tarso, pero Pablo eligió otro camino. En ello vemos una vez más la energía y resolución heroica do aquel hombre de hierro. En Listra, Iconio y Antioquía de Pisidia, había dejado tras de si unas comunidades cristianas, y volvía ahora a visitarlas a pesar del peligro que pudiese correr dejándose ver de nuevo en ellas. «Fortaleció el alma de los neófitos y los exhortó a perseverar en la te». Quizá les precisó su actitud frente a la cuestión de las observancias, esta cuestión que corno hemos visto, había de agitar a las iglesias de Galacia. En cada ciudad se estableció un colegio presbiterial; Pablo, en medio de ayunos y oraciones, investía a los nuevos dignatarios, imponiéndoles las manos. Después, por Perge, donde predicaron en algunas ocasiones, los dos apóstoles volvieron a Atalia, el pueblecito desde donde treinta y tantos meses antes, habían abordado el Asia Menor y embarcaron en algún buque mercante mixto, cargado de púrpura y lanería. Había terminado el primer viaje misionero del apóstol de los gentiles (*Hechos*, XIV, 21, 26).

Cuando, a sus amigos de Antioquía, dio Pablo cuenta de los resultados obtenidos, hubiera podido mostrarse legítimamente orgulloso de ellos si, de una vez para siempre, no hubiera decidido glorificarse más que por Dios y por la cruz de Cristo. Núcleos cristianos sembrados en Salamina, Palos y otros centros de Chipre; cinco iglesias fundadas en Asia Menor, en cinco lugares bien escogidos para que, a su vez, irradiaran por toda la península. Al escuchar tales relatos, los cristianos de las orillas del Oronto se sintieron llenos de admiración y de alegría. Pablo, pionero de Cristo, había realmente «abierto a los paganos las puertas de la fe» (*Hechos*, XIV, 27).

Demos ahora un sallo de dos años. Pablo se encontraba entonces en Troas, Ja pequeña e ilustre provincia de la ciudad homérica, lugar avanzado de Asia frente a Europa, de la que solamente está separada por esa especie de gollete del Helesponto —nuestros Dardanelos—, ese río marino de aguas móviles. Hacía ya meses que había partido a su segunda misión, después de haber hecho, en el Concilio de Jerusalén, en el año 49, aprobar oficialmente sus vastos proyectos y sus métodos. ¿Acaso la Asamblea apostólica no había decidido que a él, Pablo, sería confiada la propaganda entre los gentiles, en tanto Pedro se ocuparía de evangelizar a los circuncisos? Con una nueva seguridad había, por lo tanto, dicho a Bernabé: «Volvamos a visitar a los hermanos en todas las ciudades en las que hemos anunciado la palabra del Señor, para ver en qué estado se encuentran» (*Hechos*, XV, 36).

Sin embargo, los primeros tiempos de esta segunda expedición evangélica parecieron haber sido señalados por no se sabe qué extraño signo, como si Dios hubiese querido hacer comprender a su mensajero que no bastaría en aquel momento perfeccionar la antigua tarea, que su verdadero destino había de ser en todo momento correr los riesgos del principio de esta segunda etapa, y se produjo un incidente muy penoso: habiendo querido Bernabé llevarse consigo a su primo Marcos, Pablo, que no había olvidado la defección del muchacho en la misión precedente, se opuso a ello. Ninguno de los dos apóstoles quiso dar su brazo a torcer y forzoso les fue separarse. Sin duda, como en todos los acontecimientos que ocurrieron en esta época providencial, también éste sirvió para gloria de Cristo, porque Bernabé partió para Chipre a concluir la evangelizaron de sus compatriotas. Hemos de pensar, sin embargo, que esta ruptura con quien había sido su primer apoyo, su maestro y su amigo, debió de ser muy penosa para mi corazón que sabía el precio humano de la amistad.

Indudablemente, para sustituir a Bernabé y a Marcos, fueron propuestos oíros hombres: la personalidad de Pablo era tan extraordinaria y sus designios tan grandiosos que en ningún instante debieron faltarle voluntarios dispuestos a seguirle. Además de Tito, aquel griego fiel que lo había acompañado en Jerusalén y que había de ser, según parece, su compañero de toda la vida, algo así como su sombra, escogió a tres más, hombres cada uno de los cuales dejó su huella en esta historia de la enseñanza cristiana. Uno fue Silas, llamado entonces Silvano, uno de esos encargados de misión —se le llamaba «profeta»— a quienes la Asamblea

apostólica de Jerusalén había enviado a Antioquía para notificar allí sus decretos (*Hechos,* XV, 32). Su título de ciudadano romano había de ser un triunfo para la obra evangélica, del mismo modo que su amistad con Pedro, de quien más tarde había de ser secretario (1 *P., V,* 12), había de asegurar muy preciosas relaciones. El segundo fue un hombre exquisito, de fe muy viva, a quien el apóstol había encontrado en Listra y que había ganado para el Señor: Timoteo, su hijo según el Espíritu; como era de madre judía, aunque su padre era griego, no habiendo sido circuncidado al nacer, Pablo le pidió que se sometiera a esta prescripción legal, con objeto de que para los israelitas quedara bien claro que las decisiones de Jerusalén eran escrupulosamente observadas (*Hechos,* XVI, 1, 3). Y, por último, se reunió poco después con ellos un tercero, a quien debemos el relato de todos estos episodios, Lucas, el amado médico, griego sin duda, tan culto, tan inteligente y, al mismo tiempo, tan delicadamente sensible: a partir de su estancia en Troas, en la narración del libro de los *Hechos* se utiliza la primera persona; este *nosotros* (*Hechos,* XVI, 10) prueba sobradamente que el fiel autor se asoció en lo sucesivo a los acontecimientos.

Así, desde entonces, durante meses y más meses, Pablo reemprendió su camino y volvió a tomar el manto y el bastón de misionero. Visitó las comunidades que habían nacido de su obra y a todas notificó los decretos emanados de la Asamblea apostólica de Jerusalén; por todas partes tuvo la dicha de comprobar que la Iglesia de Cristo se engrandecía y se afirmaba día tras día. Sin embargo, ¿a qué se debió esa especie de angustia que experimentó cuando, desde lo alto de una de esas colinas que se amontonaban en tomo a ese inmenso huerto legendario que es el monte Ida, consideró tan lejana y próxima a la vez la costa de Europa? Por dos veces había advertido claramente que el Espíritu Santo intervenía en la ejecución de sus planes: la primera cuando pensó descender hacia el litoral de la Grecia asiática, hacia Esmirna o hacia Efeso: ¡era aún muy prematuro! Y una segunda vez cuando pensó aventurarse en el interior, en Misia, Bitinia, Prusa, Nicea y Nicomedia: «¡No por ahí!», le había ordenado el Espíritu. ¿De qué modo el Espíritu se había valido para dar a entender a Pablo sus órdenes? ¿No lo había hecho acaso a través del intérprete de la enfermedad? ¿Acaso no se había hecho sentir, con mayor dolor que de costumbre, el aguijón en la carne? ¿Acaso no había prolongado involuntariamente, más de lo que hubiera deseado, su permanencia en el país gálata?

Y he aquí que, por fin, habiendo obedecido, habiendo comprendido, reemprendía su camino hacia Occidente y llegaba a Troas, a la punta

extrema del Continente. La vieja tierra se detenía ahí, la vieja tierra que había sido su campo de labor. En esta ribera en la que murió Aquiles para que venciera Europa, en la que desembarcó Alejandro para que Europa pudiera dejar sus huellas en Asia, a dos pasos de esta ciudad nueva —Alejandría de Troas—, que César pensó hacer capital de sus Estados, a la que los emperadores enriquecieron y llenaron de privilegios para demostrar claramente al mundo la filiación troyana de la *gens Julia,* tan cara a Virgilio, aquí, en esta ribera se detuvo a reflexionar el apóstol de las naciones. El centro del Imperio estaba allí abajo, al otro lado de las aguas. Y sabía perfectamente, se daba cuenta con toda claridad y adivinaba que nada había de cumplirse para el Evangelio mientras Cristo no hubiese penetrado en el Imperio de Roma. Pero, por otra parte, midió también los riesgos de semejante empresa: aquellos hombres del otro lado del mar, que hablaban un griego tan puro, que se vanagloriaban de ser los verdaderos hombres civilizados (¿acaso no llamaban «bárbaros» al resto del mundo?), ¿cómo acogerían a un pequeño judío que hablara sil lengua con una voz áspera y no fuera capaz de citar hábilmente a sus poetas?

Pero, una noche, mientras Pablo meditaba dolorosamente, una visión iluminó sus sueños: se apareció a él un hombre, un griego de Macedonia, vestido con el traje de su país, la clámide, y con el peinado característico. Le tendió los brazos al apóstol y le habló. ¿Qué dijo?

—Ve a Macedonia y acude en nuestra ayuda.

El apóstol se despertó de pronto y se incorporó. Había comprendido. El Occidente, lleno todo de naciones que vivían en las tinieblas, lo había llamado. De una vez para siempre se dio cuenta de que el propio Dios le ordenaba que predicase allí su palabra. Comenzaba un nuevo acto de la gran aventura (*Hechos*, XVI, 9, 10).

Las riberas de Asia desaparecieron entonces. He aquí Samotracia, la isla cantada por Homero, en la que Neptuno asistió al combate de los hijos de Príamo. Un alto por la noche, al pie de los negros peñascos bajo los cuales, según se cuenta, los cabiros, genios del fuego, trabajan sin reposo en los hornos de Hefestos. La mitología pagana, lo mismo que un perfume venenoso, asciende hasta el rostro de los viajeros. ¿Le preocupa? En absoluto, sin duda: tiene prisa por llegar a Macedonia, la tierra que el Señor le ha designado. Áspero y rudo país esta tierra montañosa y complicada de la que los griegos habían hablado durante mucho tiempo como de un país salvaje, hasta el día en que aparecieron, para imponerles por fin una disciplina y ofrecer su gloria al mundo y a los siglos, Filipo y su genial hijo Alejandro. En cuanto los romanos se apoderaron de ella,

trazaron, según sus excelentes métodos, una magnífica ruta, tanto para las necesidades estratégicas como para el comercio, la vía Egnatiana: y por ella se dirigió San Pablo.

Desembarcado en Neápolis, la actual Cavalla, el apóstol no se detuvo; esta encantadora marina, que domina, sobre una colina muy empinada, una réplica del Partenón de Atenas, es todavía hoy muy semejante, con su mezcla de razas, a los puertos de Asia. A tres leguas de ellas se encontraba Filipo, «primera ciudad de esta parte de Macedonia» y colonia romana —*Colonia Augusta Julia Philippensis,* según los textos oficiales— donde empezaba la verdadera Europa. A la europea se dirigió Pablo a los filipenses. Sin duda había oído decir que a los sabios de Grecia les gustaba hablar al aire libre, a orillas de los claros arroyos amados por Platón; por esto, al aire libre, al otro lado de las puertas, a orillas de un río, comenzó a hablar. El auditorio estaba principalmente constituido por mujeres y el éxito entre ellas fue muy rápido. No es cosa nueva hasta qué punto sabe acoger el alma femenina el mensaje de amor de Cristo: el Evangelio lo demuestra de diversas formas. Una comerciante llamada Lidia, una vendedora de púrpura, fue conquistada inmediatamente por la nueva doctrina: se hizo bautizar en el agua del torrente junto con toda su familia y, generosa, ofreció acoger bajo su techo a los misioneros. (*Hechos*, XVI, 13, 15). El apóstol se vio obligado. Se anunciaba bien el primer contacto con Europa.

Pero ¿acaso Cristo no había anunciado que existiría siempre un signo de contradicción? No estaba de acuerdo con el verdadero destino de sus mensajes el hecho de avanzar por un camino de rosas. Un incidente burlesco provocó el primer choque. Un día en que los apóstoles regresaban a orillas del río, encontraron a una joven esclava, dotada de ese espíritu de adivinación que los griegos llamaban «espíritu Pitón», de donde procede la palabra pitonisa; Macedonia estaba llena de ellos. Este espíritu no debía de ser tan malo, porque, en cuanto los apóstoles se cruzaron con la adivinadora, comenzó ésta a clamar:

— ¡Estos hombres son los siervos de Dios! ¡Lo que anuncian es el camino de la salvación!

Y durante varios días, cada vez que se encontraba con ellos, reanudaba sus vaticinios. Evidentemente, no le hizo gracia a Pablo ser patrocinado de esta forma ante los paganos por una pitonisa. Abrumado, se volvió y gritó al espíritu pitón:

—Te ordeno en nombre de Jesucristo que salgas de esa mujer.

Lo que se produjo inmediatamente.

De pronto, los propietarios de la joven esclava, que obtenían mucho dinero explotando sus dotes de profetisa, se enfurecieron. Se lanzaron sobre los misioneros y los condujeron ante los magistrados, acusándolos de perturbar el orden y enseñar doctrinas blasfematorias. (Consuela pensar que, contrariamente a lo que les había ocurrido siempre en las ciudades del Asia Menor, no fueron los judíos los que aquí desencadenaron la oposición, sino los paganos.) La multitud se amotinó, gritó y armó un gran alboroto. Apenas se oyó a los sacerdotes dar la orden de que se azotara a los perturbadores, y, en todo caso, si Pablo y Silas tuvieron tiempo de protestar, de exhibir su título de ciudadano romano que debía, en principio, evitarles este ignominioso suplicio, sus voces se perdieron entre clamores hostiles. Con los vestidos desgarrados y molidos a golpes, los misioneros se encontraron en la cárcel con un cepo en los pies y bajo la custodia de un carcelero a quien se le había dado orden de que los vigilara estrechamente.

Pero, en plena noche, mientras Pablo y Silas rogaban al Señor, se produjo un terremoto tan violento que los barrotes de las puertas del calabozo cayeron al suelo y también los grillos de los dos cautivos. El desdichado carcelero se despertó sobresaltado creyendo que sus presos se habían evadido e hizo ademán de traspasarse con su espada, pero Pablo lo tranquilizó amablemente:

—No te hagas ningún mal, que estamos bien aquí...

El hombre se sintió tan impresionado que inmediatamente se arrepintió, hizo salir a los prisioneros y les pidió ser instruido y bautizado, e inmediatamente organizó una pequeña fiesta familiar para celebrar su entrada en la Iglesia. Así, la permanencia en Filipo, que de tal modo había empeorado, concluyó felizmente. Por último se descubrió que Pablo y Silas eran ciudadanos romanos y, con las excusas de sus magistrados, salieron de su calabozo y abandonaron la ciudad, bajo millares de miradas.

Este episodio de tan vivo colorido, que Lucas relata extensamente (*Hechos*, XVI, 11, 40), sin duda porque él todavía permaneció mucho tiempo en Filipo después de la partida de su jefe, en lugar de acompañarlo durante el resto de su viaje por Grecia (el relato en nosotros cesa en los *Hechos,* XVI, 17), no fue solamente pintoresco. Demostró que en el apostolado de San Pablo podían manifestarse resistencias nuevas, enteramente diferentes de aquéllas que él había encontrado en su camino por el Asia Menor y determinadas por motivos puramente religiosos, pero muy

violentos, y que teman el peligro de que podían sorprenderle inadvertidamente.

En las etapas que siguieron volvió a encontrar las antiguas oposiciones, los viejos odios habituales. Llegados a Tesalónica, capital de Macedonia, rica ciudad dedicada al comercio y en la que la colonia judía era muy numerosa, Pablo y los suyos hablaron primero en la sinagoga; después de sus éxitos parciales, y a causa de éstos, la cólera de los jefes judíos, que habían reunido a los pillos de la hez del pueblo, no tardó en provocar la formación de grupos que extendieron el tumulto por toda la ciudad. Un hombre valeroso, llamado Jasón, que tuvo la generosa imprudencia de hospedar a los misioneros, fue llevado a presencia de los «politarcas» y le costó muchísimo poder salirse de aquel mal paso. Se vieron obligados a huir y refugiarse en Berea, tranquila aldea agrícola situada en la meseta. Allí fueron mejor las cosas; los judíos fueron para con ellos más nobles que los de Tesalónica; recibieron a Pablo con solicitud y estudiaron con él las Escrituras para encontrar en ellas la confirmación de lo que decían. Las conversiones llegaron a hacerse muy numerosas, cuando llegó una delegación de judíos tesalonicenses y fulminaron contra los misioneros. De nuevo hubo que partir apresuradamente, abandonar el lugar que se había hecho peligroso y alcanzar el mar (*Hechos*, XVII, 1,16).

¿Acaso por estas mismas dificultades sentirá Pablo un afecto tan vivo por estas iglesias de Macedonia, tan difícilmente creadas? A ellas, a sus amados filipenses y a los tesalonicenses, escribirá en dos ocasiones sus más bellas páginas. Estas iglesias macedónicas parecen haber tenido ciertos aspectos un poco deficientes. ¿Debían acaso a sus bárbaros ascendientes esa inclinación a la impureza y a la violencia que su padre espiritual habrá de reprocharles firmemente (1 *Tes.,* IV, 1, 12), y a sus elementos griegos un cierto escepticismo que habrán de manifestar ante el gran misterio de la Resurrección (1 *Tes.,* IV, 13, 18)? Ardientes y fieles, agitadas y dóciles, son las primeras iglesias de Europa, características de esos primitivos núcleos de cristianos amasado aún con tierra pagana, pero tan llenos de amor y de entusiasmo, verdaderas iglesias según el corazón de San Pablo.

De nuevo el mar ahora. El buque ha costeado la triple punta de la Calcídica, bordeando la costa tesaliense, en la que se siluetaban en las lejanas flores de otoño los bloques fabulosos del Pelión y de la Osa; metido en *el complicado estrecho* que separa a la Eubea de tierra, se ha visto obligado a pasar el rápido de Europa, aprovechando la marea alta. De

pie sobre el puente, el Apóstol ha visto desfilar ante sí esos nombres ilustres para cualquier que haya sido educado en el clima griego; Aulis, donde Agamenón reunió los mil buques de la armada contra Troya; Maratón, donde la heroica Europa detuvo a Asia puesta en camino, y los montes legendarios, el Parnaso, el Citerón y el Pentélico nimbados por los dioses. En la punta del cabo Sunión, el templo de Poseidón, por encima del mar de jacinto, ha desafiado al navegante de Cristo. Y, por fin, desembarcado en el Pireo, ha podido, al seguir la ruta directa de Atenas, admirar largamente la maravilla de las maravillas, esa pequeña jaula de mármol y oro en la que los griegos pretenden haber resguardado la Sabiduría: el Partenón.

Atenas, en la mitad del siglo i, no era la noble capital de Pericles y Fidias. Era una ciudad en decadencia, todavía hermosa, pero de esta belleza que se ve en los parajes turísticos y en los museos. Brillantes y arrogantes ociosos la llenaban, constantemente a la caza de las últimas noticias, únicamente preocupados por continuar a la moda y estar al corriente de todo. Convertida en centro intelectual, contaba con gran número de sabios maestros y de millares de adolescentes de noble cuna que mezclaban agradablemente su inquietud por saber con la satisfacción de sus placeres, esos mismos que Filostrato, en su vida de Apolonio de Tiana, nos muestra tomando un baño de sol en la dulzura del otoño, sobre las playas de Falero, mientras leen o hacen uso de la palabra o discursean interminablemente. Las más locas ideas, las teorías más extrañas, encontraban siempre jóvenes cerebros que las adoptaran y las defendieran. Oxford y Cambridge, o ciertos medios intelectuales «avanzados» de París, pueden dar idea de un clima semejante.

¿Cómo procedió el apóstol de Cristo, el pequeño judío tarsiota, en un medio tan difícil? Lo que le sorprendió, lo que «le lanzó en una viva indignación» (*Hechos,* XVII, 16), fue la cantidad de ídolos que encontró en Atenas. Hay que confesar que había muchos. Estaba llena de ellos la Acrópolis, llena hasta tal punto que no había libre un solo metro de templo. Los había a lo largo del camino cubierto de pórticos que iba desde el Agora al Dipilón. Los había en las esquinas de las calles, en el campo y en las casas. ¿Dónde no los había? Se divinizaba abundantemente; no sólo, no hay que decirlo, Roma y Augusto tenían su templo, porque los atenienses eran gente muy hábil, sino que incluso a los vivos les erigían estatuas y los rodeaban de una especie de culto, como ocurrió con la bella Berenice, cuya vida mortal no tuvo, sin embargo, nada de ejemplar. Ante todo esto, el piadoso judío que era Saulo, para quien toda figura divina era

abominación, se indignó con toda su alma. Ni siquiera los paganos se tomaban demasiado en serio ese hormiguero de inmortales: «Nuestro país está lleno de divinidades —escribía burlonamente Petronio—, y en él es más fácil encontrar a un dios que a un hombre». Pero sobre un tema semejante Pablo no tenía ningunas ganas de bromear.

Y sobre este punto dirigió el ataque. No se le durmieron las pajas entre sus compatriotas; aquí había mucho más trabajo que hablar en la sinagoga. Se dirigió al agora a hablar a los primeros que habían llegado. Encontró allí a algunos filósofos —abundaba la especie—, epicúreos y estoicos. Se produjo un pequeño movimiento de curiosidad. Nadie había oído hablar de las nuevas divinidades que anunciaba este pequeño judío, un tal Jesús y una tal «Resurrección» (Anastasia). La gente de letras y los profesores sonrieron. «¿Qué era lo que pretendía decir aquel fantoche?» (Empleaban, además, una palabra popular todavía más cruda: «espermólogo», que indica claramente lo que quiere decir.) Y un poco por curiosidad y otro por ironía invitaron a los misioneros a explicar públicamente sobre los escalones tallados en la roca del Areópago.

Pablo cometió entonces una falta, la mayor falta de su carrera. Quiso hablar a aquellos intelectuales de Atenas con el mismo lenguaje que ellos estaban acostumbrados a oír. Creyó que sería hábil comenzar con una alusión aduladora para su espíritu tan evidentemente religioso, atestado con aquella floración de ídolos, y continuar pretendiendo astutamente que el «Dios desconocido» a quien —para estar más seguro de no olvidar a ningún inmortal— se había erigido un altar era Jesucristo. Condujo inmediatamente su demostración a la idea de un dios único, creador de todo y ordenador del mundo, lo que no debió de disgustar a los lectores de Platón y Aristóteles. En fin, fue un discurso muy bello que, leído bajo la perspectiva cristiana, hemos de considerar admirable, pero que, si no despertó en el alma las resonancias de la fe, quedó sobre el plano de la demostración. Un pequeño judío de Tarso no tenía en este juego ninguna probabilidad de vencer a los sutiles espadachines de Atenas. Cuando afirmó que Dios, para acreditar a Jesús, lo había resucitado de entre los muertos, se rieron todos a mandíbula batiente. Sobre este particular, todos atenientes, fuesen estoicos o epicúreos, pensaban como el viejo Esquilo: «Cuando el polvo se ha bebido la sangre del hombre no existe para él la resurrección». Y gritaron:

—Acerca de esto te oiremos en otra ocasión (*Hechos,* XVII, 17, 32).

El fracaso fue, por lo tanto, flagrante. Se llevaron a cabo muy raras conversiones, entre ellas la de ese Dionisio el Areopagita, al que más tarde

habrán de atribuirse tantos escritos místicos. Error, pues, desde el punto de vista del resultado inmediato, pero ante el que sentimos deseos de decir, usando de unas palabras del propio San Pablo: «¡Dichoso error!» Los hombres geniales saben extraer de un fracaso la lección decisiva e incluso los medios para repararlo. En Atenas, ciudad de la inteligencia, a la que Pablo acababa de descubrir, el Cristianismo no era una filosofía que se fundara sobre una simple demostración. Y esta severa lección no había de olvidarla jamás.

Y he aquí que la etapa siguiente acabó por hacérsela formular y comprender. La etapa siguiente fue Corinto, ese gran centro comercial situado a la entrada del Peloponeso, la ciudad de «los dos mares», cantada por Horacio, y de la que Píndaro había dicho: «feliz Corinto, vestíbulo del Señor del Mar, alegría de los jóvenes». La ciudad griega, arrasada por el procónsul romano Memmio en el año 146, no existía en los tiempos de San Pablo; subsistían tan sólo raros vestigios, la fuente de Pireto, el bello templo de Apolo, cuyas seis columnas dóricas están en pie todavía, intactas, en la llanura muerta y los campos cubiertos de excavaciones, la tumba de la célebre prostituta Lais y la de Diógenes, el filósofo «cínico». Pero semejante lugar, tan propicio para los negocios, no había podido continuar deshabitado. De un lado a otro del istmo, si bien no existía entonces el canal tan cómodo que existe en nuestros días, los comerciantes disponían de una especie de pista de rodillos por la que se deslizaban los barcos de pequeño tonelaje. Los mayores cargamentos eran desembarcados en una costa y vueltos a cargar en la otra. Los romanos habían, pues, reconstruido una ciudad, una colonia romana, a la que César, en el año 44, había enviado, para poblarla, a «un montón de esclavos mal vendidos», según la frase de un contemporáneo. Salida de todo cuanto el Mediterráneo poseía en razas y pueblos de todo pelaje, la población de Corinto era uno de esos amasijos pintorescos pero poco tranquilizadores que se ven en los barrios bajos de Marsella o de Alejandría. Desde un cierto punto de vista, la ciudad poseía una muy concreta reputación. El templo de Afrodita Pandemos, que ha sido hallado bajo el Acrocorinto, era servido por mil sacerdotisas prostituidas, y los otros barrios hubieran podido enviarle refuerzos porque estaban llenos de esa clase de mujeres alegres a las que se referirá San Pablo sin equívoco. Cuando, desde los tiempos de Aristófanes, se decía que una muchacha se «corintiaba», todos comprendían lo que esto quería decir, y en el espíritu de los tiempos un «corintiasta» era lo que en buen castellano se llama rufián.

Tal era, pues, el nuevo ambiente en el que San Pablo se proponía enseñar el mensaje de Aquél que ha dicho: «Sed puros como yo lo soy». Pero, ¿acaso no había enseñado también que hay que pensar primero en «quien está perdido»? Cierto es que al llegar a este torbellino del paganismo y del amor fácil, como del dinero rápidamente ganado, el apóstol no dejó de manifestar cierta reserva y no lo ocultará en la primera epístola que habrá de dirigir más tarde a los corintios (T *Cor.,* II, 1, 5). La reciente experiencia de Atenas le hizo sin duda mostrarse circunspecto. La primera acogida que le dispensó la ciudad no fue, sin embargo, mala. Una pareja de honrados judíos, que ejercían casualmente la misma profesión que él, Aquilas y su esposa Priscila, que acababan de ser expulsados de Roma a consecuencia de las medidas antisemíticas tomadas por el emperador Claudio, lo recibió, le dio cobijo y lo tomó como socio. Sus dos amigos, Silas y Timoteo, se reunieron a él y lo ayudaron en el desarrollo de sus predicaciones.

Un poco desconfiado quizá con respecto a los paganos, Pablo volvió a hablar de Cristo entre los judíos, en la sinagoga. Pero los resultados fueron poco menos que mediocres; no cosechó más que contradicciones y blasfemias. Un judío importante, llamado Crispo se hizo bautizar, pero su caso fue excepcional y no se siguió su ejemplo. Como quiera que en aquel momento un «temeroso de Dios», es decir, un pagano de tendencias monoteístas, se mostrara cordial y comprensivo, el misionero se dio cuenta de su error. Estaba a punto de emprender una ruta falsa. Y clamó a los judíos:

— ¡Que vuestra sangre caiga sobre vuestra cabeza! De ello soy inocente. En lo sucesivo me dirigiré a los paganos.

Y como si quisiera imprimir su decisión, como si deseara apoyar su predicación de las gracias del Espíritu Santo, el Señor se apareció a su fiel.

—No temas —le dijo—. Habla en voz alta y no te calles. Estaré contigo y nadie pondrá sobre ti la mano para hacerte daño.

Y a partir de entonces Pablo lanzó a manos llenas la buena semilla. ¡Qué importaba el color y el olor de la tierra en que caía! Y los trabajadores de los muelles, los rufianes, los marineros, las busconas, los humildes y los mancillados quizá recibieron mejor la Palabra que todos los intelectuales de Atenas. Durante año y medio permaneció en aquel gran puerto, enseñando y predicando. En esta ciudad de Afrodita se dará a Cristo un pueblo numeroso. Los judíos, en su rabia, se quejaron de Pablo ante Galión, procónsul de la provincia. Este, hombre prudente y tranquilo (era hermano del filosofo Séneca) y que parecía estar muy al corriente de

sus artimañas, los despidió muy mohínos, y dejó incluso que el jefe de la sinagoga, Sostenes, fuese apaleado ante él, sin preocuparse lo más mínimo; el Señor estaba, pues, visiblemente con los suyos.

Así nació esta Iglesia de Corinto a la que Pablo había de escribir más tarde dos de sus más bellas epístolas. Es fácil de adivinar lo que dijo y pensó mientras estuvo entre sus hijos. Cierto es que les daba consejos morales como aquéllos que, desde el mismo Corinto, dirigió a los tesalonicenses; los corintios, debieron también de tener una necesidad tan urgente como los cristianos de Macedonia. Pero bien es verdad que les decía, además, otra cosa: lo que él mismo había descubierto con su experiencia personal. La conclusión a que había llegado en el resultado de esta misión en Europa es la que debía resumir tan admirablemente más tarde en su primera epístola a los corintios diciendo que si el cristianismo no es una filosofía es una obligación de todo ser, una experiencia que no se parece a ninguna otra y un riesgo asumido totalmente.

«No por sabiduría ha conocido el mundo a Dios, sino por la locura de la predicación. Dejemos a los judíos reclamar milagros, y a los griegos exigir filosofía: nosotros solamente predicamos a Cristo crucificado. Para los judíos esto es un escándalo, y para los paganos, una locura. Pero, para los llamados, Cristo es Potencia de Dios y Sabiduría de Dios. Porque la locura de Dios es más sabia que los hombres y lo más débil de Dios es más fuerte que los hombres (1 *Cor.,* I, 21, 25).

Lo que el paradójico triunfo del Cristianismo había hecho comprender al apóstol en ese mal lugar de Corinto era el sentido mismo de la potencia que desde hacía muchos años, lo impulsaba, esa fuerza que trasciende todas las contradicciones y rescata todas las debilidades, esa fuerza que no va precedida de la inteligencia, sino de la fe y la gracia: la locura de la Cruz.

IV. – LA RUTA DEL SACRIFICIO

«LA PUERTA AMPLIAMENTE ABIERTA»

Hay lugares en el mundo cuyo nombre ejerce en nuestro espíritu una fascinación: Tebas la egipcia, Delfos, Delos, Olimpia, o Ispahán o Babilonia... Basta pronunciar tales sílabas para que se levante una ola. En las zonas más sensibles de nuestra conciencia, imágenes y recuerdos se mezclan en una sola. Efeso era en la antigüedad uno de esos lugares en los que la gloria alcanza su mayor expresión. Ilustre por su fortuna, famosa por su belleza, más o menos rival de Atenas en cuanto a la ciencia y cultura de sus hijos, poseía la aureola espiritual de ser uno de los mayores centros religiosos del paganismo: una especie de Nápoles que fuera al mismo tiempo Lourdes y Chicago.

En nuestros días, el viajero que llega allí desde la costa de Asia apenas puede escapar a una penosa decepción. Salido de la fecunda llanura de Esmirna, el pequeño tren asmático atraviesa grandes zonas pantanosas pobladas de sauces, juncos y asfódelos, de las que se elevan súbitamente, lanzando agudos chillidos y batiendo las alas, bandadas de magníficas garzas reales. Aislada del mar por los aluviones, abandonada a los escaramujos y a las fiebres. Efeso no es siquiera uno de esos bellos campos de ruinas en los que la imaginación arqueológica reconstruye fácilmente la vida, porque las excavaciones, poco eficaces, no han revelado aún sus tesoros. En una oquedad del terreno, caracterizada por una especie de bosque de higueras silvestres, una masa de agua estancada deja emerger sobre su irisada superficie unos bloques de mármol blanco, los restos de una estatua, un fuste partido: ahí estuvo el templo de Artemisa, que, según se ha dicho, eclipsaba a las otras seis maravillas del mundo. Pocos lugares sobre la tierra provocan hasta tal punto la angustia que nos oprime ante un cementerio de civilización.

El espectáculo era muy diferente a fines de aquel año 52, que fue sin duda cuando Pablo llegó a Efeso, que, como Esmirna, Pérgamo, Magnesia y Sardes —esta última en decadencia—, era uno de los centros más eminentes de aquella Lidia a la que continuaba vinculado el fabuloso recuerdo de Creso. Presentaba entonces el aspecto de una de esas ciudades mediterráneas en las que todo parece concordar para reunir en ellas el oro, el lujo y la voluptuosidad. La descripción que nos dará San Juan en el capítulo XVIII del Apocalipsis, de «la gran ciudad vestida con suave lino, de escarlata y de púrpura, adornada con oro, perlas y piedras preciosas», le debió de haber sido sugerida sin duda por el espectáculo familiar del puerto de Efeso, por «los cargamentos de plata y oro, perlas y gemas, maderas raras y marfiles trabajados, perfumes y aromas, sin contar el vino, el aceite, los cereales y la mercancía humana, los esclavos». En el flanco del monte Pion, extendiendo inmensos barrios cortados por rectilíneas avenidas, Efeso mostraba orgullosamente sus conjuntos monumentales, que podían rivalizar con cualquiera de los del mundo entonces conocido, un teatro para veinticinco mil espectadores, una avenida labrada de dos kilómetros, dos ágoras, una griega y otra romana, una y otra encuadradas por pórticos y columnatas, estadios y gimnasios y, en el centro de la ciudad, un reloj hidráulico gigante, célebre en todo el Imperio.

Pero lo más bello, el más ilustre de todos los monumentos de Efeso, era ese Artemisión, el templo dedicado a la diosa Artemisa, la misma que los latinos llamaban Diana, cuyas ruinas duermen hoy bajo las aguas muertas de un estanque amargo. La Artemisa que se adoraba allí no era en modo alguno la esbelta y rápida cazadora de las fábulas griegas, sino una divinidad lunar llegada de Asia, que simbolizaba la tierra omnifecunda y las potencias incoercibles de la vida. Durante mucho tiempo había sido venerada bajo la especie de una inmensa roca casi informe que se aseguraba que había caído del cielo; en los tiempos de Cristo era una estatua de mujer que llevaba sobre el pecho veinte tetas y cuyas piernas parecían estar formadas por una colmena, porque las abejas eran también las obreras de la fecundidad. Innumerables sacerdotes servían al templo. Por mucho tiempo el Gran Sacerdote, el Megabises, había hecho a la diosa virgen el sacrificio de su virilidad; las sacerdotisas debían ser castas, al menos durante todo el tiempo de su servicio, pero muchos escritores de la época, sobre todo Estrabón no han ocultado que la castidad era objeto de favores en las noches primaverales en las que los fieles de Artemisa iban a sumergir su estatua en las olas del mar con objeto de ponerla en contacto con las potencias elementales. Todo el mes del Artemisión, que

corresponde a nuestro abril, los peregrinos comerciantes afluían desde todos los lugares de Asia Menor para participar en las ceremonias litúrgicas y hacerse anunciar el porvenir, combinando sus negocios. Umbral de Asia, punto de partida de los caminos, centro de tráfico y metrópoli espiritual, Efeso era efectivamente esa «puerta ampliamente abierta» de la que Pablo hablará a los corintios» (1 *Cor.,* XVI, 9).

Por el interior llegó el apóstol a Efeso, procedente del país gálata, por la ruta de Sardes y al valle de Caístro, que dice Homero atraviesa «la pradera de Asia» y donde, según la leyenda, el poeta fue instruido por las ninfas. Llegó durante su tercera misión. Al fin de su segundo viaje, cuando había desembarcado en Cencreas, el puerto de Corinto sobre el Egeo, en compañía de sus dos queridos amigos Priscila y Aquilas, para volver a Siria, su barco hizo una breve escala en Efeso. Le bastó esto para darse cuenta de la importancia que podía tener este puerto de Efeso en su estrategia de evangelización. Se negó a prolongar su permanencia allí, pero prometió volver (*Hechos*, XVIII. 18. 21).

Después de haber pasado algún tiempo en Antioquía, en el cordial ambiente de aquella comunidad cristiana que había sido asociada a sus comienzos, el infatigable mensajero del Espíritu Santo volvió a partir. Tenía prisa por hallarse de nuevo entre sus hermanos de Galacia; junto a ellos había dejado una parte de su corazón. Necesitó un nuevo secretario; Silas se había quedado en Corinto, donde quizá estuvo trabajando con Pedro, entonces de paso en aquella ciudad. Timoteo regía las jóvenes comunidades de Acaya y Macedonia, yendo de un puerto a otro por el mar Egeo. Por compañero de ruta eligió entonces Pablo a Tito el joven griego convertido que había llevado consigo a Jerusalén en el año 49 y a propósito de quien se había resuelto el caso de conciencia de la circuncisión de los gentiles (*Gál.,* II, 1, 2). En lo sucesivo quedaría asociado a todo el trabajo del apóstol y éste, sin duda alguna, habría de demostrar un gran afecto por su «verdadero hijo de la fe» (*Tit*., I, 4).

Por Tarso, pues, sin duda, Derba, Listra, Iconio y Antioquía de Pisidia, el apóstol había seguido, por tercera vez, la ruta axial de la meseta anatolia. Había comprobado con satisfacción que la semilla depositada en Galacia daba granos quíntuples, según lo prometido. Después, habiendo atravesado la áspera Frigia, descendió hacia esa costa luminosa en la que, durante el viaje anterior, lo había desviado el Espíritu Santo. Es más que probable que diera a esa tercera etapa de su apostolado un carácter muy diferente. Llevar constantemente el Evangelio a poblaciones nuevas, como anteriormente lo había hecho, estaba bien, pero no bastaba: le pareció

necesaria una labor de organización en la que había que profundizar más. Para esta empresa de dirección y de enseñanza que implicaba a un mismo tiempo contactos con Asia y Europa, le pareció que Efeso era un lugar ideal. Y se fijó en ella.

Lo que había pasado en Efeso le demostraba que semejante esfuerzo era realmente indispensable. Pablo probablemente se enteró en su escala del año anterior. En esta cristiandad primitiva, tan joven y tan agitada, existían pequeñas capillas que, sin pensar lo más mínimo en ellas, aparte de la Iglesia, podían practicar sus religiones e incluso creer según las normas que la mayor parte no reconocía. Así, en Efeso, «un judío llamado Apolo, originario de Alejandría, hombre elocuente y versado en las escrituras, había enseñado con fervor y expuesto correctamente todo lo que concernía a Jesús. Pero solamente conocía el bautismo de Juan». Es decir, que, verosímilmente de acuerdo con la idea del Bautista, enseñaba a sus discípulos que el agua santa lavaba los pecados si el alma aceptaba hacer penitencia, pero no enseñaba el bautismo cristiano, que es otra cosa muy diferente, una participación directa en la gracia divina por medio de Jesús. Dios hecho hombre, víctima inmolada por el supremo perdón. Priscila y Aquilas, los fieles amigos de San Pablo, que lo habían precedido en Efeso, habiendo visto el peligro de este apostolado incompleto, informaron a Apolo y después, hábilmente, lo enviaron a Europa, donde su vigor combativo había hecho maravillas contra los judíos de Corinto. A Pablo, cuando llegó a Efeso, no le costó gran trabajo acabar de conquistar a aquellas docenas de semicristianos y, habiéndoles impuesto las manos, pudo comprobar que el Espíritu Santo había descendido sobre ellos, según la promesa de Pentecostés, porque se pusieron a profetizar y a hablar en otros idiomas (*Hechos,* XVIII, 24, 28; XIX, 1, 7). El incidente, por mínimo que sea, no por esto demuestra menos que no bastó para sembrar a voleo la semilla evangélica, que fue necesario aún vigilar la forma en que germinaba.

Casi tres años permaneció San Pablo en Efeso. Esta permanencia señala en cierto modo el punto culminante de su apostolado, su gran madurez. Hallábase entonces en plena fuerza de la edad, entre los cuarenta y cinco y los cincuenta años. Sus experiencias habían acabado de formarlo; había adquirido conciencia de las grandes realidades históricas ante las cuales se hallaba colocado el primitivo cristianismo, la tradición judía, el pensamiento griego y el imperio romano. Su autoridad personal era considerable; se tiene la impresión de que lo rodeaba todo un estado mayor de cristianos venidos de todas partes, no solamente Tito y el amado

Timoteo, que se habían reunido con él, sino Erasto, Gayo y Aristarco, sin contar con el fiel Aquilas y la devota Priscila. Lo imaginamos como un gran obispo misionero en el Congo o el Gabón, ayudado y escoltado por jóvenes y devotos Padres.

Podemos representarnos fácilmente lo que fue la vida de San Pablo durante su permanencia en Efeso. Al principio se dirigió a la importante colonia judía de la ciudad y habló en la sinagoga; los resultados fueron decepcionantes. Hizo entonces como en Corinto: rompió con sus compatriotas y se volvió a los paganos. Para enseñar le era necesaria una sala, y logró que un profesor llamado Tirano le prestara o alquilase su local en los momentos en que no lo necesitaba «de la quinta a la décima hora», es decir, de las once a las dieciséis horas, cuando maestros y alumnos comían y echaban la siesta.

La jomada del apóstol se dividía en dos. A primeras horas de la mañana trabajaba en el taller de su amigo Aquilas, y trabajó mucho a juzgar por los callos de sus manos, que mostrará con orgullo. Después se dirigía a la escuela de Tirano, donde hablaba a sus fieles y a todos aquellos a quienes atraía el mensaje evangélico: los grandes temas del amor redentor, de la caridad fraternal, de las promesas de vida y resurrección, que se encuentran formulados magníficamente en las grandes epístolas escritas en esa época, y no hay duda que debió de exponerlas primero a su auditorio de Efeso. Después de la hora décima, cuando el profesor volvía a tomar posesión de su local, en el que había de enseñar gramática y filosofía, Pablo continuaba de otra manera la obra evangélica, yendo a visitar a quienes no habían podido escucharle, a los enfermos y a los inválidos. Y por la noche, según la tan dulce costumbre de aquella primitiva iglesia, todos los bautizados se reunían para el ágape fraterno, que se celebraba tal como Cristo lo había enseñado, en su última cena, la Eucaristía por el pan y el vino.

Era evidente que el Espíritu Santo en persona apoyaba este apostolado de Pablo. En aquella primitiva Iglesia, muy cerca aún de ese día de Pentecostés en el que las lenguas de fuego se habían posado en la frente de los apóstoles, eran frecuentes los fenómenos en los que se manifestaba la tercera persona de la Santísima Trinidad: carismas, gracias excepcionales, milagros y ese misterioso «don de lenguas» que permitía a los inspirados ser comprendidos por todos los auditores, incluso por aquellos que desconocían su idioma. San Pablo, cuya biografía, sin embargo, es tan sobria como maravillosa, se beneficiará algunas veces, durante los años de su tercera misión, de un apoyo directo del Espíritu

Santo. «Dios operaba por mediación suya extraordinarios milagros, hasta el punto de que se aplicaban sobre los enfermos pañuelos o lienzos que habían tocado su cuerpo y eran inmediatamente curados, y los malos espíritus desaparecían» (*Hechos,* XIX, 11, 12). El poder del apóstol sobre los demonios llegó a ser tan conocido que los exorcistas judíos intentaron recurrir a ello. Un cierto sanedrita, llamado Scevas, había educado a siete de sus hijos en esta curiosa práctica. Pretendían expulsar el demonio gritando: «Te conjuro en nombre de ese Jesús que predica Pablo». A lo que el demonio, muy lógicamente, respondía: «Conozco bien a Jesús y sé quién es Pablo, pero tú, ¿quién eres?» Y el poseso, en quien los exorcistas judíos ensayaban esta curiosa fórmula, saltó sobre ellos, se enseñoreó de ellos y pudo más, de tal forma que tuvieron que huir de aquella casa. La historia se repitió en Efeso y contribuyó grandemente a la gloria de Pablo. Incluso el incidente tuvo una continuación inesperada. Las prácticas más o menos mágicas estaban de tal modo arraigadas en las costumbres, que subsistían incluso entre los cristianos. Y de pronto, judíos y griegos, bautizados o no, comprendieron la lección y entregaron a Pablo los libros de magia y de otras ciencias ocultas que tenían en su poder. Y calcularon que su valor era de cincuenta mil denarios. ¡Se hizo con ellos una magnífica hoguera! (*Hechos*, XIX, 13, 20).

Este apoyo tan evidente del Espíritu Santo fue poco menos que inútil porque, al leer no solamente el libro de los *Hechos,* sino las epístolas escritas en Efeso por el apóstol, se tiene la impresión de que esta estadía fue poco apacible y muy llena de obstáculos. Si se toma al pie de la letra cierto pasaje de la primera epístola a los corintios (IV, 11, 13), hemos de imaginamos al misionero matándose a trabajar, falto de dinero hasta el punto de conocer el hambre, la sed y la falta de ropas, injuriado a menudo y maltratado, considerado por algunos, según dice, «como escombro». Esto no tiene nada de inimaginable y podemos perfectamente representamos al pequeño judío calvo y pernicorto, de palabra áspera, de quien se burlaban y al que hacían objeto de bromas y de injurias tales o cuales efesios, entre los que el mejor y el peor deberían andar mezclados. Más tarde, al enviar desde Mileto un mensaje a sus amigos efesios, aludirá a «las pruebas y lágrimas soportadas en la ciudad» (*Hechos*, XX, 18, 21). El «combate contra las bestias, que es siempre el lote de los genios y los precursores, sin duda lo libró Pablo durante aquellos dos años.

Un acontecimiento de este género puso fin a la permanencia del apóstol en el gran puerto asiático: San Lucas, en los *Hechos,* lo cuenta de

tal modo que constituye quizá la página más viva de esta obra maestra demasiado desconocida y que tiene tanta importancia.

En abril del año 56 estaban a punto de comenzar las fiestas dedicadas a Artemisa; los peregrinos paganos habían acudido en gran número para asistir a las ceremonias de la natividad de la diosa. La ciudad se encontraba llena a rebosar. Un tal Demetrio, orfebre de profesión, que trabajaba en la especialidad «figurillas de piedad», es decir, que vendía estatuillas de Artemisa y pequeñas copias en plata de su famoso templo, fue por las plazas junto con sus obreros denunciando a Pablo y a los suyos:

—Estas gentes cuentan por toda Asia que lo que fabricamos nada tiene que ver con las divinidades. Perjudican nuestro negocio. Nos arruinan. Incluso arruinarán a toda Efeso si a nuestra diosa se la despoja de sus esplendores.

Los colegas del que protestaba le hicieron coro y muy pronto se produjo el motín. Grupos de gente recorrían las calles gritando:

— ¡Grande es la Artemisa de los efesios!

El negocio y la piedad se pusieron de acuerdo para injuriar a los cristianos. El teatro se llenó de una multitud delirante. Dos auxiliares de Pablo, Gayo y Aristarco, fueron arrastrados hasta allí y con muchos trabajos lograron salir de tan mal paso. Pablo fue advertido a tiempo, sin duda por Aquilas y Priscila, que arriesgaron sus vidas por salvarle (*Rom.,* XVI, 3). Quiso correr en auxilio de sus compañeros, pero sabiamente, pudieron impedírselo. Un judío llamado Alejandro intentó hablar; ¿era cristiano o pretendió decir que sus compatriotas nada tenían que ver con el mal negocio que pudiera hacer el vendedor de objetos piadosos? En todo caso no pudo decir una palabra. Durante dos horas continuó el alboroto. De tal modo que las autoridades comenzaron a inquietarse. ¿Qué dirían los romanos de todo esto? Bajo la escena del teatro apareció el canciller de la ciudad y logró que se calmaran y acallar a la multitud diciendo que si la corporación de orfebres tenía motivo de queja no tenía más que dirigirse a los tribunales. Inconscientes como todas las multitudes, los agitados efesios acordaron dispersarse y regresar cada uno a su casa.

Pero semejante incidente había de pesar sobre el ánimo de Pablo. Hay momentos en la vida en que los más fuertes se sienten cansados. Físicamente, no estaba bien: «el hombre exterior se hallaba en ruinas» (2 *Cor.,* IV, 16). La obra llevada a cabo en Efeso podía considerarse si no cumplida, al menos bien dirigida, y debía continuarse normalmente por su propio impulso; en lugar de la docena de semicristianos que había

encontrado a su llegada, existía ahora una sólida y vigorosa comunidad. En cuanto a él, ¿acaso no había sido «señalado por el Espíritu» para llevar continuamente y muy lejos el grano de la Buena Nueva? Núcleos cristianos, influidos desde Efeso, habían sido creados lejos de allí, hasta el valle del Licos, en Colosos, Hierápolis y Laodicea (*Col.,* IV, 12, 13; *Hch.,* XIX, 8, 10). El mundo inmenso aguardaba a su apóstol. Infatigable, Pablo decidió reanudar el camino y empuñar de nuevo el cayado de conquistador de Cristo.

En realidad, la idea de todos estos pueblos que aguardaban todavía la luz, y más aún de aquellos a los que había llamado ya a su conocimiento, no le había abandonado un solo instante durante su estancia en Efeso. Entre los pesados fardos que había de llevar consigo, indicó en una segunda epístola a los corintios (2 *Cor.,* XII, 28) «la solicitud de todas las iglesias». Si la palabra «peso del alma» ha tenido alguna vez un sentido preciso y exigente, puede aplicarse perfectamente a ese jefe grandioso que jamás abandonó una sola de sus creaciones sin sentirse ya preocupado para siempre.

Una de las características en que se reconoce el genio es la facultad de llevar en la cabeza simultáneamente distintas empresas y en no dejarse absorber jamás por el instante presente hasta el punto de descuidar las realizaciones de ayer y no pensar en el día siguiente. Un Alejandro, un Napoleón, incluso en el tiempo en que se consagraron a la tarea del momento, siguieron con precisión la suerte de lo que habían hecho y no dejaron de pensar en el futuro; en otro plano ocurrió lo mismo con respecto a San Pablo. Durante su estadía en Efeso, cuyas dificultades, como hemos visto, fueron insuperables, hubiera sido excusable consagrarse a ellas por entero, pero esto hubiera sido lo contrario precisamente de lo que él había considerado hacer: consolidar las posiciones anteriormente conquistadas por el Evangelio.

Así esos años efesios se señalaron por la redacción de epístolas dirigidas a sus antiguas hijas las comunidades cristianas nacidas de él. Las había ya compuesto en Corinto para los macedonios. ¿Conocemos todas las de Efeso? ¿Es incluso fácil fechar las que todavía leemos en el Nuevo Testamento? Muchos comentadores de San Pablo han fijado también en este período de su vida (aunque otros lo han hecho del 49 al 50) esta carta que escribió a sus queridos gálatas para corregir una desviación doctrinal en la que habían caído sus iglesias con respecto a la cuestión de las observancias judías. Sin duda compuso en Efeso su célebre *Primera*

epístola a los corintios, que es una de las piezas maestras de su obra. Habían llegado a sus oídos inquietantes minores con respecto a la comunidad de Corinto. No podía entonces abandonar Asia y envió por delante a Timoteo. Más tarde llegaron dos mensajeros de Corinto portadores de mejores noticias (1 *Cor.,* IV, 17; XVI, 10, 17). Con una autoridad soberana el jefe escribió entonces a sus dirigidos para corregir los abusos y establecer los principios de rectitud. «Cesad de disputar a propósito de Pedro, de Apolo o de mí. Vigilad vuestra moralidad. Cuidad de que la injusticia no pervierta vuestra comunidad». He aquí lo que en sustancia les dijo. Pero —y esto es una característica más del genio— el acontecimiento en ningún instante había sido para él más que la ocasión de superar el cuadro elegido del contingente para llegar al general, y esta epístola escrita para impedir que pequeños clanes corintios disputaran entre sí o un cristiano viviera con la mujer de su padre, he aquí que partía de un aletazo a las cumbres de la moral y la teología formulando la doctrina del matrimonio cristiano, desvelando el sentido de la verdadera caridad y afirmando por último la resurrección de Cristo con un poder insuperable. Podía acabar con un himno de triunfo y de fe en el porvenir, porque tenía perfecto derecho.

Esto en cuanto al pasado; pero el porvenir estaba presente en el espíritu del genio. ¿Qué podía ser el porvenir? Ahora había va arrendado Pablo para siempre Ja cuestión de las deidades judías. Había hecho lo máximo en el medio helenístico de Asia Menor e incluso más allá, había resuelto —por absurdo— el problema de las relaciones del cristianismo con el pensamiento griego; había verificado que, detrás de él, las bases eran sólidas. Pero por todas partes, en Filipo de Macedonia v Corinto, bajo la forma del procónsul Galión, en Efeso incluso, donde la sola sombra del águila imperial había bastado para que el orden, perturbado un instante, se restableciera, había encontrado de nuevo la otra gran realidad de su tiempo, la más poderosa, Roma. Su espíritu se vincularía en lo sucesivo a esta poderosa imagen. En sus discursos y en sus escritos apareció ya el nombre de la Ciudad Eterna.

Cuando, alrededor de Pentecostés del año 56, embarcó para Macedonia, la última etapa de su carrera estaba ya decidida desde ese instante.

«EL CLARÍN DEL ESPÍRITU»

Los textos, que hemos visto ya el lugar que ocupan en la acción de San Pablo, esas trece epístolas que la Iglesia ha conservado como dignas de figurar en el canon de la Sagrada Escritura, en un lugar sin semejante deben ser considerados según la forma en que fueron escritos, y de esta forma debemos representárnoslos, juzgar su estilo y su contenido. El Nuevo Testamento, tomado en conjunto, está constituido esencialmente por dos biografías: la de Cristo y la de Pablo. No conocemos la voz de Jesús más a que a través de sus intérpretes —inspirados, es cierto, pero humanos— los evangelistas. Bien es verdad que el sonido de esta voz es tal, que nadie pretenderá desfigurarla y que ninguno de los otros textos del libro revela «esta especie de resplandor dulce y terrible a la vez» del que ha hablado tan bien Renán. En cambio, del tarsiota tenemos la suerte de poder leer la vida y el pensamiento no sólo según un testigo inmediato, San Lucas, sino según las páginas mismas que lo expresan directamente.

Imaginémonos a San Pablo componiendo una de estas epístolas cuyas frases sublimes, todavía hoy, a través de los siglos, llegan a nuestro corazón lo mismo que flechas, cuando, durante la misa, podemos oír algún fragmento. Era por la noche: en el taller del confeccionador de tiendas, los telares han cesado en su actividad y, sobre la trama, la lanzadera no tira ya del hilo brillante. La llama de una lámpara de aceite dibuja un círculo de luz amarilla en el cual, sentado en cuclillas, un secretario tiene en la mano una hoja de papel. De pie, paseándose de un lado a otro, apoyándose unas veces en el telar y estremecido otras cuando el fuego interior lo impulsa, el gran apóstol dicta y dicta interminablemente, durante horas.

Todas las epístolas de San Pablo fueron así, sin duda, no escritas, sino dictadas. Tal era la costumbre entre los antiguos. Los ricos mantenían entre sí una correspondencia a través de un esclavo que hacía las veces de secretario. El apóstol, evidentemente, no lo tuvo y recurrió a cualquiera de sus discípulos, que se ofrecerían con gusto a servirle de esta forma. Un cristiano llamado Tercio, de quien no se sabe nada más, fue quien escribió la epístola a los romanos (XVI, 22), y es muy posible que para la primera dirigida a los tesalonicenses (I, 1) echara mano alternativamente del querido Timoteo, de Silas o Silvano, a quien vemos más tarde convertido en secretario de San Pablo (1 *P.,* V. 12).

No es por otra parte cosa fácil escribir de este modo al dictado de una persona poseída por semejante inspiración. Primero la posición del escriba era muy incómoda, en cuclillas, con las piernas cruzadas sobre una manta

doblada o un cojín, como todavía se ve entre los amanuenses públicos en tierras musulmanas.

Además, el soporte del escritorio era poco menos que liso; estaba formado por tres largas bandas de papiro —ese rosal egipcio cuyo nombre ha servido para designar nuestro papel—, bandas pegadas una a otra en dos gruesos y presentando algunas irregularidades en sus superficies. Los cálamos, esas cañas hendidas, o las plumas de oca cortadas, tenían una horrible tendencia a agarrarse y hacer borrones. Cuando se examinan ciertos papiros hallados en las tumbas egipcias más o menos contemporáneos de las cartas de San Pablo, se tiene la impresión de que el escriba debió dibujar cada uno de los caracteres casi como los chinos. Nada tiene de sorprendente admitir las cifras que un sabio alemán ha establecido minuciosamente: por ejemplo, para escribir las siete mil ciento una palabras de la epístola a los romanos, fueron necesarias por lo menos cincuenta hojas y noventa y ocho horas de dictado; si pensamos que Pablo no consagraría a esta tarea más que sus fines de jomada, terminados ya los demás trabajos, debió de necesitar semanas enteras, a condición, además, de que no lo importunaran.

En general, antes de terminar la epístola, el autor añadía algunas palabras de su puño y letra, como se hace en nuestros días en el margen inferior de una carta mecanografiada. En varias ocasiones, al final de tal o cual de sus epístolas, San Pablo había escrito: «Y salud de mi mano, Pablo», como dice a los tesalonicenses, y añade: «que es mi signo en toda carta mía. Reconoced mi escritura» (2 *Tes.,* III, 17). Sería, en efecto, reconocible, a juzgar por el último párrafo de la epístola a los gálatas, donde dice: «Ved en qué gruesos caracteres os escribo». ¿Por qué gruesos? Para señalar bien la diferencia, para subrayar un pasaje, o porque su miopía no le permitía escribir con trazos finos como los *de un* escriba, a *menos* que su callosa mano se lo impidiera... El detalle, tan simple y realista, es conmovedor. Después de esto, terminada la epístola, si era corta se doblaba y sellaba con cera; si esto no era posible, se arrollaba y se introducía en un estuche. Después no quedaba mas que escribir la dirección del destinatario y también, frecuentemente, el nombre del portador encargado de ella.

Por su composición material en nada se diferenciaba de la correspondencia de todos los tiempos. En cuanto a la ordenanza ocurría exactamente lo mismo; era la de todas las cartas que todavía podemos leer pertenecientes a esa época, ya se trate de las famosas de Cicerón, o de esa encantadora misiva extraída de las arenas de Egipto, que un joven marino

escribió, desde la base de Nápoles, a su padre, establecido en aquel país. Cada epístola comprende tres partes: una especie de exordio, el *praescriptum,* conteniendo el nombre del autor y el del destinatario, con amables fórmulas de saludo; después el cuerpo de la epístola, desarrollado más o menos según la materia; y, por último, una conclusión, que es a la vez fórmula de adiós, votos de amistad, consejos y salutaciones reiteradas. Las epístolas de San Pablo están escritas todas según este sistema.

¿Eran, pues, epístolas personales o especie de encíclicas, como diríamos hoy, es decir, textos que se dirigen no tanto a una individualidad designada como a un grupo o una comunidad? En varias ocasiones se ha reanudado la discusión sobre este tema y han sido muchos los argumentos aportados en pro y en contra. Algunas de estas epístolas fueron sin duda escritas para una sola persona, como ocurre con la encantadora epístola a Filemón, el único texto que probablemente escribió el apóstol de su puño y tetra. Pero, la casi totalidad de las epístolas tienen un carácter completamente diferente; formalmente no fueron dirigidas a un hombre, como Tito o Timoteo, o tal iglesia que se designa, epístola a Corinto o Tesalónica, por ejemplo; algunos de sus pasajes se identifican perfectamente como verdaderas cartas, en las preocupaciones o acontecimientos personales de que en ellas se hace referencia; pero todas, en muchas más páginas, se evaden de los casos particulares para elevarse en el plano de las ideas generales, de la doctrina y la teología. Es, pues, infinitamente probable que, al dictar sus cartas, San Pablo pensara en una determinada persona, o en determinado grupo cuyos problemas conocía, y de los cuales deducía el valor permanente y universal para que su texto fuese útil a otros, a muchos otros.

Sus epístolas son, pues, al mismo tiempo verdaderas cartas y textos a modo de encíclicas. Es más que probable que en las intenciones del apóstol figurase el verlas divulgadas, copiadas numerosas veces y comunicadas de comunidad a comunidad. El preámbulo de la epístola a los gálatas y el de la segunda a los corintios no dejan duda alguna sobre esto. Una carta de San Pedro aludirá a esta trasmisión de los escritos de San Pablo en la Iglesia primitiva, y no se conoce nada más emocionante que ciertos procesos verbales en los que los cristianos que iban a morir mártires —tales como los de Scilli en Africa— demostraron la veneración que experimentaban por las epístolas del gran tarsiota. Cierto es, por lo tanto, que lo mismo en vida del apóstol de las naciones como en la tradición de la Iglesia de los primeros tiempos, sus textos fueron

reconocidos como portadores de un mensaje eminente, dotados de una virtud iluminativa; es decir, inspirados. ¿Por qué?

La gloria de San Pablo como escritor, ¿se fundó acaso en sus cualidades puramente literarias? Preciso es discriminarlo. ¿Se trata de su lenguaje? No es indudablemente un modelo para escolares, ni siquiera está por encima del latín de la Vulgata, que, no siendo en esta parte el de San Jerónimo, es muy mediocre —y la mayor parte de las traducciones modernas se hicieron con posterioridad a él—, ni siquiera en relación al griego; la admiración no se fundamentará en esto. Su lengua fue el griego corriente en uso en todo el Cercano Oriente, el griego de la *koiné,* más el de la burguesía comercial que el del pueblo, no muy distinto en suma del de Polibio o Epicteto. Se mezclaron con él algunos arameísmos o judaísmos y algunos giros populares de gran sabor. Sin ser «incorrecto», como ha dicho Renán, no fue en modo alguno una lengua de clase excepcional.

¿Acaso tiene mayor valor su estilo? Hasta cierto punto. No es difícil hacer su crítica; frases desmesuradas, de cierta aspereza, fragmentos dislocados, como cortados y bruscos, proporciones torpemente ligadas unas con otras por *y* y *porqués,* construcciones inconexas en las que un pensamiento parece llamar a otro que se abre sobre un tercero, y así sucesivamente con gran perjuicio de la lógica. Sí, todos estos defectos se descubren en San Pablo. Y todavía hay más: una propensión a hacer chocar, embotando unos con *otros los* pensamientos, suprimiendo uno de los elementos esenciales a su desarrollo, a razonar por alusiones poco explícitas, por aproximaciones incomprensibles. Bossuet dice de él que era un «ignorante en el arte del buen decir», y evidentemente pensó en todas estas críticas. Se comprende perfectamente que se haya declarado «oscuro» al apóstol de los gentiles, incluso teniendo en cuenta el hecho de que esa oscuridad procede, en una buena parte, de las condiciones históricas y psicológicas en que fueron escritas sus epístolas, condiciones ignoradas por muchos lectores.

Pero algunos conocedores han sostenido también, con excelentes argumentos, que este estilo pauliniano fue de un gran valor, porque, «habiendo roto la estrechez del marco y superado el atomismo literario, familiar a los hombres de su raza», supo, según las observaciones del Padre L. de Grandmaison, «impulsar una idea, extenderla, matizarla y valorarla únicamente por términos de comparación y su emparejamiento paralelo». Cuando se nos señala en las epístolas la presencia de procedimientos

técnicos de la escuela estoica, se permite sin duda plantear una duda discreta, pero no puede negarse que por la urgencia y la continuidad ha pasado algo del carácter progresivo y armonioso de la elocuencia griega. Incluso algunos entusiastas han colocado algunos pasajes de San Pablo no lejos de las más bellas páginas de Platón o del famoso himno de Cleante.

El hecho de que puedan sostenerse opiniones tan opuestas demuestra que lo esencial de los méritos del escritor Pablo no provenía ni de su lenguaje ni de su estilo, sino de virtudes menos formales. No, sin duda, de un rabino, ni de un filósofo escolástico, ni de un minucioso abastecedor de palabras y períodos, sino de otra cosa muy distinta y, precisamente, esta otra cosa es la que consagra al gran escritor. El gran escritor, ¿no es el que posee el don de las fórmulas conmovedoras, el que, en aproximaciones fulgurantes, impone «un sentido nuevo a las palabras de la tribu»? Entonces, ¡qué escritor no es éste cuando la menor página suya se esmalta con hallazgos como: «el buen aroma de Cristo», «el hombre de pecado», «la espina en la carne», «la locura de la Cruz», y tantas otras! Frases profundas, inagotables, fórmulas definitivas que, desde hace dos mil años y a pesar del difumino de las traducciones, brillan aún con un resplandor total.

Un gran escritor es también aquél que sabe, a lo largo del desarrollo de un tema, imponer una materia muy rica bajo una forma tan concentrada que no se pueda ni cambiar ni añadir ni suprimir nada, so pena de perjudicar lo esencial. Siendo así, ¡qué gran escritor fue Pablo! Ni una sola de sus epístolas carece de esas joyas densas, de esas perfecciones. Escuchémosle en la primera que dirigió a los corintios, proclamando la promesa de la Resurrección:

«He aquí que os revelo un misterio: ciertamente no dormiremos todos, sino que todos seremos transformados. En un abrir y cerrar de ojos, al sonido de la trompeta última, porque será tocada la trompeta y los muertos serán levantados sin corrupción y nosotros seremos transformados. Y cuando esta carne corruptible se haya vestido de incorrupción, cuando este cuerpo de muerte se haya vestido de inmortalidad, entonces se cumplirán las palabras de la Escritura: «Sorbida es la muerte con la victoria. ¿Dónde está tu victoria, Muerte? ¿Dónde está tu aguijón?» (1 *Cor.,* XV, 51, 55).

Tal pasaje, legítimamente famoso, es característico *del* estilo del apóstol, de su poder de evocación, de su violencia interior, de su arte de operar las concordancias y de hacer surgir, del pensamiento abstracto, imágenes que se imponen al espíritu. Pero en nada desmerecen otros

pasajes escritos con tintas diferentes. Tal es uno que podemos tomar de la misma epístola, y no menos célebre que el anterior, en el que se han definido minuciosamente los caracteres del amor de los hombres según Dios:

«La caridad es paciente, la caridad está llena de bondad. No tiene envidia ni presunción; no se hincha de orgullo. No es injuriosa ni busca su interés; no se irrita ni sospecha el mal; no se huelga con la injusticia, sino con la verdad. Todo lo sufre, todo lo cree, todo lo espera y todo lo soporta» (1 *Cor.,* XIII, 4, 7). ¡Qué análisis psicológico reducido a seis líneas! ¡Cuántas verdades en tan pocas palabras!

Pero más aún que el don de las fórmulas, el acierto en el desarrollo e incluso la amplitud del registro con el que se manifiesta la diferencia entre los dos pasajes que acabamos de leer, lo que hacía de San Pablo un gran escritor es esa violencia interior que se advierte en él en todo momento, esa potencia que de una forma irresistible poseen sus ásperas frases, el desarrollo a veces tosco, sus concordancias incomprensibles, todo esto que impone al espíritu del lector como una sola e irresistible realidad. Un arte semejante escapa de las fórmulas de los profesores y de los manuales, pero es un arte extraordinario, tanto más grande cuanto que es inconsciente y espontáneo. Su propósito no es nunca escribir por escribir, y menos aún pensar en la obra maestra: derrama sus frases como la fuente el agua, o mejor aún, las lanza como el volcán su lava ardiente, como un fuego resplandeciente.

Y es esto, esta pasión, esta violencia, este resplandor, lo que asegura la unidad de esta personalidad literaria tan compleja y tan rica. Hay extraordinarias dotes de orador en este escritor: el gusto de los períodos, el ritmo cadencioso, perceptible con frecuencia, una especie de balanceo característico del estilo oral de los semitas y de Oriente. Hay en él un poeta que, en determinados momentos —y sobre todo cuando habla del gran drama divino, cuyo centro es Cristo, el drama de la salvación—, parte en voladas sublimes, como un enorme pájaro por encima de los vertiginosos abismos. También en él encontramos al rabino, al antiguo discípulo de Gamaliel, que no ignora los argumentos de las escrituras ni el arte de utilizar las citas. Hay en él el dialéctico, digno de los más sutiles griegos, que penetra espontáneamente y casi sin saberlo en los procedimientos de la «diatriba», tan querida para los oradores populares de Atenas y de Corinto, cínicos o estoicos. ¡Qué manera tiene de personificar al adversario, de representarlo en carne y huesos, de abrumarlo con preguntas y respuestas lanzadas al mismo tiempo, de dirigirles las palabras secamente! Hay en él

el filósofo, quizá no en el sentido actual de la palabra en cuanto a un sentido clásico, sino en el sentido en que debe calificarse así a un hombre tan magníficamente dotado por la intuición y la deducción, para el más lúcido análisis y para las síntesis más difíciles. Sí, todo esto hay en San Pablo. ¡Y aún muchas cosas más! Irónico y tierno, reflexivo y espontáneo, violento unas veces y persuasivo otras, es todo esto a un mismo tiempo, y estos dones dispares, en lugar de contrarrestarle, de redundar en una cacofonía, se unen en una realidad tan poderosa que, por poco que se haya practicado, se reconocerá, de primera intención, su estilo. ¿Por qué? ¿Cuál es el poder que vincula y armoniza estas disparidades? Tan sólo el propio impulso vital, el de una personalidad y una existencia tales que muy pocos, poquísimos en la historia pueden compararse a ellas.

He aquí la explicación decisiva: si San Pablo fue un gran escritor es porque antes que escritor fue un hombre. Sabemos que cada uno de sus textos estuvo vinculado en su elaboración a distintos acontecimientos y personas; no fueron el producto de un cerebro amparado en los rincones de una biblioteca, sino la obra de un conquistador, de un combatiente, cuya vida entera fue un peligro constante. No fue su propósito exponer una doctrina, sino informar, reformar y afirmar. Todo cuanto pensó fue escrito; pensó y escribió en pleno impulso, llevado por el dinamismo de la lucha. Y esta actitud, tan espontánea en él, es la misma que el Cristianismo exige de aquellos que lo practican, porque el Evangelio no es un sistema de pensamiento, sino una historia, un drama, y lo que cuenta no es demostrarlo, sino vivirlo. Por esto la personalidad de San Pablo formaba espontáneamente cuerpo con el mensaje de que era portador, y como esta personalidad era maravillosamente rica, compleja y llena de matices, y como, al mismo tiempo, había realizado, con un raro acierto, su unidad interior, es ella la que, a fin de cuentas, aflora por doquier en su obra literaria y hace de mármol o acero el bloque en que ella consiste.

Pero, ¿es esto la sola, la última explicación? No, por cierto. En un pintoresco y emocionante pasaje, San Juan Crisóstomo, el más oportuno quizá de todos los Padres de los primeros siglos, hasta San Agustín, ha evocado la emoción experimentada por él al leer las epístolas de San Pablo: «Reconozco esta voz que es amiga mía; tengo casi la impresión de verla y oírla en persona». Y añade: «Entonces me lleno de alegría y salgo de mi sueño; el sonido de ese clarín del Espíritu me exalta y me colma de felicidad». Las últimas palabras lo dicen quizá todo.

Si San Pablo es el gran escritor que creemos nosotros, no lo es sólo por la fuerza de su personalidad, la sutileza de su inteligencia ni la

potencia de su ingenio, sino indudablemente porque fue «el clarín del Espíritu». El hecho de haber sido «puesto a parte en el seno de su madre», como él ha dicho, el hecho de que en el camino de Damasco Cristo lo hubiese llamado por su nombre, le había dado una fuerza mucho más eficaz que todo talento o todo genio, y esta fuerza no era otra que la de Dios. «Andando según el Espíritu y viviendo según el Espíritu», él había hablado también según el Espíritu. Lo mismo que, como hemos visto, es condenarse a no comprender nada de su carácter hacer abstracción, para explicarlo, de sus relaciones inmediatas con Dios. Así como se engaña uno enteramente sobre el sentido y el alcance de sus textos si se niega a reconocer primero en ellos el sello inefable. Más que un escritor, que un dialéctico y un teólogo, San Pablo es un inspirado, en el sentido más preciso y completo de la palabra, puesto que es a la vez un genio y un santo. Su arte no es más que la expresión, resplandeciente en sus labios, de la conmovedora Presencia que lo habita.

Acaso no lo sabía él mismo, puesto que un día dejó escapar esta angustiosa interrogación: «¿Soy realmente yo el que ha sido capaz de todas estas cosas?» Ya se trate de las peripecias de su vida o de los arcanos de su obra, ni un solo instante hemos de dejar de tener en cuenta que este aventurero de la acción y el pensamiento fue antes que nada un aventurero según el Espíritu.

El camino que conduce al Calvario

Era necesario todavía que el Espíritu Santo dirigiera los pasos de su testigo y fortaleciera su alma. Porque en Pentecostés del año 57, partió de Efeso tras la insurrección de los orfebres, Pablo se encontraba poseído de una mortal tristeza. A los ojos de sus enemigos, ¿no parecería acaso un hombre falto de valor si abandonaba un lugar que se había hecho ya demasiado peligroso? ¿Qué ocurriría luego con esta Iglesia que había fundado a costa de tantos esfuerzos? Y su querida comunidad de Corinto, que tantas inquietudes le había ocasionado, ¿había hallado acaso la paz de Cristo después de haber escrito él la carta que le dirigió? Todo esto era angustioso.

Por esto precisamente el viaje que hizo al partir de Efeso no da la misma impresión que los precedentes. Verosímilmente no fue sometido a un plan maduramente reflexionado, a una intención lógicamente persistida; pareció más bien obedecer a acciones y reacciones de las circunstancias y

los sentimientos. Ni siquiera Pablo se dio cuenta de ello, pero, como siempre, se dirigió a Aquél en cuyas manos, de una vez para siempre, había puesto su vida. En varias ocasiones, durante este período, repetirá que se encontraba «atado por el Espíritu» o «impulsado por el Espíritu de ciudad en ciudad». Porque el Espíritu conocía la última explicación, el fin al que tendía aquel viaje casi de hombre errante, la finalidad que había de darle su sentido, que no era otra que el sacrificio. Y sin duda alguna Pablo, en el fondo de su corazón, también lo sabía.

Antes de tomar el camino de Jerusalén, a donde había de llevar a cabo una misión cerca de la primera de todas las iglesias, el apóstol quiso volver a ver a sus hijas de Troas, de Macedonia y de Acaya. Acompañado por Timoteo, partió, pues, hacia el norte, y se detuvo de nuevo en Troas, lugar de paso muy frecuentado, punto de unión entre Macedonia y el Asia Menor. Creyó encontrar allí a Tito, a quien, meses antes, había enviado a Corinto, para hacer que fuesen cumplidos los preceptos de su epístola. El discípulo no estaba allí. Pablo no pudo detenerse y partió a su encuentro. La llegada a Macedonia fue difícil; «no encontramos allí —dice San Lucas en los *Hechos*— ningún reposo, sino toda clase de tribulaciones; afuera combates y dentro temores». Por último llegó Tito portador de excelentes noticias: parecía que las cosas iban mejor en Corinto (2 *Cor.,* VII, 6, 7).

Bajo la reconfortante impresión del informe de Tito, Pablo comenzó entonces a escribir a los corintios su segunda epístola. Por esta causa el principio está lleno de alegría, de afecto y confianza. «Dios, que consuela siempre a los que sufren», lo consoló a él. La prueba que le había hecho pasar, a propósito de la Iglesia corintia, adquirió en esta ocasión todo su significado, como las tristezas y las penas dan su valor al verdadero amor. En lo sucesivo, él, el fundador, el padre de esta comunidad, se sintió feliz: alcanzó gloria de sus hijos...

Bruscamente —basta leer la epístola para advertirlo— cambió el tono. A la dulzura y a la mansedumbre sucedieron la indignación y la amenaza. No habla ya el hombre de corazón sensible, sino el jefe, el combatiente. ¿Qué es lo que ha ocurrido? ¿Habían llegado nuevos mensajes de Corinto, o bien una conversación más informativa con Tito había hecho comprender a Pablo ciertas dificultades? Visiblemente se había formado contra él y su influencia una determinada oposición; intrusos llegados de no se sabía dónde, mandados no se sabía por quién, habían fomentado una intriga contra él. Se le acusaba de falto de energía e irresoluto y al mismo tiempo de violento y autoritario; se burlaban de sus epístolas incomprensibles y de su elocuencia dudosa. Lo habían convertido

en un insensato y un impostor. Pues bien, estaba dispuesto a defenderse. ¡Y qué defensa había de ser la suya! Una sucesión de frases fulgurantes y patéticas en las que se siente al hombre enteramente transportado. Más que una defensa personal, aportó la exposición de su mensaje. A aquellas gentes que lo criticaron tan injustamente, llegó a decirles lo que jamás les había dicho nadie; las gracias excepcionales con las que el Señor le había colmado, los secretos de su vida mística. Conmovedor testimonio. El hombre que dictó estas páginas estaba visiblemente desgarrado, martirizado hasta el fondo de sí mismo, pero sabía, se daba cuenta de ello y proclamaba que sus mismos dolores tenían una significación, que sus angustias servían la causa a la que había consagrado su vida, y entonces fue cuando surgió en sus labios esta fórmula sublime: «Solamente cuando soy débil me siento fuerte».

Esta carta debió de llegar a Corinto, llevada por Tito, poco tiempo antes de que Pablo desembarcara allí. Quiso darse personalmente cuenta de la situación. Además, otro motivo le impulsaba a visitar a esa cristiandad instalada en una de las ciudades más ricas de ese tiempo. En la Asamblea Apostólica de Jerusalén, en 49-50, había prometido formalmente que las comunidades creadas por él entre los gentiles no olvidarían a la madre Iglesia, nacida junto al Templo, y que, constituida por gentes de humilde extracción, vivía desde hacía tiempo en una penuria muy próxima a la miseria. Esta obra de caridad, la colecta para Jerusalén, estaba presente siempre en el corazón del apóstol. Precisamente veía el medio de expresar concretamente la unidad de la Iglesia, más allá de toda diferencia de fortuna, de clases, de raza y de observancias. A las comunidades de los gálatas y macedonios había ya recomendado insistentemente esta obra de misericordia; también les había hablado de ella a los corintios en su primera epístola, y los capítulos VIII y IX de la segunda estaban dedicados enteramente a incitarlos, con una delicadeza y habilidad extraordinaria, a que se mostraran generosos. Escribir no le pareció suficiente, y fue a verlos.

Encontró apaciguada a la comunidad corintia. Durante todo el invierno del año 57 al 58 permaneció entre ellos, dedicándose a ordenar todo lo que tenía necesidad de ser ordenado, consolidando su obra. Volvió la calma a su corazón. Pero este hombre de fuego estaba hecho de tal manera que ciertamente no podía vivir más que pensando en el porvenir. Acababa de disputar porfiadamente con las dos realidades del presente; podía pensar también que en Jerusalén se enfrentaría con otros obstáculos, pero, por encima de esto, veía al cristianismo franqueando una nueva etapa

y al Evangelio conquistando Roma, centro de ese imperio del que solamente había conocido partes excéntricas. Al ver aparejarse sobre las tranquilas aguas del largo golfo corintio las naves que partían para Italia, Pablo sentía que su pensamiento huía con ellas hacia la ciudad cuya imagen le había ya preocupado.

Así, durante esta permanencia en Corinto, escribió su famosa epístola a los romanos, su obra maestra sin duda, la obra capital de su teología. Sabía que existía ya en la capital una importante comunidad cristiana; para anunciarle su visita, y sin duda también para evitar que sus adversarios pudieran prevenirla contra él, decidió hacer una exposición de su pensamiento, de su doctrina. ¿Qué era el cristianismo para él? El cristianismo es la religión que salva al hombre, a todos los hombres, la única que puede salvarlos. Las religiones paganas no son más que engaños que, lejos de elevar al hombre sobre sí mismo, lo humillan y lo degradan. Incluso los judíos, depositarios de la Promesa, han resistido al Espíritu Santo. No, no, la única salvación se encuentra en el Evangelio, mensaje de justicia y de amor. Y el gran teólogo expuso todo el plan de la Redención, ese plan según el cual Dios, Cristo y el hombre se unen, en el que el pecado y la muerte desaparecen con la victoria del Resucitado, en el que la vida eterna es la realización suprema de aquellos que han sido salvados en Cristo y por Él. Pletóricas de esperanza y llenas de doctrina, las páginas de la epístola a los romanos debieron de exigir ciertamente noches y más noches de dictado antes de que se hubiesen llenado sus cincuenta hojas: el invierno del año 57 al 58 debió dedicarlo enteramente a ello.

Sin embargo, la colecta había sido continuada por los colaboradores de Pablo; su número había crecido y estaba abastecido ya el estado mayor del jefe. Estaba constituido ahora por Timoteo y Tito, los fieles, el amado médico Lucas, a quien había encontrado de nuevo en Macedonia, y Sopater, Segundo, Aristarco, Gayo, Tichico y Trófimo, procedentes de todas las comunidades, y todos muy fervientes. Cuando el trabajo se hubo terminado en Corinto, decidieron partir para Jerusalén. Pero las dificultades habían de reanudarse sin cesar. En el momento de embarcar, se advirtió a Pablo de un peligro muy grave: los judíos ortodoxos, fieles a la Torah, deseaban desembarazarse de él. En el tráfago de un gran puerto, en medio de marineros, cargadores del muelle y viajeros, era fácil apuñalar a un hombre. Forzoso era, pues, reemprender la ruta terrestre, el camino a través de Macedonia, cuyo suelo habían hollado ya muchas veces las sandalias del apóstol. Para no despertar sospechas, sus compañeros fueron enviados por delante; le guardarían en Troas (*Hechos*, XX, 5, 6).

¿En qué estado de ánimo se encontraba entonces el apóstol? ¿No estaría ya cansado de ver que los obstáculos se levantaban constantemente ante él? Hacía ya cerca de un año que había abandonado Efeso y, desde entonces, las penas y las inquietudes no se habían apartado de su camino. Pero velaba al Espíritu, que siempre va rectamente a su fin aun por los caminos sinuosos. En Troas demostró que no había abandonado a su testigo. Una noche, aprovechando la corta escala que hizo en esta ciudad, Pablo habló a sus fieles reunidos. Iba a celebrarse la cena litúrgica. Había numerosas lámparas en la habitación del tercer piso donde se celebraba la reunión; hacía calor y habían abierto una de las ventanas; un muchacho llamado Eutico estaba sentado en el alféizar. Se durmió y cayó en el vacío. Todos, y Pablo entre ellos, se precipitaron por la escalera: el muchacho estaba muerto. «Tranquilizaos; vive todavía», dijo el apóstol. Subió a la habitación, cortó el pan y lo comió; Aquél que había instituido la Sagrada Eucaristía y prometido la vida por su carne y su sangre, ¿iba a dejar que la muerte venciera en aquel momento? Al alba, cuando Pablo salió de la casa, su acto de fe había hallado su recompensa. Dios había hecho el milagro: Eutico vivía (*Hechos,* XX, 7, 12). Pablo lo sabía; el Señor no lo había abandonado.

Diríase que en lo sucesivo una especie de fiebre se apoderó de San Pablo: tuvo prisa por llegar a Jerusalén. ¿Fue tan sólo por llevar a sus hermanos el producto de la colecta? ¿O por otra razón que solamente conocía su alma más secreta, la que recibe la luz de Dios? Acabada su permanencia en Troas — estuvo allí una semana—, el apóstol se puso en camino. Por mar y delante de él, envió a sus compañeros a Assón, y él se fue a pie, sin duda para ver de nuevo a pequeños grupos de cristianos. No se demoró mucho tiempo en ese viejo puerto en el que subsistían aún los recuerdos de los tiempos homéricos, maciza acrópolis y ciclópeas murallas. Navegando derechamente hacia el Sur se deja a estribor la alegría y la belleza de las islas, Lesbos y sus casas de color de rosa, la abrupta Chío de vinos de fuego y la rica Samos, parecida a una hoja de plátano extendida sobre el agua. Por último el navio arribó a Mileto, marina de segundo orden, en la que no deja de ser sorprendente haber hecho escala.

Sin embargo, Pablo se quedó allí. No quiso volver a Efeso, su amada Efeso, tan próxima, sin embargo, en el espacio, y más aún en su corazón. La impaciencia del Espíritu lo impulsó hacia adelante; regresar a Efeso sería tanto como retomar al pasado, volver sobre sus pasos. ¡Jerusalén! Deseaba encontrarse allí en los días de Pentecostés, fiesta del Espíritu

Santo, y en el momento de hacerse a la mar sintió oprimido su corazón de hombre. Ni siquiera pudo pasar tan cerca de sus amigos efesios sin hacerles siquiera un signo. Los previno un mensajero. Acudieron ellos y, en la misma orilla, a dos pasos del buque que lo llevaba a su destino, Pablo les habló.

Esta alocución improvisada sobre la arena de Mileto es quizá la más punzante página que conocemos del apóstol. Lo mismo que con los grandes profetas, el porvenir estaba presente ante él. ¡Y que porvenir! ¿Volvería a ver en la tierra a sus amigos, sus amigos del alma? Los consejos que les dio fueron como frases de su testamento: «Y he aquí que, ligado por el Espíritu, vuelvo a Jerusalén, sin saber lo que allí ha de acontecerme; mas, de ciudad en ciudad, el Espíritu Santo me advierte las prisiones y tribulaciones que me esperan. Pero en modo alguno hago caso de mi vida, solamente que acabe mi carrera y el ministerio que recibí del Señor Jesús para dar testimonio del Evangelio de la gracia de Dios. Sé ahora que ninguno de vosotros volverá a ver mi cuerpo, vosotros, entre quienes ha pasado predicando el reino de Dios... Durante tres años, ni de noche ni de día, he dejado de exhortar con lágrimas a cada uno. Os encomiendo a Dios y a la palabra de su gracia; El es quien puede sobreedificar y daros heredad con todos los santificados... Os he demostrado de qué modo pueden descubrirse los errores. Acordaos de las palabras del Señor Jesús, que dijo: Más bienaventurada cosa es dar que recibir» (*Hechos*, XX, 22, 35).

Cayó de rodillas cuando hubo pronunciado las últimas palabras y oró en alta voz. Todos los asistentes unieron sus voces a su plegaria. Una inmensa emoción oprimió los corazones. Muchos lloraron. Después, los marineros, lanzando rítmicos gritos, apartaron el buque de la costa. Y durante mucho rato, durante muchísimo rato, hasta que la vela ocre hubo desaparecido en el horizonte de las islas, los efesios continuaron con movidos sobre la arena.

De nuevo el mar. Al cabo de tres días, por Cos, la isla de los vinos negros, y Rodas, la isla de las rosas, Pablo llegó a Patara, en la costa de Licia, donde se hallaba un famoso santuario consagrado a Apolo. Allí hubo de cambiar de barco y tuvo la suerte de encontrar un velero que se dirigía a Fenicia, sin escalar en puerto alguno. Quedó Chipre a la izquierda, Chipre y los recuerdos que se unían a ella; la primera misión, Bernabé, el procónsul Sergio Paulo; ¡cuántas cosas habían ocurrido durante aquellos quince años! Y después de una navegación de cuatro o cinco días apareció Tiro y sus peñascos.

Tiro no es la fastuosa metrópoli de los esplendores fenicios que la Biblia ha cantado, pero continúa siendo un pequeño puerto lleno de actividad, donde se almacenan y venden los moluscos de la púrpura. Existía allí una pequeña comunidad cristiana a la que Pablo habló durante la semana que tardó el barco en desembarcar su cargamento. Y allí volvió a manifestarse el Espíritu Santo. Esta vez reveló el porvenir a los fieles de Tiro, el peligroso porvenir que acechaba al misionero. Le suplicaron que no se fuera, que no se dirigiese a Jerusalén, que continuara entre ellos. Pero esto era imposible; las órdenes del Espíritu no pueden resistirse. Y mientras, reunidos en asamblea, oraban sobre la arena, Pablo subió a bordo. (*Hechos*, XXI, 1, 6).

El viaje tocaba a su fin. Desembarcados en Tolemaida —hoy San Juan de Acre—, Pablo y los suyos se detuvieron allí un sólo día para saludar a la pequeña comunidad cristiana que se encontraba allí, y después, por el gran camino que rodeaba al macizo del Carmelo, llegaron a Cesárea en una etapa (*Hechos,* XXI, 7). La ciudad, centro administrativo y guarnición a la vez, contaba con un importante núcleo de cristianos. El jefe de la comunidad era Felipe, uno de los siete primeros diáconos, el mismo a quien se bautizó a orillas del camino, el oficial de la reina de Etiopía, el eunuco de corazón pletórico de buena voluntad. Después de haber evangelizado a Judea del Sur y a Sumaria, Felipe se quedó en Cesárea con cuatro de sus hijas que ejercieron en la iglesia el papel —mal definido— de profetisas (*Hechos*, XXI, 8; cf. VIII, 5, 40). Como, gracias a un buen viaje, Pablo pudo disponer de un poco de tiempo, puesto que no tenía que llegar a Jerusalén antes de Pentecostés, aceptó la invitación del diácono y permaneció algunos días en su casa.

Fue entonces cuando, como tercera advertencia, habló el Espíritu Santo: una vez se había dirigido directamente al alma de Pablo y otra a la comunidad tiria; ahora empleó otro procedimiento. Un profeta había llegado a las montañas de Judea, uno de esos inspirados como muchos hubo en la iglesia primitiva: Agabo; quiso ver a Pablo. El apóstol le conocía ya y sabía que su poder era auténtico, porque él, en el año 44, había anunciado el hambre en Antioquía (*Hechos*, XI, 27, 28), lo que decidió a Pablo y a Bernabé a llevar su ayuda a los hermanos de Jerusalén. Apenas se presentó ante el misionero, le quitó el cinturón, se ató las manos y los pies y dijo: «Así atarán los judíos en Jerusalén a aquel a quien pertenece este cinturón. Y será entregado al poder de los gentiles». Actitud simbólica, en la línea de los antiguos profetas de Israel, como fue el caso de Jeremías, que, con objeto de predecir a sus compatriotas la opresión

caldea, se había paseado por las calles albardado como un asno; por esto Isaías se había mostrado desnudo enteramente para dar a entender en qué estado dejaría Dios a su pueblo cuando llegara el día de su cólera.

¿Qué hacer ante tan clara advertencia? Los compañeros de Pablos y los cristianos de Cesárea se unieron para intentar detenerlo; llorando le conjuraron a que no fuera a Jerusalén. Pero el héroe, terriblemente tranquilo, les respondió (y, a pesar de todo, en sus palabras se advierte un estremecimiento de angustia): «¿Por qué llorar y afligirme el corazón? Dispuesto estoy no solamente a ser atado, sino a morir en Jerusalén por el nombre del Señor, Jesús». Pero, al no poder convencerle, los discípulos no insistieron más. «Hágase la voluntad del Señor» (*Hechos,* XXI, 8, 14). Era uno de esos casos en los que no pueden decirse otras palabras.

Pablo emprendió el camino hacia Jerusalén, hacia el mismo lugar en el que Cristo había muerto por la salvación de los hombres. ¿Acaso no había escrito él mismo que debía concluir en su carne lo que faltaba en la Pasión de Jesús? ¿Acaso no había dicho también que el centro mismo del Cristianismo es el misterio de la Cruz, la redención por la Sangre? Aquel que desde hacía años lo impulsaba quería ahora que tomase esta parte personal de esa Pasión y ese sacrificio. Estaba ordenado. Era necesario. Como siempre, Pablo obedeció la orden del Espíritu Santo.

V. – A ROMA, POR LA SANGRE

«EN JERUSALÉN TESTIFICASTE DE MÍ»

(*Hechos*, XXIII, 11)

Para ir de Cesárea a Jerusalén por vía marítima, eran necesarios, por lo menos, tres días. Una vez atravesada en su longitud la rica llanura del Sarón, más allá de donde se oscurecían los trigos, San Pablo hubo de trepar por las costas de Lida y seguir durante horas el hacinamiento de colinas de Judea, antes de poder ver las sagradas puertas por las que suspiraban los salmos de los peregrinos. Algunos discípulos y amigos lo acompañaban; Pentecostés era una gran fiesta en Israel, a donde acudían numerosos fieles, y en el atrio del Templo daban gracias al Señor por haber dado a Moisés la revelación de la Ley. Testigo de otra revelación, más definitiva de lo que pensaba, ¿qué experimentó el apóstol de las naciones al volver a ver la ciudad del pueblo único?

Puede admitirse que no poseía ninguna inquietud. Por dondequiera que había pasado, desde hacía muchos años —y la víspera aún, Cesárea, Tiro, Mileto u otras partes—, se había hallado siempre en su clima, entre cristianos de tendencias universalistas, para quienes no había «ni griegos, ni judíos, ni circuncisos, ni incircuncisos». Todos pertenecían a su espíritu y a su sangre; comunidades de Asia, de Macedonia y de Grecia que habían sabido oír el verdadero mensaje del Señor. Pero Pablo no ignoraba que en la Ciudad Santa dominaba aún la otra tendencia, la de los cristianos que continuaban vinculados a las observancias judías, y que no aceptaban sin desconfianza las decisiones del «Concilio» de los años 49-50. Los judaizantes se habían vuelto contra él como contra su obra, lo mismo en Antioquía que en Galacia y Corinto. ¿Qué acogida le dispensarían en Jerusalén?

Sin duda sabía perfectamente que Santiago estaba siempre allí, perfectamente leal, Santiago, el antiguo miembro de la Iglesia, que, siete años antes, había hecho inclinar la balanza en favor de la tesis pauliniana. Pero, aparte de él, ¿con quién podía contar el apóstol de las naciones? Pedro estaba muy lejos; según | se decía, en Roma; lejos también se hallaban Bernabé y Silas y todos aquéllos cuya autoridad hubiera podido apoyar la suya. Que un cambio de opinión hubiese llevado a los jefes de la comunidad cristiana a las posiciones de antes, y que el apostolado de Pablo se viese amenazado y su obra entera puesta en duda, significaba, en todo caso, una nueva batalla que librar. Este es un drama muy conocido de los hombres geniales, de todos aquellos que llevan a cabo grandes cosas; van hacia adelante con tanta rapidez que sus antiguos amigos se asombran primero, se irritan después y acaban mirándolos con desconfianza. Es comprensible que esta solución de continuidad preocupase a San Pablo cuando entraba por Pentecostés, en Jerusalén.

En realidad el temido conflicto no se produjo en seguida. Cuando llegó a la Ciudad Santa (un chipriota generoso llamado Mnason, cristiano desde hacía mucho tiempo, le ofreció mesa y cobijo), Pablo se presento a los miembros de la comunidad cristiana. Fue recibido con los brazos abiertos. Al día siguiente se celebró una reunión en casa de Santiago, a la que acudieron todos los ancianos de la Iglesia, y el apóstol de las naciones estuvo rodeado de amigos. Se cambiaron las salutaciones de paz, e inmediatamente habló Pablo. «Contó minuciosamente lo que Dios había hecho por su ministerio entre los paganos» (*Hechos*, XXI, 17, 19). Sin duda no omitió manifestar que, en todo momento, se había atenido fielmente a las decisiones de la asamblea del año 50, y menos aún demostrarles, como resultado de su vinculación a la Iglesia madre, el producto de su colecta entre las demás comunidades. Acabado su relato, todos los presentes lo felicitaron alabando a Dios por haber realizado en él tan grandes cosas.

Sin embargo, pareció indispensable una precaución suplementaria. Entre los medios judaizantes de la capital, algunos excelentes cristianos desconfiaron de las audacias del apóstol. No contando más que con su enseñanza, ¿no había llevado acaso a todos los judíos que vivían entre los paganos a romper con la ley de Moisés, y no les había disuadido en cuanto a la circuncisión de sus hijos y el respeto a las observancias sagradas? Había que cortar por lo sano tales rumores, puesto que había producido una gran sensación la llegada del gran misionero a Jerusalén. Lo mejor era que *Pablo aceptara* llevar a cabo *un acto* público que testimoniase su

vinculación a la ley mosaica. Otro hombre distinto del apóstol se hubiera negado a semejante exigencia: ¿acaso su vida entera y todos sus escritos no respondían de su fidelidad a Israel? Pero «la caridad es humilde», lo acepta y tolera todo: y aceptó.

Precisamente se presentaba una magnífica ocasión de ejecutar el acto esperado. Cuatro judíos cristianos habían hecho voto de consagrarse al Señor, según la antigua costumbre, y se comprometieron a no beber vino, a no comerciar carnalmente y a no cortarse los cabellos. A los que cumplían tales votos se les llamaba *nazirs;* algunos los pronunciaban para toda la vida —tal había sido, en los tiempos bíblicos, el caso de Sansón y, sin duda, más recientemente, el de Juan Bautista—; otros los pronunciaban por un tiempo determinado, por lo general un mes, y, en este caso, debían, al terminar su votivo retiro, ofrecer un sacrificio que el libro de los *Números* fijaba así: un cordero de un año, una oveja de la misma edad, panes ácimos, pasteles y un morueco. Como se ve, la formalidad era muy costosa. Los cuatro cristianos habían hecho el voto por treinta días, pero, como eran indigentes, no podían satisfacer las exigencias del sacrificio. Por esto los ancianos aconsejaron a Pablo que pagase por ellos las ofrendas, pasara con ellos una semana de oraciones y procediera como ellos a las purificaciones rituales. Y lo hizo él gustosamente. Los más ardientes celadores de la Ley se sintieron tranquilos (*Hechos,* XXI, 21, 26).

En este aspecto el peligro había pasado, por muy grave que hubiese sido; pero otro, infinitamente más grave, iba a aparecer a continuación. Con motivo de la festividad de Pentecostés acudían a Jerusalén numerosos peregrinos procedentes de todas las comunidades judías diseminadas por el Cercano Oriente y especialmente de Asia Menor. Muchos de ellos conocían muy bien al apóstol por haberlo combatido en sus propias ciudad, expulsado de sus sinagogas y denunciado a las autoridades. Al encontrarlo en las calles de la capital, se indignaron. No tardó en formarse una especie de conspiración entre ellos y los que en Jerusalén consideraban al antiguo discípulo de Gamaliel como un traidor y un renegado. Como el misionero iba muy a menudo escoltado por Trófimo, un griego bautizado que había nacido en Efeso, se hizo circular el rumor de que había introducido en el Templo a este pagano, lo que se consideraba un crimen patente, declarado como tal en las láminas de mármol colocadas en las puertas del atrio sagrado, que prohibían a los incircuncisos franquear el umbral bajo pena de muerte.

Cuando Pablo se hallaba en el Templo, acabando de proceder a las ofrendas y purificaciones del nazirato, estalló el incidente con una violencia imprevista. Los judíos de Asia alborotaron el Templo aullando:

— ¡Varones israelitas, ayudad! Este es el hombre que por todas partes enseña a todos contra el pueblo, contra la Ley y contra el Santo Lugar. Ha profanado el Templo introduciendo en él a los griegos. ¡Ayudadnos!

Inmediatamente se produjo en el Santuario un indescriptible alboroto: uno de esos tumultos orientales llenos de gritos agudos y clamores vociferantes, de los que nadie, poco rato, después, comprende nada. Los guardias cerraron las puertas inmediatamente. Un numeroso grupo se precipitó sobre Pablo y lo arrastró hasta el patio exterior del Santuario. Su vida estaba en peligro (*Hechos,* XXI, 27, 30).

Le salvó la intervención de los legionarios. Desde que Roma había ocupado Palestina, sus funcionarios habían aprendido —y algunas veces a su costa— que era preciso desconfiar del Pueblo Elegido y de sus agitaciones. Periódicamente estallaba un motín, en un lugar u otro de Palestina, bajo pretextos que una inteligencia latina no llegaba a comprender fácilmente. En el año 57 la tempestad estaba ya en el aire, esa tempestad que algunos años más tarde había de ser arrolladora y provocar la horrible guerra judía a consecuencia de la cual los romanos, en el año 70, habían de incendiar y destruir Jerusalén. Instalado en la Antonia, la fortaleza construida por el gran Herodes en el ángulo noroeste del Templo, el tribuno vigilaba sin descanso lo que ocurría en él, dispuesto a intervenir con sus soldados al primer amago de disturbio. Había escaleras directas que permitían descender al Sagrado Lugar desde la fortaleza.

Cuando algún oficial acudió a decir a Claudio Lisias que una vez más se había producido un alboroto en el Templo, que la gente escandalizaba y había lucha, no se preguntó cuál podía ser la causa de este tumulto; se puso al frente de un grupo de centuriones y soldados y se lanzó sobre lo más espeso de la multitud hacia el lugar de donde parecían llegar los gritos más violentos. Instantáneamente, como por milagro, todo se calmó. A la vista de los corazas, las clámides rojas y las espadas, los más coléricos se tranquilizaron. Pablo quedó en libertad. Pero no por mucho tiempo. ¿Había sido él la causa del alboroto? Había que detenerlo y encadenarlo primero; inmediatamente se le pediría una explicación de lo ocurrido: los métodos de la policía pertenecen a todos los tiempos. Luego, volviéndose a la multitud, el tribuno intentó obtener algunas informaciones. ¿Quién era ese hombre? ¿Qué le reprochaban? De pronto se reanudó el concierto de vo-

ciferaciones. Unos gritaban una cosa y otros otra. ¡Había para perder la cabeza!

— ¡Llevadlo a la fortaleza! —dijo el oficial.

Esto no fue nada fácil, porque la multitud empujaba, levantaba los puños y gritaba amenazadora. Entre gritos de muerte, los soldados debieron pasar al apóstol de unos brazos a otros hasta hacerlo llegar abajo, a las escaleras. Unicamente allí estaba protegido (*Hechos, XXI, 31,* 36).

Recobrada por fin la calma, Pablo pudo dirigirse al tribuno.

—Quiero hablarte.

— ¿Sabes griego? —preguntó Lisias, asombrado. Y añadió—: ¿No eres tú aquel egipcio que en estos últimos tiempos levantase una sedición y huiste al desierto con cuatro mil sicarios?

El excelente soldado no comprendía nada. Acababa de enviar a Roma su informe sobre este episodio —uno de esos levantamientos pretendidamente mesiánicos como antes los había provocado Judas de Galilea y Teudas, y como más tarde lo provocará un Bar Cochebas—, y he aquí que surgía un nuevo agitador. Este no parecía llegar de Egipto, sino de alguna ciudad helénica de Asia. Pablo respondió:

—Soy judío, pero nacido en Tarso, la tan conocida ciudad de Cilicia. Permíteme, te lo ruego, que me explique ante el pueblo.

—Sea. (*Hechos,* XXI, 37, 39).

Condujeron a Pablo al umbral de la Antonia; de pie en las gradas hizo un ademán con la mano. Se produjo un extraordinario silencio y el apóstol pudo hablar. La expectación del auditorio aumentó porque se expresó en arameo. Nadie le interrumpió durante cinco minutos. ¿Qué iría a decir? ¿Iba a defenderse? ¿Explicaría lo que estaba haciendo en el Templo? ¿Demostraría que no había profanado el Sagrado Lugar? Prefirió utilizar esta ocasión para dar públicamente su testimonio, evocar el niño que había sido, el discípulo de Gamaliel, el fanático de la Ley, para poder revelar a todos el prodigio que le había sido concedido por medio de Cristo Jesús y que lo había unido a su causa para siempre. El auditorio le escuchó impresionado. Pero cuando Pablo, continuando su relato, llegó al punto en que el Señor le había ordenado ir lejos para llevar la salvación a las naciones paganas, la calma desapareció. Se reanudaron las amenazas y los gritos de muerte. Tales palabras eran intolerables para los judíos fanatizados. ¡La salvación de los paganos! ¡Sacrilegio! Unos sacudían sus mantos como si pretendieran desgarrarlos, porque así debía hacer un

creyente cuando un blasfemo hablaba a sus oídos; otros recogían puñados de polvo y lo lanzaban contra el impío. De nuevo se desencadenó el tumulto (*Hechos,* XXII, 1, 23).

Comprendiendo cada vez menos lo que ocurría, puesto que todos hablaban en arameo, el tribuno dedujo solamente que Pablo era la causa del disturbio. ¿No era suficiente acaso que se produjera la agitación ante lo que decía? Era necesario, una vez más, intentar saber lo que tenía metido en la cabeza, y unos buenos latigazos le harían hablar. Llevaron, por lo tanto, a Pablo a la fortaleza y el centurión de servicio se creyó en el deber de atarlo con correas para flagelarlo. Pero, tranquilo en aquella prueba como lo había estado en el seno de los peores peligros, el pequeño judío miró al oficial y le dijo:

— ¿Te está permitido azotar a un ciudadano romano, sin previo juicio?

El militar se sintió desconcertado, temiendo cometer un error. Una de las peores acusaciones que en otro tiempo Cicerón había lanzado contra Verrés había sido precisamente la de haber tratado ignominiosamente a un ciudadano romano, y esto había pesado mucho en contra del propretor de Sicilia. Prudentemente el centurión se lo notifico a su jefe. Claudio Lisias volvió inmediatamente a hablar a Pablo.

— ¿Es cierto que eres ciudadano romano?

—Sí.

— ¡Buen título! Yo con grande suma alcancé esta ciudadanía.

—Yo lo soy de nacimiento.

De pronto, habiéndose convertido en un personaje importante, Pablo quedó libre de sus ligaduras, y fue tratado con consideración: el Imperio era muy poderoso (*Hechos*, XXII, 25, 29).

Sin embargo, el caso escapaba a la competencia del simple jefe de una plaza: había que someterlo al Procurador, que residía en Cesárea. Además, era necesario informar a este alto magistrado de todos los pormenores de lo ocurrido. ¿Creyó Claudio Lisias vagamente que se trataba de un asunto religioso judío y que si reunía al tribunal religioso de los judíos, obtendría quizá alguna luz sobre ello? Fue convocado el sanedrín y llevado Pablo ante él. Desde un principio se vio que esto tendría desagradables consecuencias. Apenas el apóstol hubo abierto los labios para asegurar que su conciencia no le reprochaba nada, el gran sacerdote Ananías lo hizo

abofetear por uno de sus asesores. Furioso, Pablo replicó con unas palabras violentas.

—Te ha de herir Dios, pared blanqueada. ¿Y estás tú aquí sentado para juzgarme conforme a la Ley, y contra la Ley me mandas herir?

Y los asistentes lanzaron gritos de indignación:

— ¡Insultas al Gran Sacerdote!

—Ignoraba que lo fuera; de otro modo me hubiera contenido —dijo el apóstol—; pues está prohibido por las Escrituras injuriar al jefe del pueblo...

Llevada de este modo, ¿qué podía resultar de semejante discusión? Pablo se dio claramente cuenta de la inutilidad de toda defensa. Conocía los puntos débiles de sus adversarios y contraatacó hábilmente.

El sanedrín se dividió en dos bandos, los saduceos y los fariseos; los primeros, en bloque, representaban el elemento rico de la ciudad, los adinerados y, espiritualmente, la tendencia fácil; los segundos eran como ya sabemos, ásperos, rígidos y más exigentes. Pablo no ignoraba que el motivo de discordia era la opinión sobre el más allá; los fariseos creían en la resurrección de los muertos y en el juicio de los buenos y los malos; los saduceos, no.

—Soy fariseo, hijo de fariseo, y porque creo en la resurrección de los muertos soy juzgado.

El golpe estaba bien dirigido. Los saduceos comenzaron a protestar, e inmediatamente los escribas fariseos tomaron la defensa del acusado. No tardó la sesión en convertirse en una confusa y ruidosa reyerta, en la que se manejaban los argumentos teológicos en tomo a un acusado de quien ya nadie se reía. Desesperado de comprender lo más mínimo de todo aquello y temiendo que pudiesen herir a su prisionero, el tribuno lo devolvió a la Antonia (*Hechos*, XXII, 1, 11).

La situación no tenía nada de clara, pero era dramática para el apóstol. Encerrado en la fortaleza, no estaba protegido más que por la voluntad del soldado romano; en tomo a la ciudad los ánimos se habían exaltado, dispuestos al crimen. ¿Era, pues, designio del Maestro que fuese asesinado en el atrio del Templo, si Lisias cambiaba de idea y lo entregaba a sus enemigos? Sin embargo, tenía la convicción profunda de que su misión no había terminado, que aún tenía muchas cosas que hacer y decir. Mientras meditaba en la noche y la angustia, se apareció a él una vez más la figura que tan bien conocía: Cristo.

—Ten valor. Del mismo modo que has testificado de mí en Jerusalén, testificarás también en Roma (*Hechos,* XXIII, 11).

Los acontecimientos que siguieron no habían de tardar en confirmar esta anunciación. La agitación desencadenada por la discusión del sanedrín todavía estaba candente en la ciudad. Los excitados reprochaban a tales o cuales fariseos haber permitido que el blasfemo escapase a la sanción. Desde hacía ya muchos años, existía en Jerusalén un clan de fanáticos que preconizaban la resistencia a los ocupantes romanos, la intransigencia absoluta en materia de fe y el asesinato de los tibios y los traidores; se les llama *zelotes* a causa de su celo religioso, o *sicarios,* porque la *sica,* la hoja del puñal judío, se deslizaba constantemente bajo sus túnicas y usaban de ella. ¿Protegería el tribuno a Pablo? ¿Serían las autoridades sanedritas incapaces de desembarazar a la ciudad de este blasfemo? Había una sola solución: un golpe de *sica* bien dado. Cuarenta exaltados se juramentaron para hacerlo y fueron a participar su proyecto al Gran Sacerdote Ananías, que lo aprobó... Ananías, que algunos años más tarde, como respuesta de la Providencia, había de caer bajo el puñal de los *sicarios,* considerado por ellos demasiado tibio cuando estalló la gran insurrección.

Jamás Pablo había conocido un peligro tan grande. Bastaría cualquier ocasión, por ejemplo, el simple traslado de la Antonia al palacio del Gran Sacerdote, para que, en alguna de las callejuelas sombrías de la ciudad, le fuese clavado un puñal en la espalda. Pero Dios velaba por él, y sus designios eran bien distintos. Un sobrino del apóstol, que vivía en Jerusalén, tuvo conocimiento de la conspiración y procedió en seguida. Prevenido, el tribuno comprendió que era preciso salir de una situación tan peligrosa. En consecuencia, dio orden de que este acusado decididamente molesto fuese trasladado con toda urgencia a Cesárea (*Hechos,* XXIII, 12, 22).

Al amanecer, llegado a la Cesárea Marítima, Pablo debió de ver a lo lejos el mar verde y gris tembloroso entre las colinas de color malva; este mar, que le ofrecía ahora su seguridad, había de llevarlo muy pronto a Roma, hacia la suprema etapa de su misión. Prudente y humano, el tribuno Lisias había hecho las cosas como era debido: había dado una montura al apóstol; una fuerte escolta de doscientos infantes y doscientos setenta jinetes lo habían garantizado contra toda emboscada de los *sicarios;* por añadidura, y como medida de mayor precaución, lo hizo viajar de noche. l)n informe muy equitativo fue expedido al Procurador explicándole el caso y enviándole al acusado. Ahora, como prisionero, desandaba este camino que, doce días antes, había recorrido libremente, ignorando la

inmediata suerte que le estaba reservada. Puerta siempre estrecha que hay que forzar constantemente para entrar, y ásperos los caminos del Señor (*Hechos*, XXIII, 23, 33).

Cinco días más tarde, una delegación del Sanedrín, conducida por el Gran Sacerdote, se presentó ante el tribunal del Procurador. Llamábase éste Félix, antiguo esclavo a quien el favor de su hermano Palas, el famoso liberto del emperador Claudio, había hecho alcanzar esta elevada jerarquía. Tácito ha definido sin ambages el tipo de personaje que era este hombre: «libertino y cruel, ejercía el poder real con un alma servil. Protegido por el inmenso crédito de su hermano, imaginaba poder cometer impunemente las peores atrocidades». Justo es decir, sin embargo, que en esta circunstancia no se mostró Félix tan terrible. Dejó que el acusado respondiera libremente a las acusaciones lanzadas contra él. Ananías había preparado bien las cosas y embaucado a un abogado romano llamado Tértulo, para que defendiera la causa judía. Pablo manifestó que en nada había perturbado el orden público, que todo ello no había sido más que una disputa religiosa sobre el «Camino» mejor para alcanzar el cielo, que, además, habiendo sido denunciado por los judíos de Asia, hubiera debido, según la Ley, ser acusado por ellos y no por aquella delegación de sacerdotes. La defensa fue hábil y convenció al Procurador; suspendió la causa en espera de informaciones suplementarias. Mientras tanto, ordenó que el acusado fuese tratado con consideración, gozara de una libertad relativa y pudiese ver a todos sus amigos (*Hechos*, XXIV, 1, 23).

Esta especie de semidetención había de durar dos años. Respecto al Señor no se perdieron en vano estos años, porque es verosímil que durante este tiempo San Lucas, el amado médico, que acompañó constantemente a su maestro, se documentaría entre muchos testigos para escribir su evangelio. Pero Pablo estaba desesperado. ¿Por qué Félix lo tenía prisionero aún? El libro de los *Hechos* dice sin rodeos que esperaba obtener de él algún importante *batchich* a cambio de su libertad. Pero Pablo se negaba a comprender; el dinero de Dios no podía servir para comprar al antiguo esclavo. De vez en cuando Félix lo hacía comparecer ante él y le preguntaba cosas sobre su doctrina; a su lado su esposa Drusila, una joven princesa herodiana a la que había robado a su marido, el rey árabe de Emesis Aziz, experimentaba quizá una curiosidad simpática por la nueva fe. Pero cuando Pablo, negándose a jugar su juego, comenzaba a hablar de los principios cristianos de castidad y pureza, la pareja adúltera se apresuraba a invitarle a que se retirase (*Hechos*, XXIV, 24, 26).

Transcurrían así los meses en inútiles regateos. Y un día hubo de partir Félix, llamado por Nerón, de resultas de una algarada que se produjo en el mercado de Cesarea, que terminó en un verdadero alboroto, en el que los judíos, que se habían hecho fuertes en el patio, se querellaron. El nuevo procurador llegó a Jerusalén, los enemigos de Pablo le pidieron que el detenido fuese llevado ante el Sanedrín, lo que, evidentemente, hubiera hecho posible un golpe de mano en el camino, proyecto que nunca habían abandonado los sicarios. Festo soslayó la maniobra y respondió que examinaría personalmente el asunto. De nuevo el debate contradictorio, vuelta a discutir las quejas y defensa del apóstol. Al darse cuenta de que se trataba de un asunto religioso, pero no queriendo perjudicar a un ciudadano romano, pidió a Pablo que aceptara ser juzgado en Jerusalén. El apóstol se negó terminantemente. ¿Temió acaso que, una vez en la Ciudad Santa, cediendo a determinadas presiones, lo entregara el magistrado al Sanedrín? ¿Consideró que todo esto había durado ya demasiado?

—Estoy ante el tribunal del César —dijo—, y es aquí donde debo ser juzgado. —Y pronunciando la fórmula decisiva que desde hacía dos años deseaba pronunciar añadió—: Apelo al César.

La apelación, cuando procedía de un ciudadano romano, era admisible; así lo consideraron los consejeros jurídicos de Festo.

—Apelaste al César; al César irás —respondió ritualmente el procurador.

Pablo iría, por lo tanto, a Roma; la suerte estaba echada (*Hechos,* XXV, *1, 12*).

Pocos días después llegaron dos ilustres visitantes: el rey Agripa II, nieto menor del gran Herodes, y su hermana Berenice, la célebre belleza cuyos amores con Tito inmortalizó Racine. No se hablaba en Cesárea de otra cosa que de Pablo y su apelación al César. ¿Sintió quizá Berenice, como su hermana Drusila, curiosidad por las cuestiones religiosas? Quiso oír al apóstol, y una vez más éste aceptó. ¿Acaso no era buena toda ocasión para proclamar su fe y manifestar su testimonio? Ante los dos príncipes, ante Festo y toda la asamblea de oficiales y jerarcas que había acudido a saludar a los descendientes de Herodes, habló San Pablo. Lo hizo con una amplitud y una elocuencia mayores que de costumbre. Su voz se hizo apasionada y sus palabras llegaban al corazón. Fue evocada toda su vida y proclamada toda su convicción, y sabía que lo hacía por última vez en aquella tierra santa. En vano el procurador intentó calmarlo.

—Estás loco, Pablo —le dijo—; tu mucho saber te ha trastornado el juicio.

Y él continuó:

—No, no estoy loco, excelentísimo Agripa. Hablo palabras de verdad y de templanza. Crees en los profetas, ¿no es cierto? Entonces, ¿acaso no puedes admitir que Dios hable aquí usando de mis labios?

Molesto, confundido, el príncipe herodiano, notando que su sangre judía se agolpaba en sus sienes, se zafó con una pirueta;

—Por poco me persuades a ser cristiano.

Berenice escuchaba silenciosa y pensativa. Cuando, momentos después, hubo él dejado de hablar, se volvió a su hermano y le dijo:

—Nada digno de muerte o de prisión ha hecho este hombre.

Y, resumiendo la opinión general, Agripa dijo a Festo:

—Podía ser puesto en libertad si no hubiese apelado al César.

Pero Pablo sabía perfectamente que al hacer esta apelación ante el tribunal imperial había abierto un nuevo capítulo a su destino.

EL PRISIONERO DE CRISTO

En la primavera del año 60, el *Cástor y Pólux,* buque mixto de servicio en la línea de Egipto, llegó a la bahía de Nápoles; el mal tiempo lo obligó a guarecerse en Malta, pero se levantó un buen viento del Sur y pudo por fin, por Siracusa y Regio, llegar a su destino (*Hechos,* XXVIII, 11, 13). La bahía quizá más bella de Europa abría a los ojos de Pablo los brazos de sus salvajes colinas, en las que los sombrosos pinos elevaban sus negras copas. Humeaba el Vesubio en la ligera bruma que nimbaba de sueño su amenaza. Todo cuanto la riqueza y el buen gusto pudieron entonces concebir y realizar parecía haberse reunido allí, en aquel rincón de tierra bañada por un mar resplandeciente, en la que las ciudades de prestigiosos nombres extendían sus villas de mármol entre jardines de cipreses y de rosas: Baya, Herculano, Nápoles y Pompeya. Pero a pocos pasos, en los barrios del puerto, la miseria, el sufrimiento humano, la injusticia y el odio se amontonaban en covachas llenas de cucarachas y de chinches. Y en todas partes, lo mismo entre las gentes ricas que entre las gentes pobres, mal disimuladas por el frenesí de la alegría, la angustia de la vida y de la muerte, que cien cultos orientales, levantando en todas las encrucijadas sus templos y salas de ceremonia, no llegaban a ahogar en sus

almas, ni con el agua pura de Isis ni con la sangre del toro Mitra. ¿Qué puerta más significativa hubiera podido anhelar el apóstol para entrar en ese mundo de Roma en el cual, desde hacía tantos años, tenía fijo su pensamiento, mundo de gloria y de oculta miseria que, sin saberlo, esperaba que alguien le señalara el camino, la vida y la verdad?

El viaje de Palestina a Italia había durado mucho tiempo y sido excesivamente penoso. Había llegado ya el otoño del año 59 y los correos directos habían suspendido sus servicios: fue necesario recurrir a un velero que cabotara por las costas de Asia. Bajo la vigilancia, benévola, por otra parte, de un centurión llamado Julio, Pablo desembarcó en compañía de otras personas de menor importancia; se le había permitido llevar como secretarios a tres de sus discípulos, Lucas, el fiel Timoteo y Aristarco, un cristiano de Tesalónica. Se soltaron las amarras y el viento hinchó las velas como para un viaje hacia la aventura.

Fue tal este zigzagueante viaje del que San Lucas dio una relación tan precisa y sabrosa en los *Hechos,* que el almirante Nelson declaró un día haber aprendido mucho de su oficio leyendo esas páginas. Se hizo una primera escala en Sidón, la marina fenicia, donde el excelente Julio permitió a su prisionero que visitara la comunidad judía que vivía allí. Después, cuando el buque se hizo a la mar, el capitán intentó dirigirse en línea recta hacia el Asia Menor, pero vientos contrarios le obligaron a desviarse por detrás de la isla de Chipre, para ponerse al abrigo de sus poderosos macizos y llegar de este modo a Mira. Allí, en el gran puerto licio, tuvieron la suerte de encontrar un navio alejandrino que se dirigía a Italia. El centurión se trasladó a él con todos sus soldados y prisioneros. Se hicieron a la mar, pero los vientos continuaban mostrándose poco favorables. Lentamente, arfando y dando bordadas, el velero llegó penosamente a Gnido, donde ni siquiera pudieron abordar. No hubo más remedio entonces que dejarse llevar por el viento hacia Creta, donde, por último, pudieron fondear en una pequeña rada cuyo nombre de Buenos Puertos era totalmente engañador.

Durante días y más días, codo a codo sobre el estrecho puente del velero, Pablo y sus compañeros pudieron, evidentemente, trabar conocimiento con los marineros, los soldados de la escolta y los pasajeros. Y, como siempre, se impuso la poderosa personalidad del apóstol. Claramente se vio en el incidente que se produjo en la costa de Creta, un incidente que hubiera podido convertirse en un accidente trágico. Considerando insuficiente la rada de les Buenos Puertos, el capitán decidió llegar a Fénix, lugar más abrigado. Pablo, a quien sus múltiples viajes habían dado

una gran experiencia sobre los peligros del mar, advirtió que la operación podía ser muy arriesgada, pero no le escucharon. Apenas en alta mar, el navio fue arrastrado por un huracán terrible. A babor, a toda velocidad, pasaron ante la pequeña isla llamada Clauda, adonde ni siquiera fue posible intentar llegar. Hubo que echar mano de todos los recursos para salvar la nave, ciñéndola con los cables, arrojando el ancla de servicio, y echando al mar el cargamento e incluso los aparejos. Catorce días y catorce noches duró esta pesadilla en una oscuridad total, sin estrellas ni sol, y apenas comió nadie durante todo este tiempo. La gente tenía los nervios destrozados. Solamente Pablo había conservado la calma; logró imponerse a todos, incluso al asustado capitán, a quien había anunciado en nombre del Señor que la nave evitaría la catástrofe, que se salvarían las vidas de todos y que sólo el buque perecería. Y sucedió así. Poco después, el velero, lanzado contra la costa, fue destrozado por la tempestad, pero ninguno de los doscientos sesenta y seis pasajeros recibió el menor daño.

Una vez más manifestó el Señor que su testigo estaba en sus manos y que solamente el Espíritu Santo trazaba su camino. Todavía en otras dos ocasiones había de afirmar públicamente su poder por medio del apóstol. En Malta, adonde los había lanzado el naufragio, se hallaban todos secando sus ropas en tomo a una gran hoguera, cuando Pablo, al recoger una brazada de leña seca, fue mordido por una víbora que, prendida por los dientes, quedó colgando de su mano. Pero mientras todos los asistentes contemplaban con horror a aquel hombre, tan visiblemente maldito que la Justicia divina le iba a hacer morir envenenado en el momento mismo en que acababa de escapar del naufragio, el apóstol, con un ademán tranquilo, se sacudió el animal sobre el fuego y no le ocurrió daño alguno.

Y en otra ocasión, en Malta todavía, donde pasaron todo el final del invierno, volvió a manifestarse el poder divino del que el gran misionero era depositario. Un anciano de la alta sociedad maltesa, padre del primer magistrado de aquella población que había acogido tan generosamente a los náufragos, se encontraba muy enfermo. Pablo, que a lo largo de toda su vida se había mostrado siempre muy remiso en los milagros, fue a curarlo con una palabra. Y no solamente a él, sino a muchos enfermos de la isla, como si hubiese creído necesario hacer comprender a todos que allí donde iba lo acompañaba el Señor. Y que si debía llevar a cabo su sacrificio sería según la voluntad de Dios (*Hechos,* XXVII, XXVIII, 10).

Caminaba Pablo por la Vía Apenina, entre una multitud de mercaderes fenicios, campesinos italianos y esclavos griegos o tracios, oscuras pieles y pálidos rostros que se confundían, ola humana que iba y

venía por aquella ruta quizá la más frecuentada del Imperio. Guardias con corazas ordenaban la circulación y vigilaban especialmente los pesados carros que llevaban a Roma el trigo del Annono. Desde Puteolos, donde Pablo y los suyos habían desembarcado, hasta la Ciudad Eterna, había cuatro o cinco días de marcha: en las distintas etapas algunas posadas ofrecían a los viajeros un bullicioso albergue. De este modo el conquistador de Cristo, pequeño y enfermizo, llegó a la capital del mundo antiguo, en la que su palabra y su sacrificio habían de hacer triunfar por último la Revolución de la Cruz.

Pero en cuanto pisó tierra italiana el apóstol recibió un gran aliento: incluso en Puteolos los cristianos acudieron a saludarle; allí estaba la Iglesia, presente y viva, en pleno desarrollo, como la había encontrado en Sidón o en Creta, como soñaba verla por todas partes. La noche de la tercera etapa, en el lugar llamado «Forum Appiae», en el corazón de las Marismas Pontinas, toda una delegación de cristianos de Roma lo acogió y festejó, con el permiso de Julio, el benévolo centurión. Estos fieles habían recorrido más de setenta kilómetros a pie para saludar a aquel cuyas grandes empresas no eran ignoradas por nadie en la Iglesia; y diez millas más lejos, en las Tres Tabernas, había aún una pequeña multitud que lo esperaba y que le escuchó ávidamente. Por todo ello dio Pablo gracias al Señor y se sintió reconfortado (*Hechos*, XXVIII, 11, 15).

Sabía va desde hacía mucho tiempo que la iglesia de Roma era poderosa y floreciente; era una magnífica comunidad a la que, después de Corinto, había dirigido su epístola más importante, la más profunda de todas; y ahora tenía la prueba de este desarrollo. ¿Cómo había nacido esta iglesia romana? No lo sabemos exactamente. La gracia evangélica, ¿había sido llevada desde Palestina por algunos piadosos peregrinos de Jerusalén convertidos a la fe de Cristo, después de una permanencia en la Ciudad Santa con motivo de sus fiestas? ¿Había habido también, como algunos han pensado, un envío de misioneros desde Antioquía a Roma? Hemos de tener en cuenta asimismo el normal intercambio en un gran imperio de comunicaciones fáciles; los marinos y los comerciantes han sido en todos los tiempos los transportadores de ideas.

Lo cierto es que esta primera comunidad cristiana formaba parte de una colonia judía muy extensa, que estaba diseminada al otro lado del Tíber, en Suburo, el barrio del Campo de Marte y los alrededores de la puerta Capena. Lo demuestra una frase del historiador Suetonio que nos dice que, bajo el reinado del emperador Claudio —sin duda hacia el año 48 —, se produjeron ciertos alborotos en la colonia judía de Roma, «bajo el

impulso de Cristo», fórmula vaga, escrita por un hombre mal informado, pero que no deja de recoger la realidad del incidente. Este hecho está confirmado en el libro *Hechos de los apóstoles* que nos muestra en Aquilas y Priscilas, los dos amigos de Pablo en Corinto y después en Efeso, a judíos expulsados de la capital por Claudio.

A esta primitiva iglesia, todavía casi cerrada en el estrecho marco de la colonia judía, había llegado en una fecha que no puede fijarse exactamente un hombre cuya gloriosa figura iba, de siglo en siglo, a resplandecer sobre Roma: Pedro, la vieja piedra sobre la que había de ser construida toda la Iglesia. La estancia del príncipe de los apóstoles en Roma, que ha sido, desde hace mucho tiempo, materia de discusiones entre protestantes y católicos, hoy no es motivo de duda; el historiador alemán protestante Lietzmann, en su gran obra *Petrus und Paulus in Rom,* después de haber revisado todos los textos que, desde el siglo I hasta el m, afirman o suponen esta estancia y todos los documentos arqueológicos, ha decidido en su favor. Se sabe, por lo demás, que las más recientes excavaciones efectuadas en la Basílica de San Pedro no cesan de aportar argumentos nuevos en favor de la tesis que ha sostenido la tradición constante de la Iglesia católica y que, en varias ocasiones, evocando los resultados de los trabajos en curso, Su Santidad Pío XII ha afirmado solemnemente que la presencia y la muerte de San Pedro en Roma no pueden ser puestas en duda. Abandonada definitivamente Jerusalén, después del concilio de los años 49 a 50, instalado algún tiempo en Antioquía, el príncipe de los apóstoles había permanecido en Corinto; la primera epístola de San Pablo a los cristianos de esta ciudad parece aludir a su presencia. Después había llegado a la capital. Muy viejo entonces —setenta años sin duda—, cargado de gloria, viejo militante del Evangelio, sobre cuyo rostro veían aún los fieles el reflejo de la Transfiguración, Pedro debió de ejercer sobre esta joven iglesia romana el prestigio de un alma habitada por el Altísimo.

Pero cierto es que la siembra evangélica no se había limitado a los medios judíos. En la enorme ciudad cosmopolita que era entonces Roma, poblada por más de un millón de almas, donde se codeaban todos los pueblos de todas las razas, entre tantos hombres y mujeres a quienes preocupaba la inquietud religiosa y que buscaban, a través de tantas doctrinas, tantos ritos y supersticiones, la respuesta a los grandes problemas, hubiera sido muy sorprendente que no se hubieran constituido grupos de cristianos. El monoteísmo judío había ya logrado algunos prosélitos entre los medios paganos, incluso en la corte del Emperador, en la que Popea, la amante oficial de Nerón que acababa de abandonar a su

marido, practicaba, si no la moral de Yavé, al menos algunas observancias judías.

Preciso es tener en cuenta que en este momento —a principios del año 60—, no existía siquiera la idea de una persecución del Imperio romano contra los cristianos. A los ojos de la policía no constituían más que una pequeña secta oriental entre tantas, entre muchas otras; mientras se mantuvieron tranquilos no había que pensar en inquietarlos. Además, el reinado de Nerón no había llegado a su momento trágico, después del cual había de desencadenarse la sangrienta locura; el loco coronado aún no había cometido crímenes excepto en un marco muy restringido, Británico, su joven rival; Agripina, su embarazosa madre; algunos cónsules y diversos libertos; pero la opinión pública no había concedido mucha importancia a estas ejecuciones. Por esto, en medio de la calma general, debió de prosperar la Iglesia y llegar su propaganda a otros medios distintos de los *ghettos.*

¿Acaso Pablo, al franquear la Puerta Capena, no pensó en esos medios, en esos gentiles cuya inquietud había alentado en su corazón durante toda su vida? Sí, al exigir apelación ante el tribunal del César, había deseado hacerse llevar a la capital, porque sabía que un inmenso trabajo exigía su presencia en ella. Para dar por terminado el triunfo de la Cruz era necesario levantarla en esa encrucijada de naciones que era la Ciudad Eterna: Pedro, roca de fidelidad, había fundado allí la Iglesia, apoyándola sobre bases inquebrantables. Importaba ahora que irradiara su luz, que conquistara; a este trabajo se entregó San Pablo al lado de su hermano mayor.

Los acontecimientos —esa manifestación de la voluntad divina—, si tanta necesidad hubiese tenido de ello, una vez más habían de demostrarle que aquél era el verdadero lugar de su misión. Al llegar a Roma, Pablo fue entregado por Julio, el honrado centurión, a un oficial de la guardia pretoriana encargado de los detenidos que se reservaban al tribunal del Emperador. Su calidad de ciudadano romano, y sin duda un informe benevolente enviado por el procurador Festo, le valió ser tratado con ciertas consideraciones. Fue colocado bajo *vigilancia militar,* «custodia militaris», es decir, se le autorizaba a vivir en la ciudad en casa de un amigo, no lejos del cuartel pretoriano, recibir visitas y mantener correspondencia con quien quisiera; pero había de tener a su lado un guardia permanente, que tenía una cadenita fijada a su muñeca, y no tenía

derecho a salir a la calle. Esta semidetención había de durar dos años: la justicia del César no era muy rápida.

Casi en seguida, tres días después de su llegada, Pablo quiso reanudar su apostolado. Envió mensajes a la judería de Roma para que sus principales compatriotas se entrevistaran con él; acudieron, y durante toda la jornada lo escucharon y discutieron. Pero esto no conducía a nada. Al oír al apóstol hablar de Jesús y exponerles cómo su palabra abría las puertas del Reino de Dios a quienes lo seguían, algunos se convencieron, pero otros continuaron escépticos. La discusión se convirtió en una contusión. ¿No se habría equivocado el apóstol de los gentiles al querer convertir a los judíos? Se dio cuenta de ello y murmuró lo que el profeta Isaías había dicho de este pueblo: «Sus orejas oyen y no comprenden; sus ojos miran y no ven». Y concluyó, una ve/ más, con estas palabras: «Os sea, pues, notorio que a los gentiles es enviada esta salvación del Señor; v ellos la recibirán» (*Hechos*, XXVIII, 16, 29).

Dejando por lo tanto que el primer grupo cristiano dirigido por Pedro trabajara sobre todo en los medios judíos, Pablo se dedicó a sembrar la buena semilla entre todos los hombres que pudo atraer hacia sí. No se sabe si, como en toda su existencia tan noble y tan activa, fue éste un período de realizaciones y grandezas, del mismo modo que esos dos años de cautividad nos dan una impresión tan grande de plenitud. En esas ataduras es cuando el hombre superior se siente libre, porque entonces su libertad no revela más que el Espíritu, y la misma servidumbre que le han impuesto son otras tantas ocasiones de superarse a sí mismo y de realizarse totalmente. Para evitar molestias a las buenas gentes que Je habían ofrecido una habitación, con el continuado paso por su casa de guardias y visitantes, Pablo alquiló una casa donde pudo vivir con sus amigos. Esta cárcel a medias se convirtió en un centro de propaganda, un lugar consagrado desde el cual irradiaba Dios su Palabra sobre Roma.

En torno a él se reunía un buen grupo de lides; entre ellos estaba Lucas, naturalmente, que en el curso de aquellos dos años había escrito su evangelio y el libro *Hechos de los apóstoles;* el amado Timoteo, «verdadero hijo según la fe»; Marcos, que se había hecho perdonar su primera defección y que, viejo amigo de Pedro como de Pablo, había de servir de lazo entre las dos columnas de la Iglesia; Aristarco, Ti chico y muchos otros. La autoridad de este prisionero, a quien constantemente ataban unas esposas a un soldado, era tal que se imponía a todos. Los pretorianos que lo vigilaban, y a quienes hablaba de Cristo, estaban impresionados y algunos se convirtieron, lo que hizo decir al apóstol que su cautividad fue

«en beneficio del Evangelio». Gentes de todas las ciases sociales, hombres y mujeres, acudían a verle, atormentados por la inquietud religiosa, y muchos se iban apaciguados, ganados por Cristo. Tales fueron aristócratas como Eubulo, Pudendo y Lino; este último no fue otro que San Lino papa, el primer sucesor de San Pedro. Hasta en la casa del César crecía el número de cristianos. Invencible potencia del Espíritu: este hombre encadenado trabajaba por la libertad de Dios.

Pero no solamente a esto se limitaban sus acciones. Desde el fondo de su casita, cercana al cuartel pretoriano, el apóstol pensaba, más allá de Roma, en el inmenso imperio en el que había sembrado la buena semilla del Evangelio. La preocupación por las iglesias que había fundado, preocupación que lo había atormentado siempre, lo abandonó menos que nunca. A varias de ellas escribió distintas epístolas, esas *Epístolas del Cautiverio* tan sencillas y tan bellas, poseídas por un calor más vivo que el de las grandes epístolas dogmáticas, como si la madurez de la cincuentena y la penosa situación en que se encontraba hubiesen hecho más tierno y más humano al conquistador de Cristo. Y desde estas iglesias lejanas llegaban mensajes que eran testimonios de emocionante fidelidad. Esta habitación de un cautivo se convirtió en el corazón de un mundo.

Un día vio Pablo entrar en su casa a un miserable esclavo llamado Onésimo. Había huido de casa de su amo después de haberle robado y había ido a parar a Roma entre la hez de la población. El apóstol lo recibió con esa caridad maravillosa que practicaba siempre con los humildes y los vencidos. Le habló tan bien que lo ganó para Cristo y lo bautizó. Por otra parte, el amo de Onésimo, Filemón, era también cristiano; excelente ocasión para manifestar a los ojos de todos, en la fe evangélica, que no existen «ni esclavos ni hombres libres». Y Pablo devolvió el esclavo al amo, con una carta que es una maravilla de tacto, de delicadeza y de amor fraternal, pidiéndole que lo readmitiera y no solamente lo perdonara, sino que lo tratara como a un hermano. Y así fue.

En otra ocasión llegó ante la puerta del apóstol un personaje importante: Epafras, un discípulo a quien Pablo había dejado en la lejana ciudad de Colosos, en los confines de Armenia, para que dirigiera la comunidad cristiana. Había ido a participarle sus inquietudes; la fe de los fieles parecía derivar hacia creencias extrañas, un ascetismo sospechoso, especulaciones y supersticiones, una especie de iluminismo, anunciador de lo que más tarde se llamó gnosticismo. Inmediatamente Pablo llamó a un secretario y dicto una epístola a los colosenses para prevenirlos contra las

asechanzas del demonio, siempre dispuesto a servirse de las buenas intenciones para perder la carne del hombre y desviar su espíritu.

Y, una vez más —lo que es todavía más asombroso—, Pablo vio aparecer en su umbral a un cristiano vestido con las vestiduras, que tan bien conocía, de Macedonia. La pobre y pequeña iglesia de Filipo, fundada por él durante su segunda misión, había tenido conocimiento de que se hallaba cautivo, de que era infeliz y que, no pudiendo trabajar, se encontraba en la mayor miseria; entonces habían hecho una colecta y le enviaban a Roma, por medio de Epafrodita, el modesto producto. Emocionado por esta acción, Pablo escribió inmediatamente a sus amados filipenses una epístola de agradecimiento cuyo sincero y noble acento conmueve todavía nuestro corazón.

Llegó por fin el término de este conmovedor período de dos años. En su epístola a Filemón, el apóstol había dado a entender que esperaba ser puesto en libertad muy pronto. El prefecto del Pretorio era el honrado Burrus, a quien Nerón no había sustituido aún por el infame Tigelino. La justicia romana era estricta, pero recta. El informe de Pablo no contenía nada contra el orden público ni la seguridad del Estado; ningún acusador judío se había presentado a deponer contra él, y los magistrados imperiales ordenaron que se le pusiera en libertad, verosímilmente durante el invierno de los años 62 y 63.

«EN ROMA TESTIFICARÁS DE MÍ» (*Hechos*, XXIII, 11)

Al año siguiente fue cuando se concretó el drama, el primer acto del gran drama de la Persecución: comenzó de una manera fortuita, aunque la oposición de Roma y la Cruz estuviese evidentemente inscrita entre los designios de la Providencia. En la noche del 18 ó 19 de julio del año 64 estalló un violento incendio en la ciudad e inmediatamente adquirió unas proporciones insospechadas. Alimentado por las reservas de aceite de los barrios comerciales donde se había originado y propagado después por un violento huracán, alcanzó agresivamente a once de los catorce barrios con que contaba Roma. Durante ciento cincuenta horas reinó el pánico; grupos de gente dando gritos recorrían las calles como aterrorizadas hormigas, buscando en vano la forma de salvarse. Preciosos recuerdos del pasado, como el templo de Vesta, desaparecieron bajo la acre humareda. Fue incontable el número de muertos. Y cuando, después de mucho, los

bomberos de los *vigilias* hubieron dominado el fuego, un hedor nauseabundo flotó por toda la capital, un hedor de catástrofe, de fin del mundo.

¿Fue accidental el siniestro? En esas manzanas de casas de madera que constituían la ciudad, el incendio encontró una presa fácil. Sin embargo, el pueblo romano no aceptó semejante explicación. Se cuenta que pudieron comprobarse ocho focos en los que el fuego se había producido simultáneamente, que habían sido vistos unos hombres con antorchas en la mano, propagando el incendio en lugar de combatirlo; y el nombre de un responsable corrió de boca en boca... La atmósfera era ya pesada en Roma; desde hacía dos años, exactamente desde el invierno de los años 62 a 63, cuando San Pablo partió de nuevo, se habían sucedido los hechos. El reinado de Nerón había experimentado un notable cambio después del cual había de producirse aquella orgía sangrienta y aquel loco furor cuyo recuerdo conservará la historia. Muerto Burrus, y Séneca en desgracia, la estrella del abyecto Tigelino comenzó a ascender y los crímenes comenzaron a ser diarios. Uno de ellos había horrorizado la conciencia popular: Nerón había repudiado a Octavia, su esposa legítima, la hija de Claudio, la había calumniado innoblemente y hecho ejecutar; el espectáculo de esta cabeza cortada presentada a la favorita había causado horror. Circularon rumores: en varias ocasiones Nerón había dicho: «No se sabe todavía lo que puede un Príncipe». Y la víspera del drama había citado este verso de Eurípides: «¡Que la tierra entera sea pasto de las llamas!» Se contó también — ¿qué no se hubiera contado?— que durante el siniestro, en lo alto de la torre de Misena, con vestidura de actor y una lira en la mano, había cantado un poema del que era autor, versando sobre el incendio de Troya. Y la opinión general no tardó en admitir que el responsable del drama había sido él...

Y entonces Nerón tuvo miedo. La cólera del pueblo le roía las entrañas. Había que buscar inmediatamente un culpable, una diversión. Los cristianos lo proporcionarían. ¿Por qué no? La multitud conocía su existencia, pero no sabía de ellos más que habladurías. No es cosa nueva la inclinación de las masas a lanzar sobre lo que ignoran las calumnias más abyectas. ¿No se daban los cristianos el beso de paz en el umbral cuando celebraban sus reuniones? De pronto se aseguró que entre ellos mantenían relaciones infames. ¿No aseguraban que el pan y el vino con que comulgaban eran la carne y la sangre de su dios? De pronto se les acusó de cometer crímenes rituales y de antropofagia. Se contó que enharinaban a un niño, lo ahogaban y lo devoraban todavía palpitante. Señalándolos a la cólera de la multitud era seguro que estos rumores hallasen oídos

complacientes; además, como eran relativamente pocos y estaban sin defensa, la operación sería fácil.

Acusados de profesar el «odio al género humano», fueron detenidos en una gran redada de la policía, sometidos a tortura los más débiles para que entregaran a sus hermanos, y, sin proceso alguno, llevados al suplicio. Apenas un mes después del incendio de la ciudad, el 15 de agosto del año 64, comenzó esta fiesta de horror. Todo lo peor que puede inventar la imaginación de un sádico que posee el mayor poder imaginable fue realizado en una tragedia de pesadilla. No se limitaron a torturar, decapitar y crucificar a las víctimas en el circo imperial, que se encontraba sobre el emplazamiento exacto de la Basílica de San Pedro. Se jugó a cazar en los parques imperiales a los cristianos en lugar de caza, a los que se habían cosido pieles de animales y a quienes los mastines hacían pedazos. Se reprodujeron las más obscenas fábulas mitológicas, tomando como intérpretes a cristianas que eran entregadas a toda clase de ultrajes. Y por la noche, en los jardines de Nerón, el loco coronado, con atuendo de cochero, conducía por las avenidas su carro en medio de grandes risas, iluminándose con grandes antorchas de pez y resina que eran seres vivos.

La persecución no se limitó a estos juegos abominables hechos para divertir al populacho de Roma. En todas las provincias en las que el Cristianismo existía se desencadenó esta persecución. La primera epístola de San Pedro, dirigida a los fieles de Ponto, Galacia, Capadocia y Bitinia alude a estas pruebas. Toda el Asia Menor debió de ser objeto de medidas de policía. Fue entonces cuando San Pablo cayó en manos de sus verdugos.

Desde que había abandonado Roma, unos dieciocho meses antes de que estallara la persecución, ¿qué había hecho? No conocemos los pormenores de su apostolado porque el libro de los *Hechos* se detiene al principio de su primera detención y los informes que pueden extraerse de sus últimas epístolas están muy lejos de sustituir el apasionado reportaje que San Lucas había dado de épocas precedentes. Quizá fue a evangelizar a España; tenía este proyecto desde hacía muchos años e incluso se lo había participado a los fieles de Roma (*Rom.,* XV, 24, 28); muchos Padres de la Iglesia, tales como San Cirilo, San Jerónimo y San Juan Crisóstomo, han hablado de este viaje a España como de una cosa cierta.

Así, pues, el grande e infatigable viajero había atravesado de una punta a otra el *Imperium romanum* y había vuelto al Asia Menor tal como

había prometido a su amado Filemón. Sin duda se detuvo en Efeso para visitar nuevamente esa cristiandad que tantas penas y fatigas le había costado; al dejarla, después de esta inspección, dejó allí a su amadísimo discípulo Timoteo, y como, por ser muy joven todavía, su hijo, según el Espíritu, era muy tímido y corría el riesgo de dejarse impresionar por las dificultades de su tarea, le escribió en su primera etapa una hermosa epístola, dándole ánimo y consejos, explicándole cómo había que combatir en los efesios ciertas tendencias erróneas y cómo era preciso mantener también en el interior de la comunidad y especialmente entre los sacerdotes y diáconos una gran disciplina y el sentido de su responsabilidad.

¿Adonde había ido después? Probablemente a Macedonia, tal vez a Grecia o quizás a Creta, la alargada isla que no había hecho más que tocar durante su largo viaje hacia Roma, pero donde parece que entonces se desarrolló una poderosa comunidad a cuya cabeza dejó San Pablo a su amigo Tito, a quien escribió también una bella epístola llena de útiles consejos. Incluso se ha aventurado que pudiera haber permanecido en Tliria, si no había llegado hasta Dalmacia, realizando así el viejo sueño que había acariciado en su epístola a los romanos: trazar a Cristo un camino directo desde Jerusalén a Roma a través de Grecia y el Adriático... Así, pues, cuando una tempestad terrible quebrantaba toda la Iglesia, en el momento en que el solo hecho de proclamarse cristiano significaba un peligro de muerte, el intrépido misionero, conservando intacta la confianza en la victoria final, continuaba laborando en tierra romana, sembrando la semilla del Evangelio, dejando a Cristo el cuidado de hacerla germinar.

Pero se acercaba la hora en que iba a ser exigido de él otro testimonio distinto del de la palabra y la acción. Fue durante el año 66, verosímilmente a fines de aquel verano. Pablo había *vuelto* del Asia Menor a Troas, adonde había ido antes de la conquista de Europa. En Troas fue a casa de un amigo llamado Carpo, en donde se instaló con sus cosas personales, sus vestiduras, sus libros y pergaminos. Pero en Efeso, durante su último paso por esta ciudad, había desenmascarado y anatematizado a dos cristianos traidores, a dos apóstatas, Alejandro y Himeneo (*1 Tim.,* I, 19, 20); uno de ellos, Alejandro, obrero metalúrgico, lo denunció (2 *Tim.,* IV, 14, 15). Detenido bruscamente, no tuvo ni siquiera tiempo de tomar su manto de Cilicia, que nunca abandonaba, sino tan sólo sus libros y sus escritos. Fue primero trasladado a Efeso, capital de la provincia de Asia y residencia del gobernador.

Allí pudo enumerar sus amigos. La persecución aterrorizaba a los pusilánimes; algunos, sobre todo entre las gentes del lugar que hasta entonces habían estado estrechamente vinculados al apóstol, se volvieron ostensiblemente contra él (2 *Tim.,* I, 15), los renegados lo abrumaron. Por el contrario, hubo también hombres llenos de admirable entusiasmo; Aquilas y Priscila continuaban siendo fieles a sí mismos; es decir, perfectos. El amado Timoteo, a pesar de su confusión (2 *Tim.,* I, 4), se mostró digno de la confianza que su maestro le había testimoniado siempre, y sobre todo Onesíforo, un discípulo hasta entonces oscuro, demostró un heroísmo constante y una devoción sin límites cuyo recuerdo había de exaltar Pablo (2 *Tim.,* I, 16, 18).

Después, embarcado en Efeso, el apóstol fue enviado a Roma. Y sabía perfectamente por qué.

La segunda cautividad de San Pablo en Roma no se pareció en nada a la primera. Todo había cambiado en dos años. El ambiente político se había hecho más denso, intolerable; acababa de producirse una conspiración contra Nerón, cuyos protagonistas recibieron la orden de abrirse las venas, entre ellos Séneca, el filósofo, y Lucano. Desde entonces, en virtud de la «ley de majestad», los procesos y las ejecuciones se sucedieron a un ritmo cada vez más rápido; Petronio, el compañero de libertinaje del amo, acababa de ser su víctima; senadores, cónsules, todos temblaban ante el loco cruel; incluso Popea, la favorita, había muerto víctima de las brutalidades de su amo, matada por él, según se decía, de un puntapié. El pueblo comenzaba a estar cansado. No bastaban a Nerón las sumas gastadas en la lujosa reconstrucción de la villa, ni las distribuciones gratuitas de harina y aceite, ni los juegos sin cesar repetidos, y ya no divertía a la gente ver en las encrucijadas cómo los cristianos agonizaban durante horas clavados en la cruz, o a las jóvenes cristianas arder vivas. En estos últimos dieciocho meses del reinado de Nerón —había de ser asesinado en el año 68— el odio y el terror se cernían sobre Roma.

Para Pablo no se trataba ahora del régimen demasiado suave que había conocido anteriormente; ya no era la *custodia militaris,* sino el calabozo. Su detención fue tan rigurosa que a sus amigos les costó mucho ponerse en relación con él. El primero que lo consiguió fue Onesífero, que de tan heroica y caritativa forma se había comportado en Efeso; algunos cristianos de Roma, convertidos por el apóstol, consiguieron también ponerse en relación con él: Eubulo, Pudencio, Lino, el futuro papa, y una valerosa mujer llamada Claudia. Pero otros a quienes el misionero había

querido mucho huyeron para salvarse, y Pablo se entristeció. San Lucas, el médico, continuaba en su puesto, fiel hasta el fin.

Incluso las condiciones materiales eran deplorables. El calabozo era horrible; una tradición de Roma pretende que el apóstol fue encerrado en un segundo sótano de la cárcel mamertina, en compañía, según se dice, de San Pedro, y no deja de experimentarse una gran angustia cuando se descienden los empinados escalones que conducen a este trágico lugar. ¿Qué había de sentirse entonces cuando inmundos animales hormigueaban en la sombra, cuando el hambre y el frío infligían a los cautivos un suplicio cotidiano? Ni siquiera para protegerse disponía Pablo de su viejo manto, que se había quedado en Troas, en casa de Carpo, y la forma conmovedora con que lo reclama en su epístola a Timoteo demuestra de qué modo debió de sufrir este hombre de hierro.

No es, pues, chocante que, en tales condiciones, el alma de este hombre intrépido hubiese cedido un poco y que en el curso de esta segunda epístola a Timoteo, escrita entonces, no hubiese ocultado lo siniestro de sus pensamientos. Pero no temía por él. Lo que oprimía de angustia su corazón no era la proximidad de su hora. ¿En qué pensaba? En nada más que en su obra, en la Iglesia, en sus comunidades nacidas de sus propias manos y que habían sido la preocupación más grande de toda su vida. Abandonado por casi todos, en la espera del martirio, había enviado a su querido hijo un testamento espiritual en el que explicaba cómo había de mantener firmemente la doctrina de Cristo contra todas las desviaciones, dirigir sin flaquear las comunidades a él confiadas, darse enteramente al ministerio apostólico: lo que el héroe, más allá de la muerte tan próxima, tenía en cuenta era el porvenir de la causa, un porvenir lleno de luz. En cuanto a él, sin ilusión alguna sobre la suerte que le esperaba, exclamaba en un acto de fe sublime:

«Porque yo ya estoy para ser ofrecido, y el momento de mi partida está cercano. He combatido en el buen combate, he acabado la carrera, he conservado toda mi fe en el corazón. No me queda más que recibir la corona de justicia, la cual me dará el Señor, juez justo, en el supremo día, y no sólo ha sido prometida a mí, sino a todos los que tienen confianza en su gloria y han vivido en su amor» (2 *Tim.,* IV, 6, 8).

En estas frases tan bellas en su simplicidad concluye el mensaje del apóstol. Nada cierto sabemos sobre su fin terrestre. ¿Ante qué tribunal fue citado? ¿De qué lo acusaron? ¿Quién pronunció la sentencia de muerte? Lo ignoramos. Incluso ha sido tema de discusión la fecha de su martirio. Según los primeros historiadores de la Iglesia, varía entre fines del año 66

y principio del 68. Eusebio, el mejor informado, la sitúa en el año 67. Ha sostenido frecuentemente que coincidió con aquélla en que la otra gran columna de la Iglesia, San Pedro, fue destrozada; pero mientras el pescador galileo, humilde indigente, conoció el suplicio de la Cruz, que pidió sufrir, por humildad, cabeza abajo, con objeto de que no pareciera que quería compararse al divino Maestro, Pablo, ciudadano romano, tuvo el privilegio de que le cortaran la cabeza.

Una tradición muy antigua, y que no ha sido puesta en duda, señala el lugar en que el apóstol de las naciones bautizó con su sangre la tierra pagana de Roma. Fue a una hora de camino a partir de las murallas de la ciudad, en un recogido valle que encuadran las colinas bajas. Manaban allí unas fuentes que le dieron el nombre de *Aquae Salviae,* «aguas salubres», y que hoy se llama las Tres Fuentes; tres iglesias han sido construidas en este lugar, y una comunidad de trapenses monta, en aquel silencio, una guardia de oraciones y fidelidad.

En la vieja ruta de Ostia, que repta todavía no lejos de la moderna autopista, evocamos en una fresca mañana de otoño el cortejo que condujo al gran testigo a la suprema libación. Un pelotón de guardias pretorianos había acudido a sacarlo de su calabozo, bajo el mando de un centurión. El pequeño judío enfermizo, pálido y delgado por la prisión y el hambre, con la cabeza desnuda y la barba blanquecina, avanza con su mirada siempre indomable, la mirada no de un cautivo sino de un vencedor. El viento del mar impulsa a la cabalgata de las nubes como la de los caballeros de la cólera que, más tarde, en su Apocalipsis, evocará el apóstol San Juan; los borceguíes de los guardias martillean cadenciosamente las losas del camino y se oyen rechinar las ramas de los pinos altísimos. Una multitud acompaña en silencio al condenado: sus amigos, Lucas, Lino, Pudencio, Eubulo y quizá Marcos y Timoteo, que han acudido a la suprema llamada de su jefe; mirones también, abyectos curiosos a quienes una ejecución capital atrae lo mismo que la sangre a las moscas; sin duda también los antiguos adversarios del apóstol, llegados de Suburo y del otro lado del Tíber, para asistir a lo que ellos creen su triunfo definitivo.

Llegados al lugar de la ejecución, en centurión ordena que el condenado sea atado a una estaca para ser objeto una vez más de la flagelación reglamentaria; después, un suboficial levanta su espada y la cabeza del santo rueda bajo un doble chorro de sangre.

Innumerables tradiciones, mejor intencionadas que verídicas, han querido añadir maravillosos pormenores a esta escena que debió de ser tan sencilla. Se cuenta que, al caer, la cabeza del mártir había botado tres veces

y que inmediatamente tres fuentes brotaron del suelo; las tres fuentes que existen todavía en ese lugar; también que los labios del decapitado murmuraron en arameo el nombre de Jesús. Se asegura también que la venda con que había tapado sus ojos fue arrebatada por los ángeles y entregada a la piadosa mujer que la había cedido; y, aún más: que, en el instante en que fue dado el golpe mortal, surgió en el cielo una luz resplandeciente, tan viva y tan sobrenatural como aquélla que, treinta años antes, había postrado de hinojos en el camino de Damasco al enemigo de Cristo. Piadosas leyendas todas ellas. Pero la sola realidad vale más que todos sus adornos.

En el camino de Ostia, a unos quinientos metros de la puerta de la ciudad, se encontraba un cementerio privado, perteneciente a una familia cristiana; los discípulos y amigos de San Pablo transportaron allí sus restos mortales. En aquel lugar se levantó un monumento al que cuerdamente se dio la forma de un trofeo de victoria; a principios del siglo ni el sacerdote Gayo lo describió. Se grabó en él un epitafio muy sencillo: *Pablo, apóstol, mártir.* Esto era suficiente. Todo quedaba dicho con estas palabras.

Pablo, apóstol, mártir... Sí, todo quedaba dicho con estas palabras. En estas tres palabras se encierra y resume el prodigioso destino del pequeño judío de Tarso, de quien la voluntad personal de Dios hizo, sin duda, el más extraordinario de todos sus testigos. Desde la hora resplandeciente, en pleno mediodía, cuando, en la ruta de arena apareció Jesús ante Saulo, postrado, hasta esta mañana gris en la que, en el camino de Ostia, se derramó su sangre como una libación, ni un solo día había transcurrido sin que él se hubiese entregado a la causa de Cristo, ni uno solo de sus pensamientos, ni uno de sus esfuerzos se habían producido sin tender a establecer su gloria. El mártir coronaba normalmente este destino, porque hubiera sido inadmisible que no hubiese consumado su total sacrificio, aquel que había querido «completar en su carne lo que todavía faltaba a la Pasión» y ser «crucificado con Cristo». Pero en la historia de la Iglesia será inmenso el número de mártires cuya sangre se convertirá, de acuerdo con la célebre frase de Tertuliano, en «semilla de cristianos»; Pablo ocupa entre ellos un lugar único, excepcional, que la Iglesia le ha reconocido siempre.

Apóstol, porque fue apóstol, como él se llamó a sí mismo y como toda la tradición cristiana lo ha proclamado. Tanto como esos doce pescadores del lago y campesinos galileos a quienes Jesús señaló para que lo mente el mismo que el de los demás apóstoles, y legítimamente lo

reivindicó. Falso es, sin duda, pretender, como algunos, que él fue el inventor del Cristianismo y que la doctrina de Jesús no hubiera existido sin él; porque el Evangelio que él predicó es substancialmente el mismo que el de los demás apóstoles, y él no hizo más que precisar, esclarecer y extender los tesoros que el Maestro mismo había dado. Pero es indudable que sin él el Cristianismo no hubiera sido exactamente el mismo que nosotros conocemos. Se ha dicho de él que fue «el primero después del Unico»; su papel fue tal que no podemos comprender a Jesús ni su Palabra sin referirnos al santo Genio de Tarso, su mensaje y su acción.

Hay que encontrar y entender el mensaje de San Pablo en sus mismas epístolas, en esas imperecederas epístolas de las que, a lo largo de estas páginas, hemos evocado los datos esenciales y las condiciones en que fueron escritas. A ellas hemos de recurrir para que resplandezcan en grandes luces fulgurantes las revelaciones que están en ellas encerradas. ¿No es cierto que, en misa, cuando la lectura de la Epístola hace resaltar algún breve pasaje, la impresión que uno recibe es la de un choque directo, que nos alcanza en lo más profundo del alma y que de pronto ilumina las tinieblas angustiosas del mundo y de nosotros mismos?

Por encima del transcurso de los siglos y del desarrollo de los acontecimientos, subsiste el mensaje de San Pablo; nada lo prescribirá nunca. Se desprenden lecciones de una permanente utilidad para quien considera su ejemplo y escucha el sonido de sus palabras.

Al vértigo de la negación y del absurdo, que es, para cada uno de nosotros, la peor tentación de la conciencia, San Pablo habrá opuesto la certidumbre inquebrantable de que existe una explicación sobrenatural, una revelación última y que revela para siempre el sentido del porqué y del cómo.

Frente a la gran traición del hombre, de este universal olvido, en el que en la angustia se hunde el mundo, habrá él afirmado con una fuerza de persuasión única la realidad de una Presencia que ninguna filosofía puede abolir y de la que ninguna traición desalienta la infinita misericordia.

Lo que él habrá dicho, repetido y proclamado, con respecto a ese sentimiento de desesperación que el hombre extrae del mismo corazón de su condición, y que una época como la nuestra experimenta hasta en sus más secretas fibras, es que no existe fatalidad ineluctable y que al hombre rescatado le es prometida la gloria: «¡Oh, Muerte!, ¿dónde está tu victoria? ¡Oh, Muerte!, ¿dónde tu aguijón?».

Y lo que el gran apóstol habrá aportado como definitivo en un universo de violencia y de odio fue recibido del propio Jesús, pero expresado en términos imperecederos, el mensaje de la Realidad, la omnipotencia del Amor.

Para nosotros, cristianos, San Pablo es, sin ningún género de duda, el más admirable ejemplo de esta alta y pura llama que Cristo Jesús sabe encender en las almas de quienes lo aman. Y aún, para aquellos que no participan de su fe, es un genio, un héroe, testigo de causas que valen más que la vida, un hombre que hace honor al hombre.

APÉNDICE

I. ADVERTENCIA AL LECTOR

El texto que precede no tiene la pretensión de dar del gran apóstol un esbozo completo. Unicamente se han relatado aquí las aventuras terrestres del conquistador de Cristo; otras, más decisivas, han sido continuadas en esos dominios del Espíritu al que lo ha llevado la Gracia del Señor. Queda por continuar un estudio en el que Pablo místico, Pablo metafísico. Pablo teológico y Pablo moralista se dilucidarán en la plena luz de la Revelación de Cristo. La presente publicación no hace, si Dios quiere, más que anticipar una obra mucho más considerable que el autor se propone escribir, en la que serán considerados otros aspectos de San Pablo.

II. Cronología de San Pablo

Saulo nació en Tarso entre los años 8 y 10 de nuestra Era.

Augusto murió en 14 y Tiberio le sucedió en el imperio; reinó del 14 al 37.

Muerte, Resurrección y Ascensión de Cristo en la primavera del año 30.

Posiblemente en el año 32 (unos señalan el 33 o el 3ó) fue martirizado el diácono Esteban. Probablemente el año 36 Saulo encontró a Cristo en el camino de Damasco.

De 36 a 38 permaneció en Damasco, después en el desierto y regresó a Damasco. Se vio obligado a huir de esta ciudad en el año 38; durante estos dos años el procurador Poncio Pilatos fue llamado a Roma; Caifás, el gran sacerdote, destituido; y Calígula sucedió a Tiberio, muerto en 37 (Calígula reinó hasta el año 41).

Durante el año 38 Saulo fue a Jerusalén a visitar a Pedro, y volvió después a su ciudad natal de Tarso. Bernabé fue a buscarlo allí en el 40 ó 43 para llevarlo a Antioquía de Siria. (Claudio fue nombrado emperador en 41 y lo fue hasta el 54.) A consecuencia del hambre, Bernabé y Pablo llevaron socorros a Jerusalén y volvieron después a Antioquía, donde anunciaron su voluntad de llevar el Evangelio a los paganos.

En el año 46 partió Saulo con Bernabé y el joven Marcos. En Chipre, Saulo adoptó definitivamente el nombre de Pablo. Desembarcaron en el Asia Menor (donde Marcos los abandonó) y del año 47 al 48 plantaron la cruz en varias ciudades escogidas de la península anatolia: Iconio, Antioquía de Pisidia, Listra y Derbe. Retomo a Antioquía de Siria.

En 49-50, para justificar sus métodos, Pablo y Bernabé fueron a Jerusalén, donde celebraron una reunión capital con los jefes de la Iglesia (en el mismo año 50, Claudio tomó medidas antisemitas que expulsaron de Roma, hacia Corinto, a Aquilas y Priscila, futuros amigos de Pablo). Quizá de ese momento data la *Epístola a los Gálatas.*

El año 50 Pablo partió para su segunda misión, habiéndose separado de él Silas y Bernabé. Después del Asia Menor visitó Macedonia, Atenas, Corinto y volvió a Siria. En Corinto escribió la *Epístola a los Tesalonicenses.* En el momento en que Pablo llegaba a Siria, fue nombrado un nuevo procurador en Palestina, Félix, ante quien comparecerá el apóstol seis años más tarde.

En el curso del año 53, Apolo enseñó en Efeso un evangelio incompleto. Pablo, que hizo una breve escala en Efeso al volver de su segunda misión, se instaló allí en el curso de la tercera; estuvo allí hasta la primavera del año 56 y escribió la *Primera Epístola a los Corintios,* y después se vio obligado a marcharse. En Macedonia escribió la *Segunda Epístola a los Corintios,* y 58 y escribió la *Epístola a los Romanos.* Fue éste el momento en que Herodes Agripa II se convirtió en rey de las antiguas tetrarquías de Filipo y Lisanea (53), y cuando Nerón llegó a emperador (54).

Dejando Corinto, por Macedonia, Troas y Mileto, Pablo llegó a Palestina en Pentecostés del año 58; fue detenido allí y llevado a Cesárea ante el procurador Félix, sustituido poco después por el procurador Porcio Festo (59). Apeló al César y fue enviado a Roma. Viaje marítimo accidentado, invierno 59-60.

Del 60 al 62, primera cautividad romana. Pablo escribió entonces las *Epístolas de la cautividad:* a los colosenses, a Filemón, a los efesios, a los filipenses, e inspiró la de los hebreos.

Liberado en el año 62, Pablo reanudó su apostolado, que no puede seguirse con exactitud, puesto que no poseemos un documento tan preciso como los *Hechos de los Apóstoles:* España (?). Creta, Asia Menor, Epiro, Iliria (?) y Acaya. Escribió entonces su *Primera Epístola a Timoteo y* su *Epístola a Tito.* Verosímilmente fue detenido en Troas el año 66. El 15 de agosto del año 64 comenzó la persecución anticristiana a consecuencia del incendio de Roma (julio del mismo año).

Trasladado a Roma, fue encarcelado y escribió en prisión su *Segunda Epístola a Timoteo.* Pablo estuvo allí desde el 66 al 67 ó 68. Murió mártir, decapitado, no lejos del camino de Ostia.

III. Lista esquemática de las Epístolas

1. *Epístola a los gálatas.* — Puede fecharse entre los años 49 y 50, más o menos contemporánea de la asamblea apostólica celebrada en Jerusalén y quizá un poco anterior; otros la sitúan más tarde, entre los años 53 y 56. Pablo se levantó contra aquellos que querían encerrar al Cristianismo en las observancias judaicas; defendió la doctrina de la libertad espiritual; es decir, de la salvación por la fe por encima de las obras de la ley mosaica. Pero esta libertad en Dios no significa licencia: preciso es obedecer por encima de todo al Espíritu.

2. *Epístola a los tesalonicenses.* — En el curso de su segunda misión, Pablo fundó la Iglesia en Tesalónica. Llegado a Corinto, recibió inquietantes noticias de esta fundación tesalonicense; evidentemente no habían comprendido bien la doctrina de la resurrección. Por primera vez, desde Corinto, durante el invierno 50-51, escribió a sus amigos tesalonicenses con un abandono enteramente afectuoso para mejor explicarles su pensamiento. ¿Qué será la Resurrección? ¿Cómo se cumplirá el retorno glorioso de Cristo? He aquí lo que les dice al exhortarles a la castidad, la caridad y el trabajo.

3. *Segunda epístola a los tesalonicenses.* — A consecuencia de haber recibido otras noticias se vio obligado a escribirles de nuevo, más severamente, para corregir apartamientos muy graves en la vida moral (invierno 51-52).

4. *Primera epístola a los corintios.* — Corinto, que había sido evangelizado durante dos años (50-52), poseía una Iglesia muy importante, pero también bastante turbulenta. Se habían observado graves abusos; se discutía demasiado a la ligera y había una cierta tendencia a dividirse en clanes. Desde Efeso, donde había recibido estas inquietantes noticias, escribió a sus amados corintios (55-56) una epístola muy importante. Comenzó por decirles que el Evangelio no era una sabiduría humana, lo que es sin duda un recuerdo de su enseñanza en Corinto; les reprochó firmemente sus divisiones, sus procesos entre cristianos y los vicios de su conducta; remontándose de un aletazo, expuso toda la concepción cristiana de las relaciones entre el hombre y la mujer, y extrajo de ello conclusiones prácticas; en fin, elevándose todavía más, evocó la carne glorificada en la derrota de la muerte y en la resurrección, y terminó este admirable texto con un himno de triunfo en el Señor.

5. *Segunda epístola a los corintios.* — Cuando en el año 57 se encontraba en Macedonia, alejado de Corinto, Pablo recibió la visita de su discípulo Tito, el cual le dio noticias que al principio le parecieron mejores. Pero le llegaron otros pormenores y el gran jefe se vio obligado a proceder con rigor. Unos intrigantes minaban su influencia: preciso le fue justificarse recordando con qué gracias lo había colmado Cristo y qué había hecho él, Pablo, por la causa. Al mismo tiempo que su defensa personal hizo la apología de la obra apostólica. Y, evocando lo que cuesta ser un testigo de Dios, hizo comprender que los sufrimientos de los apóstoles participaban de los sufrimientos y de la muerte de Cristo.

6. *Epístola a tos romanos.* — En Corinto, donde pasó el invierno 57-58, Pablo escribió a los fieles de Roma para anunciarles su visita. Fue una

verdadera exposición de su doctrina, sin duda el texto más importante del gran apóstol. Sobre la justificación y la salvación por la fe en Jesucristo la epístola contiene páginas insuperables. Al considerar esta salvación en la historia, Pablo resolvió genialmente el dilema dramático de Israel, pueblo depositario de la Promesa, y que, sin embargo, rechazó a Cristo. Por último, una larga parte moral define la conducta de la vida tal como la preconiza San Pablo.

7. *Epístola a los colosenses.* — Esta y las tres siguientes constituyen las *Epístolas de Cautividad.* En efecto, las cuatro fueron escritas en Roma durante su primera detención, en los años 60-62. Su discípulo Epafras le había señalado las peligrosas tendencias que se advertían en la joven cristiandad de Colosas: amenazaba una especie de iluminismo; se perdía la gente en la especulación y los misterios. Cristo es exactamente un ministro, respondió San Pablo, pero en un sentido muy preciso que explicó. Después, concreto siempre, demostró a sus lejanos amigos que había que renunciar al hombre viejo y vestir al hombre nuevo.

8. *Epístola a Filemón.* — Una simple misiva, quizás el único texto que San Pablo escribió de su puño y letra sin dictarla. Un pobre esclavo fugitivo, llamado Onésimo, que había ido a parar a los bajos fondos de Roma, fue a suplicar al apóstol cautivo. Pablo lo convirtió, lo bautizó y escribió a Filemón, el amo, para que readmitiera a su esclavo y lo acogiese como un hermano. Excelente ocasión de recordar que a los ojos de Cristo no hay ni esclavos ni hombres libres, sino hermanos iguales.

9. *Epístola a los efesios.* — En un texto solemne y grandioso, con características del mandamiento o de encíclica, Pablo expuso a sus amigos de Efeso y, sin duda, a través de ellos a otras comunidades de Asia Menor, lo que la Iglesia es y debe ser para Cristo: doctrina de cuerpo místico en la que Cristo es la cabeza. Después terminó con consejos morales.

10. *Epístola a los filipenses.* — La modesta Iglesia de Filipo en Macedonia supo que Pablo estaba cautivo en Roma y en la miseria. Inmediatamente se hizo una colecta y enviaron con el producto de ésta a Epafrodita. Emocionado, San Pablo dio las gracias a sus amigos con una carta espontánea y afectuosa. Aprovechó la ocasión para darles buenos consejos, exhortándolos a la unión, la fidelidad y los progresos en la vida cristiana. Junto con la epístola a Filemón, éste es el texto más amable del gran apóstol.

Primera epístola a Timoteo. — Tanto ésta como la siguiente dirigida al mismo destinatario y la que envió a Tito, son llamadas comúnmente

Epístolas Pastorales, porque tienen por principal objeto recordar a los correspondientes su obligación en el gobierno de las Iglesias, cuyo cuidado les fue confiado por San Pablo. En particular señala posibles amenazas de desviaciones doctrinales, contra las cuales es preciso reaccionar. Previendo su próximo fin, el jefe quiso establecer sólidamente la jerarquía y la organización en las comunidades nacidas de sus obras. Estos tres textos son de una gran importancia para el estudio de la formación de la jerarquía de la primitiva Iglesia.

Timoteo, «verdadero hijo según la fe», a quien Pablo había conocido en Listra durante su primera misión, estaba en Efeso en 64-65, encargado por Pablo de gobernar la iglesia de esta ciudad. Pablo le aconseja sobre: cómo combatir a los falsos doctores, cómo organizar las asambleas, cuáles son los deberes de los *obispos y de los diáconos y cómo* comportarse con respecto a las diversas categorías de fieles.

12. *Epístola a Tito.* — Más o menos en ese mismo tiempo, Pablo escribió una epístola análoga a Tito, ese converso del paganismo que fue su colaborador a partir de su segunda misión.

13. *Segunda epístola a Timoteo.* — Escrita en 6667, durante la segunda cautividad, por un hombre que sabía ya que había de morir dentro de muy poco tiempo; este documento conmovedor constituye el testamento espiritual del apóstol. Estaba ya abandonado por casi todos. Sabía qué suerte le esperaba. Pero no importaba. Pensaba en la Iglesia y conjuró a su querido discípulo para darse enteramente a su obra apostólica. Sufrir por el Evangelio, morir por Cristo, tal es la lección suprema de Pablo pocas semanas antes, sin duda, de su martirio.

14. *Epístola a los hebreos.* — Se ha discutido durante mucho tiempo sobre la autenticidad de este texto. Por su inspiración es ciertamente pauliniano, pero ¿fue escrita por el propio San Pablo? ¿A qué cristianos de origen judío se dirigió? ¿Cuándo fue compuesta? ¿Durante la primera cautividad romana en 60-61? Es una demostración impresionante de la superioridad de la Nueva Alianza sobre la Antigua, de la veracidad de la esperanza cristiana y de la consecuencia decisiva del sacrificio de Cristo. Acaba la epístola con recomendaciones morales, proponiendo ejemplos de santos de la Antigua Alianza para afirmar, por último, que el ejemplo de Jesús los supera a todos.